

LA SAGA DE LOS AZNAR



**HORIZONTES
SIN FIN**

POR GEORGE
H. WHITE



Los astronautas valeranos, en un alarde de audacia e ingenio, han penetrado en el planeta negro, un mundo increíble formado por una gigantesca esfera hueca, tan grande que en su interior gira todo un sistema planetario alrededor de un Sol.

Las dimensiones de este mundo son de tal magnitud, que ni en un siglo llegarían a explorarlo todo. Los expedicionarios saben que allí existe vida. Pero, ¿cuántas y qué formas de vida, además de las ya conocidas?



George H. White

Horizontes sin fin

La saga de los Aznar - 53

ePub r1.0

Titivillus 01.10.15

Título original: *Horizontes sin fin*
George H. White, 1978

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





HORIZONTES SIN FIN

George H. White



**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**



CAPÍTULO PRIMERO

Con una de las reservas que eran del caso, Beg Hon aceptó colaborar en el plan de los terrícolas.

Los extranjeros decían proceder del espacio exterior, o sea, de más allá de la esfera cerrada y hueca llamada Hebón, que era todo el mundo conocido. La noción de un espacio exterior era difícilmente concebible para una inmensa mayoría de los “tumas”, y contraria a los postulados de la religión Auzal. Afortunadamente Beg Hon era un hombre culto, curado del espanto que aún hoy, en plena Era Atómica, causaba en ciertas gentes retrógradas aceptar como posible la existencia de un Universo más amplio del descrito en el Génesis.

Los silaitas, que andaban a la cabeza de la investigación científica y se habían despojado de todo prejuicio religioso, hacía tiempo que venían anunciando la existencia de este espacio exterior. En el Imperio Tumma todavía era blasfemia creer en ésta y

otras realidades científicas. Sólo a nivel técnico, en libros y publicaciones de escasa difusión, era posible enterarse de las teorías que a este respecto formularon en su tiempo investigadores y filósofos como el malogrado Thant, o Bosha, o el gran Azi Val, víctimas de la incompreensión y la ignorancia.

Los extranjeros habían penetrado en Hebón tripulando una aeronave que en su aspecto general recordaba las formas de un submarino, pero que era tan grande como el mayor portaaviones de la Flota Imperial. Se llamaban a sí mismos “valeranos” y aseguraban ser originarios de un remoto planeta llamado La Tierra. Valera, según ellos, era un pequeño planeta hueco, curiosamente parecido al gigantesco Hebón, el cual se desplazaba a voluntad en el espacio viajando a velocidades increíbles, varias veces superiores a la velocidad de la luz, y aun así invertían milenios y centenares de miles de años en sus desplazamientos, tal era la magnitud de aquel cosmos que situaban fuera de Hebón, en el espacio exterior.

Para penetrar en Hebón los valeranos tomaron una aeronave de guerra y la enfilaron rumbo al hiperplaneta acelerando continuamente, hasta alcanzar una velocidad superior a la de la luz.

Contrariamente a los conocimientos de Beg Hon, según los cuales ningún móvil podía volar a mayor velocidad que la luz, los valeranos aseguraban que esto era posible si se utilizaba la técnica apropiada. Efectivamente, en la barrera de la velocidad de la luz se producía un intercambio entre la energía y la materia. Esta última aumentaba de masa, las piezas móviles se agarrotaban y los motores se paraban, motivo por el cual la mecánica clásica jamás podría traspasar aquella barrera. Para impulsar un móvil más allá de la velocidad de la luz tenían que utilizarse otros medios. Las aeronaves valeranas se movían sobre campos de fuerza gravitacionales, se apoyaban en determinados fenómenos magnéticos y saltaban la barrera de la luz internándose en una nueva dimensión llamada sub-espacio.

Al sobrepasar la velocidad de la luz se verificaba un fenómeno de dilatación gaseosa; las partículas subatómicas tendían a ensanchar sus órbitas, con lo cual aumentaba el espacio vacío existente en la materia. Entonces la aeronave se hacía enormemente grande sin crecer de masa, se convertía en una tenue nube de gas, la cual, sin perder su cohesión, pasaba a través de los cuerpos sólidos

que encontraba en su camino. Solamente así era posible viajar a mayor velocidad que la luz.

Fue así como los valeranos penetraron a través de todo el espesor de la sólida envoltura de Hebón. Una vez en el interior del hiperplaneta, los instrumentos de a bordo reaccionaron a la luz del sol, entraron en función los sistemas de frenado y la aeronave volvió a su tamaño normal al pasar de una velocidad superlumínica a velocidad sub-lumínica. ¿Pero dónde se encontraban los tripulantes de la nave al producirse estos fenómenos?

No estaban a bordo ni en ninguna parte. Los valeranos habían llevado hasta sus últimas consecuencias su profundo conocimiento sobre la estructura de la materia, obteniendo de ello resultados asombrosos.

La materia, aseguraban, aparecía sólo en una ínfima parte en la composición de las cosas. Todas las cosas estaban formadas de átomos, y lo único que diferenciaba a unos átomos de otros era el número de protones, electrones y neutrones que entraban en su composición. Unos tenían carga eléctrica positiva, otros la tenían negativa, y los otros no tenían carga eléctrica alguna. Protones, electrones y neutrones giraban en sus respectivas órbitas alrededor del núcleo central, y las distancias entre unos y otros eran, proporcionalmente, mayores que la distancia que separaba entre sí a los planetas del sistema de Hebón, y entre éstos y el sol. Ahora bien; si las partículas subatómicas eran tan pequeñas, y aun así quedaba tanto espacio vacío entre ellas, ¿dónde estaba la materia?

Adler Ban Aldrik, el extranjero que hablaba telepáticamente a Beg Hon, lo explicaba de este modo:

—Si fuera posible comprimirse en una prensa, de tal modo que pudiera eliminarse de mi cuerpo todos los espacios vacíos y reunir lo que es verdaderamente materia en un solo montón, ese montón no sería mayor que un grano de arena, ¡y seguiría pesando ciento veinte kilos!

Adler Ban Aldrik era el más grande de todos los valeranos que formaban el grupo, casi tan alto como el propio Beg Hon, quien a pesar de todo le llevaba toda la cabeza. Obviamente los extranjeros no hablaban el mismo idioma que los tumas. Las palabras de los valeranos eran sonidos ininteligibles para los tumas. No obstante, cuando Adler Ban Aldrik se dirigía expresamente a uno mirándole a

los ojos, los tumas le entendían perfectamente. ¡Y el extranjero entendía también a los tumas! Estas facultades telepáticas parecían estar irregularmente repartidas entre los astronautas valeranos; unos las poseían en exceso, como aquel Adler Ban Aldrik, y otros, en cambio, parecían no tenerlas en absoluto.

La más enfarragosa materia, explicada por Adler Ban Aldrik mediante la transmisión del pensamiento, resultaba fácil de comprender. Tal vino a ser el caso en la descripción que Adler Ban Aldrik hizo de la “Karendón”, una máquina de una complejidad enorme, pero que en palabras del extranjero parecía de un funcionamiento tan sencillo como elemental.

Aplicada a las cosas, cualquier objeto introducido en la máquina era sometido a una destrucción total controlada. De afuera adentro, la Karendón arrancaba y volatilizaba finísimas capas de materia hasta desintegrarlo todo. Ésta era la operación que los valeranos llamaban “desmaterialización”. Simultáneamente con la destrucción de cada átomo, la computadora de la Karendón analizaba su composición. La estructura de cada átomo y el lugar que ocupaba quedaban almacenados en la memoria de la máquina, la cual a continuación perforaba una cinta metálica donde, mediante un código, quedaban reflejados todos los datos relativos a la estructura molecular del objeto destruido.

Realizada esta hazaña (la desmaterialización se hacía en menos de un segundo) la Karendón estaba en condiciones de repetir todo el proceso a la inversa. La cinta perforada se hacía pasar a través de un lector, el cual informaba a la computadora de la naturaleza y situación de cada uno de los átomos que debía restituir. La máquina almacenaba y ordenaba esta información en su memoria, preparaba las cargas eléctricas, y en un momento dado las disparaba como proyectiles sobre una trama de coordenadas tridimensionales. En un segundo el objeto desmaterializado era restituido a su naturaleza, tamaño y forma original. Todo quedaba igual que antes, pero además quedaba una cinta perforada, el llamado “vetatom”. A partir de aquí, haciendo pasar esta cinta cuantas veces fuera necesario, se podían obtener tantos objetos idénticos al modelo como se quisiera. Y el modelo podía ser cualquier cosa; desde aparatos de gran complejidad estructural, como una computadora u otra Karendón, hasta alimentos... ¡y seres humanos!

Sólo existía una limitación para la fabulosa Karendón. La máquina, creadora de materia, jamás sería capaz de crear la vida. La Karendón venía así a responder a la controvertida discusión sobre la existencia del alma. El alma existía como ente inmaterial, y por consecuencia indestructible; es decir, inmortal. Un hombre, una res, una planta, podían ser desmaterializados y al ser restituidos de nuevo la vida volvía con ellos. Más si sobre el modelo original se restituía un sosia, éste aparecía sin vida. La deducción de todo esto era que un alma sólo podía animar una sola vida.

Los valeranos, en sus largos desplazamientos por el espacio a mayor velocidad que la luz, eran desmaterializados masivamente en las máquinas Karendón, para regresar a su estado físico cuando el autoplaneta llegaba al final de cada viaje. No importaban el tiempo transcurrido ni la distancia recorrida desde el último lugar donde se realizó la desmaterialización. En cualquier lugar y en cualquier tiempo el alma, dondequiera que se encontrara, regresaba siempre para incorporarse al individuo que abandonó.

Fue de este modo como los extranjeros lograron penetrar hasta el interior de aquella enorme esfera hueca llamada Hebón; es decir, desmaterializándose a bordo de la aeronave antes que ésta alcanzara la velocidad de la luz y materializándose de nuevo una vez se encontraron dentro del hiperplaneta. ¿Increíble?

El conde Ubiao, que con el sargento Istan y el propio Beg Hon eran los tres prisioneros a bordo de la aeronave valerana, se negaba a aceptar lo que calificaba de pura fantasía. Beg Hon preguntó a Ubiao si creía que los valeranos procedían del mismo Hebón.

—No lo creo. Si su país estuviera en el mismo Hebón tendríamos que haberles conocido antes. Con su avanzada técnica y sus armas habrían conquistado todo el mundo hace tiempo.

—¿Y por qué habrían de conquistarnos? —protestó Beg Hon—. Tal vez nunca sintieran necesidad de hacerlo. ¿O es que la vida se reduce a eso, a sojuzgar a los demás o ser sojuzgado?

Para el conde Ubiao, como para la inmensa mayoría de los tumas, no era apenas concebible que una nación, en posesión de poderosos medios, no los utilizara para imponer su ley a las otras naciones. La política expansionista del Imperio Tumma se fundaba en esta ley elemental; o dominar, o ser dominado. Tal era el móvil que había impulsado a Tumma a atacar a la República de Silaos.

Por pura casualidad los valeranos llegaron a Hebón en el preciso momento que el submarino nuclear MAQUIM, de la Flota Imperial, disparaba el primer proyectil. Al propio Beg Hon, segundo oficial del MAQUIM, le cupo el dudoso honor de pulsar el botón con el cual iba a iniciarse la primera guerra nuclear del mundo. Los tres missiles lanzados por el sumergible iban destinados a arrasas Orkad, ciudad portuaria e importante centro industrial en la costa oriental de Silaos, pero ninguno alcanzó su objetivo, pues todos estallaron en el aire.

El tercero de los missiles explotó sobre el mismo submarino, provocando en éste una vía de agua que le impidió sumergirse de nuevo. Obligado a huir, el MAQUIM se encontraba todavía bajo la nube radiactiva, entre la oscuridad y la lluvia, cuando se desplomó del cielo una enorme mole amarilla que fue a posarse en el mar. Era la aeronave de los valeranos. La ola que levantó la aeronave casi hizo volcar al MAQUIM. Poco después el submarino abordaba a la extraña nave. El encontronazo dejó tan escorado al sumergible que se hizo preciso abandonarlo, justo en el momento que llegaban los aviones silaitas y empezaban a largar bombas.

Beg Hon se encontraba nadando en el mar cuando unos individuos enfundados en recias armaduras y escafandras oscuras le rescataron. Le llevaron hasta una pequeña embarcación y allí le alcanzó una bala de los aviones. Al recobrar el sentido se encontraba a bordo de la aeronave.

Beg Hon sintió un repeluzno la primera vez que vio a los terrícolas. Imposible era describir su aspecto; a Beg Hon le hacían recordar una gallina desplumada viva. Su piel delgada, lisa y pálida, era sencillamente repugnante. Eran de estatura inferior, delgados de brazos y piernas, y hablaban con una voz ridículamente aflautada.

El primero de aquellos extraños seres en hablarle fue Adler Ban Aldrik. Fue una experiencia desconcertante. Las palabras de los extranjeros eran simples voces sin sentido para Beg Hon. Solamente cuando Adler Ban Aldrik le habló le comprendió, ¡a pesar de que sus palabras, en tal que sonidos, seguían siendo ininteligibles! El extranjero explicó este fenómeno asegurando poseer facultades telepáticas. Es decir; no sólo podía hacerse entender por Beg Hon y sus compañeros, sino que era capaz de leer los pensamientos de los tumas y comprenderles.

Tras el rescate de los náufragos del MAQUIM los valeranos hicieron elevarse de nuevo su aeronave y la llevaron a gran altura sobre la vertical de Silaos. Los extranjeros se proponían impedir que silaitas y tumas se destrozaran mutuamente en una guerra nuclear que calificaron de “insensata”. Desde su aventajada posición, utilizando unos poderosos rayos de enorme alcance, la aeronave destruía sistemáticamente todos los proyectiles nucleares de tumas y silaitas en cuanto éstos alcanzaban su máxima altura. Tumas y silaitas perdieron así un elevado número de missiles, y numerosas ciudades y millones de seres se salvaron de una hecatombe segura. Comparado con lo que se esperaba habría de ser la guerra en las primeras veinte horas, todo quedó reducido a un moderado intercambio de bombas.

Pese a todo la guerra continuaba en tierra, donde las divisiones acorazadas silaitas habían rebasado la frontera de los países vecinos, iniciando con ello la temida y esperada invasión. Por primera vez los silaitas utilizaban artillería atómica y sus aviones demolían los enclaves aliados y las bases tuma de donde salieron los primeros missiles.

Durante varias horas la aeronave de los valeranos siguió haciendo de escudo entre los dos bandos contendientes. Finalmente el contralmirante Aznar fue a hablar con Beg Hon y le expuso su idea. Los valeranos, dijo, no tenían aspiraciones territoriales ni de ningún otro tipo en Hebón. Habían llegado hasta allí ignorando que el planeta estuviera habitado, y sólo se proponían evitar una guerra nuclear de efectos desastrosos no sólo para los países beligerantes, sino para extensas áreas del planeta que quedarían contaminadas de mortal radioactividad. El contralmirante quería enviar a Beg Hon y sus compañeros de regreso a Tumma para que contaran lo que habían visto y trataran de concertar una entrevista entre él y el emperador.

Utilizando la propia emisora de radio de la aeronave, Beg Hon consiguió comunicar con la base de submarinos. Sus superiores expusieron el asunto al Gabinete del emperador y finalmente, tras una espera de horas, llegó la respuesta afirmativa. Se permitía que una cápsula portadora de una Karendón T aterrizara en territorio tuma.

Para viajar a larga distancia los valeranos utilizaban una

variante de la máquina Karendón, llamada “Traslator”. El sistema era tan sencillo como ingenioso. Primeramente se hacía volar hasta el punto de destino una cápsula portadora de la Traslator. Una vez la cápsula había aterrizado se desmaterializaba a los viajeros a bordo de la aeronave y se enviaban por radio los datos relativos a la disposición de los agujeros que aparecían en la cinta perforada obtenida de la desmaterialización de los viajeros. En el lugar de destino la Traslator confeccionaba una cinta perforada idéntica a la primera, y sobre esta cinta la Karendón restituía a los viajeros en el interior de la cápsula.

Aparte de la comodidad, seguridad y rapidez, este sistema ofrecía otras muchas ventajas. Una vez situada en tierra, la cápsula podría servir para ir y volver desde la aeronave a Tumma tantas veces se deseara. El contralmirante Aznar tenía el propósito de llevar una segunda cápsula a Silaos. Si la deseada entrevista llegara a realizarse, ambas cápsulas y la Karendón a bordo de la aeronave serviría para trasladar rápidamente a las delegaciones de ambos países de un lado a otro.

El lugar designado por los tumas para el aterrizaje de la cápsula portadora era una extensa playa al extremo de una zona desértica en la costa oriental del continente Tumma. Beg Hon, el conde y el sargento Istan harían el viaje. La cápsula portadora, dirigida por control remoto desde la aeronave, fue a posarse en el lugar previsto.

No le costó a Beg Hon poco trabajo convencer al conde Ubiao de que no había peligro alguno en aquella extraña forma de viajar. En honor a la verdad, el propio Beg Hon tenía sus reservas. Finalmente los tres entraron en la cámara de la Karendón.

—No sentiréis nada —advirtió Adler Ban Aldrik—. Veréis un relámpago, y con el mismo relámpago en las retinas os encontraréis en la cápsula. La cámara de la cápsula tiene las mismas dimensiones que ésta, pero está totalmente cerrada. Solamente en eso notaréis que os encontráis en otro lugar. Esperad tranquilos a que se abra la puerta. Eso es todo, buen viaje.

Solos en la cámara revestida de cristal los tres tumas se miraron unos a otros. Escucharon el zumbido de la máquina. Por enésima vez Ubiao dijo entre dientes:

—¿Y si la máquina fallara?

Brilló un relámpago azul eléctrico. Beg Hon pegó un respingo de

sobresalto. Junto a él vio al conde Ubiao y al sargento Istan que doblaban las rodillas y caían pesadamente al piso como muñecos de trapo.

Aterrado miró Beg Hon a sus compañeros. Istan estaba caído de bruces con el rostro pegado al suelo. El conde Ubiao había quedado a medias recostado con los hombros contra la pared, todo el peso del cuerpo sobre las piernas dobladas, la cabeza ladeada y los ojos abiertos, la mirada fija y sin expresión.

—¡Ubiao! —exclamó Beg Hon.

No obtuvo respuesta ni la esperaba, pues inmediatamente comprendió que su compañero estaba muerto. La máquina le había matado y también a Istan. Beg Hon sintió miedo, un miedo animal, irreflexivo, que brotaba de las capas más primitivas de su ser. Instintivamente dio un salto hacia la salida. No reparó siquiera en que estaba en la misma cámara donde debieran haber sido desmaterializados. La cámara no tenía puerta, sólo una gran pantalla separada de los bordes de la gran caja el espacio suficiente para permitir el paso de un hombre deslizándose de lado.

Beg Hon se lanzó hacia aquella abertura, chocando con Adler Ban Aldrik que se disponía a asomarse. El empujón arrojó a Adler Ban Aldrik a unos pasos de distancia. Beg Hon saltó sobre él, le echó las garras al cuello y lo zarandeó rugiendo de furor.

—¡Embusteros... traidores! ¡Habéis asesinado a mis camaradas!

Beg Hon siempre había creído que era más fuerte que cualquiera de los terrícolas, incluido Adler Ban Aldrik. Pero también en esto se equivocó. Adler Ban Aldrik sacó los brazos por detrás de los hombros de Beg Hon, le clavó unos dedos como garfios en el maxilar inferior y casi le desnucó al empujarle la cabeza hacia atrás. Beg Hon tuvo que soltar la presa que sus manos hacían alrededor de la garganta del valerano. Éste le hundió el puño en el vientre, el punto más blando y vulnerable, obligando al tuma a doblarse soltando ruidosamente el aire de los pulmones. El puño de Adler Ban Aldrik golpeó al tuma en la punta de la barbilla. Beg Hon salió reculando para ir a estrellarse contra el banco de instrumentos de la Karendón, cayendo de allí al suelo.

Los tumas tenían la cabeza muy dura y Beg Hon no llegó a perder el sentido. Sólo quedó medio aturdido, sentado en el suelo con la espalda contra el banco. Adler Ban Aldrik le habló

directamente al intelecto:

“Lo siento, tuve que hacerlo. Comprendo que estés furioso. Has visto a tus camaradas muertos y supones que nosotros les hemos asesinado.”

—Vosotros o vuestra máquina, da lo mismo. ¡Están muertos! —gritó Beg Hon—. Asegurabais que no había peligro alguno, que la máquina no iba a fallar...

—La máquina no falló. De haber sido así no habría discriminado entre tú y tus compañeros. Todos estaríais muertos. Pregúntate por qué tú estás vivo y ellos no. ¿No te interesa saberlo?

La réplica del valerano dejó confundido a Beg Hon. Miró a Adler Ban Aldrik y advirtió también la presencia de dos tripulantes junto a la puerta de la habitación.

—Está bien, dímelo tú —dijo Beg Hon—. Ibais a enviarnos a Tumma. ¿Por qué estamos todavía aquí?

—Ya estuvisteis en Tumma.

—Mientes, nunca nos movimos de este barco. Nos habéis engañado.

—Viajasteis a Tumma —insistió Adler Ban Aldrik. Desembarcasteis en la playa y acudió a recogeros un helicóptero. Hasta varias horas después no supimos de vosotros. Más tarde nos llamaste por radio y dijiste que podíamos desembarcar sin miedo, que el emperador iba a recibirnos...

—¿Quieres hacerme creer que ocurrió todo eso y lo he olvidado?

—Beg Hon, escúchame —dijo el valerano con firmeza—. Nos llevaste engañados a la playa. Afortunadamente no utilizamos la cápsula, sino que fuimos hasta allá en este mismo buque. Los tumas habían concentrado una gran escuadra naval y llevaron carros blindados y artillería hasta las inmediaciones de la playa. Tuanko desconfió, mas pese a todo él y yo desembarcamos. Había un helicóptero en la playa y junto a él os vimos a Ubiao y a ti. Nos encontramos a media distancia entre nuestro barco y el helicóptero, y tus primeras palabras fueron para advertirnos que íbamos a ser traicionados. En ese momento Ubiao empuñó una pistola y disparó contra ti. Estabas herido y al retroceder hacia el barco te arrastramos con nosotros. Los buques de guerra abrieron fuego de artillería contra nuestra aeronave utilizando granadas atómicas. Gracias a nuestras armaduras no nos mataron sobre la playa.

Entramos en nuestro barco y desde la cámara de derrota cerraron precipitadamente la cortina de “dedona”. Tan precipitadamente lo hicieron que la cortina metálica seccionó limpiamente tus dos piernas. Estabas desangrándote y tuve que efectuar una intervención de urgencia cerrando las venas. Ibas a morir, apenas quedaba en ti un soplo de vida y sólo había una forma de salvarte. Teníamos que llegar hasta la Karendón y desmaterializarte antes que tu alma escapara de tu cuerpo. Eso hicimos. Corrimos hasta esta Karendón, te arrojamos dentro de la cámara y fuiste desmaterializado.

Beg Hon se miró ambas piernas. Adler Ban Aldrik interceptó su pensamiento y dijo:

—Por supuesto, esas piernas no son de tu última desmaterialización. Para salvarte la vida y las piernas hemos tenido que restituirte sobre el “vetatom” que quedó en la máquina cuando fuiste desmaterializado para ser enviado a Tumma. Pero no estabas solo en aquella ocasión, así que tuvimos que restituir también a tus compañeros. Ubiao está muerto y el sargento Istan vive en otra parte; esa es la razón de que hayan aparecido sin vida al ser restituidos contigo.

—¿Por qué no recuerdo nada de cuanto dices? —preguntó Beg Hon.

—Es sencillo de comprender. El hombre que acaba de ser restituido es el Beg Hon que salió de este buque para viajar a Tumma. El pensamiento, las ideas y los recuerdos están contenidos en las células cerebrales, forman parte de la vida material del hombre. No puedes recordar nada de lo que pasó después porque en ese momento todavía estabas aquí y no habías vivido los sucesos que habrían de producirse después. ¿Quieres verte a ti mismo tal como llegaste después de la huida de la playa?

—Sí, quiero verme —respondió Beg Hon con firmeza.

Adler Ban Aldrik se acercó al banco y manipuló los mandos. La Karendón zumbó y a continuación brilló un relámpago en la cámara. Beg Hon se incorporó. Vio avanzar y retroceder la cinta perforada en el lector fotoeléctrico. La máquina dejó oír de nuevo su poderoso zumbido y soltó una terrible descarga.

—Ahora puedes mirar —dijo Adler Ban Aldrik.

Beg Hon fue a asomar la cabeza en la cámara de restitución.

Habían desaparecido los cadáveres del conde Ubiao y de Istan, y en su lugar vio un cuerpo mutilado tendido en el piso, sobre un charco de sangre. Sin duda era él mismo, aquel era su rostro. Tenía la ropa como chamuscada y de los muñones de las piernas manaba todavía la sangre...

Se echó atrás lleno de horror y repugnancia.

Mientras regresaba hacia donde se encontraba Adler Ban Aldrik éste hizo funcionar de nuevo la máquina desmaterializando cuanto había en la cámara.

—Me has salvado la vida —dijo Beg Hon—. Os estoy agradecido.

—Tú la arriesgaste antes por nosotros —respondió el valerano.

—No puedo recordar qué ocurrió, pero tal como dices que sucedieron las cosas, debió haber un complot para asesinar al contralmirante y tratar de destruir vuestra aeronave —dijo Beg Hon.

—Tal vez fue un error interponernos entre vosotros y los silaitas. Bueno, tus amigos podrán continuar la guerra ahora.

Beg Hon clavó sus grandes ojos en el lampiño rostro del extranjero. Adler Ban Aldrik movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—En efecto, nos retiramos. El contralmirante se reconoció impotente para poner fin a vuestra disputa. La guerra continuará apenas nos alejemos, la gente seguirá muriendo y las secuelas serán la ruina por igual de vencedores y vencidos.

—¿Os marcháis?

—La aeronave tiene que regresar. No obstante algunos de nosotros vamos a quedarnos un tiempo más para completar nuestros conocimientos acerca de este mundo. En cuanto a ti, ¿qué podemos hacer? Tal vez quieras volver a tu país... no lo sé, tú dirás en qué podemos ayudarte.

Beg Hon movió la cabeza.

—En mi país soy un traidor —dijo con amargura—. Nunca podré regresar.

—Nuestra intención es explorar el lado contrario del planeta. Puedes venir con nosotros si lo prefieres.

—Sí, iré con vosotros —dijo el tuma sin pensarlo mucho.

CAPÍTULO II

Los profesores de la Academia de la Armada de Valera se opusieron a que el profesor Castillo permaneciera a bordo del crucero de combate de la Armada Sideral Valerana, pero el contralmirante Tuanko Aznar, que era el comandante de la Armada, se opuso a una fuerte oposición en el contralmirante Tuanko Aznar.

El “Coimbra”, crucero de combate de la Armada Sideral Valerana, tenía que regresar a Valera en el tiempo previsto. Las comunicaciones por radio no eran posibles desde el interior del hiperplaneta y un retraso sobre la fecha prevista provocaría la inquietud del Almirante Mayor y tal vez el envío de una segunda aeronave en su busca.

—Bueno, ésta es una expedición científica —argumentó el profesor Castillo—. Cabe suponer que no espera de nosotros igual puntualidad que si se tratara de una misión de bombardeo, pongo por caso. El viejo comprenderá.

—No, el viejo no lo comprenderá —rebatía Tuanko—. Desde Valera no puede imaginar siquiera lo que ocurre aquí dentro. No digo que no se preocupara también aunque no hubiera un solo Aznar a bordo de este barco, pero sería distinto. No digamos el señor presidente.

Tuanko Aznar aludía a la presencia a bordo de la capitana Izquiaola, hija del presidente de la República de Valera. En cuanto a los Aznar, ya el Almirante Mayor había manifestado su desagrado antes de la salida, entendiéndolo por excesivo el protagonismo de su familia en esta misión. En efecto, nada menos que cuatro miembros de la familia figuraban en el rol: Tuanko Aznar, Alejandro Aznar, Fidel Aznar y Marek Aznar. No era exagerado decir que el Almirante Mayor se sentiría hondamente preocupado a poco que el crucero “Coimbra” se retrasara sobre la hora de llegada prevista. Si la aeronave sufriera algún percance irreparable, el Almirante Aznar perdería de una sola vez a su hermano (Adler Ban Aldrik), a su hijo (Alejandro) y a sus dos sobrinos (Tuanko y Marek). También el

presidente empezaría a preguntar si se tenían noticias del crucero.

—El barco regresa a Valera —afirmó Tuanko.

Replicó el profesor Gerardo Castillo:

—Bueno, pues si el barco se va, deja al menos que nos quedemos los demás.

—¿Quiénes son los demás? Sólo veo un par de locos empeñados en quedarse solos en un planeta enorme, del que apenas conocemos nada y en donde puede ocurrir todo.

—No puedes negarte a eso, Tuanko —dijo Adler Ban Aldrik con su voz suave y persuasiva—. No retrasaremos ni entorpeceremos el regreso del buque. Sólo permítenos utilizar una Traslator y ya regresaremos por nuestros propios medios.

—El viejo me pedirá cuentas por haber permitido quedaros sin la adecuada protección.

—Pues protégenos, no nos oponemos a que nos protejan.

—Para eso tendría que dejar aquí el buque. Pero el buque tiene que regresar. No puede ser, ya está dicho. ¡Y no se hable más del asunto! —rechazó Tuanko Aznar con energía.

Los dos hombres abandonaron la cámara de derrota, aparentemente resignados a aceptar la negativa. Pero Tuanko, que conocía muy bien a Adler Ban Aldrik, no cayó en la ingenuidad de creer que había ganado la batalla.

En efecto, apenas transcurridos diez minutos vio llegar en comisión a todo el equipo científico. Éste lo formaban dos mujeres y cinco hombres, entre ellos el propio padre de Tuanko, el profesor Alejandro Aznar.

Tuanko era tapo, como su padre, y como éste poseía algunas de las prodigiosas facultades paranormales que también tenía Adler Ban Aldrik, entre ellas la telepatía. Gracias a su condición de paragnóstico, Tuanko ya estaba captando la vibración cerebral de su padre incluso antes de que éste llegara hasta él.

—Por favor, no quiero discutir este asunto —dijo Tuanko levantando las manos—. Ya dije todo lo que tenía que decir, ¡no!

Nunca había visto Tuanko enfadado a su padre, pero esta vez ocurrió.

—Te daré la oportunidad de meditar tu negativa, hijo —dijo Alejandro—. El equipo científico no somos soldados. No estamos sujetos a tu disciplina ni puedes obligarnos a regresar si no

queremos hacerlo. Nos da igual que el Almirante se enfade o reviente de una rabieta. Nosotros nos apeamos de tu barco aquí.

Jamás, en todos los años de su vida, había tenido Tuanko una discusión con su padre. Por lo general Alejandro era un hombre de carácter apacible, aunque poco comunicativo y más bien a la defensiva en cuanto a entregar su afectividad a terceros. Sin duda alguna era la eminencia gris de la familia.

Dejando a parte a Adler Ban Aldrik, cuya extraordinaria personalidad merecía un tratamiento distinto, Alejandro era el primer Aznar en quien se rompía una larga tradición de brillantes ejecutorias. Desde el Siglo Veinte los Aznar fueron en sucesión ininterrumpida grandes conductores de hombres; almirantes de la Armada Sideral, “superalmirantes” del autoplaneta Valera, descubridores, conquistadores y colonizadores de nuevos mundos.

La ruptura de tan fulgurante trayectoria se producía en Alejandro y continuaba en sus descendientes. Tuanko Aznar, en quien apuntaban buenas maneras de líder, no alcanzaría probablemente las altas cotas de sus antecesores. Tuanko también era “tapo”.

Los “tapos” eran descendientes de la rama valerana que creó un nuevo imperio en el circumplaneta Atolón y se le suponía residuo de un mestizaje entre éstos y los antiquísimos pobladores de aquel mundo, los bartpuranos. De los bartpuranos recibirían los “tapos” sus excepcionales facultades paragnósticas, gracias a las cuales sobrevivirían a la desaparición de la civilización atolonita y a la posterior invasión del circumplaneta por otra raza extragaláctica; los “ghuros”. En el autoplaneta Valera la colonia “tapo” no alcanzaba ni a cien mil individuos y formaba una minoría étnica que, si bien disfrutaba de los mismos derechos que los valeranos, estaba francamente discriminada.

En la reconquista de Atolón, el joven Miguel Ángel Aznar conoció a Banda, una joven y hermosa “tapo” de la cual tuvo dos hijos; Alejandro y Dalia. El matrimonio fracasó. Las peculiaridades del carácter “tapo” jamás fueron comprendidas por los adustos valeranos, y Miguel Ángel Aznar no era en este sentido diferente de sus compatriotas. Por igual razón Miguel Ángel estuvo siempre lejos del amor de sus hijos. Esta falta de afecto marcó la infancia de Alejandro e hizo de él un muchacho introvertido, silencioso y

melancólico, más atraído por el estudio de las ciencias que por la carrera militar que habían seguido sus distinguidos abuelos.

La comprensión y el afecto que Alejandro nunca encontró en su padre iría a buscarlos en su tío Fidel (Adler Ban Aldrik), que fue quien hizo de él un científico de excepción. Alejandro tuvo una esposa “tapo” y dos hijos; Tuanko y Virela. El fracaso del Almirante con sus hijos quiso enmendarlo en sus nietos, especialmente en Tuanko, a quien se propuso educar personalmente. Criado lejos de Alejandro, el propio Tuanko ignoraba de su padre muchos aspectos de su carácter. Por esto le sorprendió verle adoptar una actitud enérgica, nueva en él.

—Está bien —dijo Tuanko—. Les desembarcaré junto con una Traslator, pero ustedes asumirán su propia responsabilidad por cuanto pueda ocurrirles. Sólo impondré una condición; que las mujeres regresen a Valera en el buque.

Las dos mujeres en el equipo científico eran Nuria Ross y Paulina Elorza. Éstas protestaron por una decisión que entendían era discriminatoria y atentaba contra la igualdad de derechos.

—Déjense de tonterías, no se trata de derechos, sino de su condición física —cortó Tuanko con energía—. Hasta aquí todo les fue fácil, sólo desembarcaron una vez y tenían el respaldo del “Coimbra”, pero en esta ocasión será distinto. El crucero no estará allí para vigilar y auxiliarles. Pueden verse obligados a volar largas distancias sin más equipo que su “back” individual, a huir, a defenderse, a sufrir hambre y calor. No es una misión para mujeres, ni siquiera para un pequeño grupo de hombres sin el entrenamiento adecuado, sin conocimientos de supervivencia, sin habilidad en el manejo de las armas ni el equipo de vuelo. No sé ni siquiera por qué les consiento ir, aunque supongo que van a decirme que cada cual es libre de suicidarse como le dé la realísima gana. Muy bien, suicídense. Pero no cederé en lo que se refiere a las mujeres. Ellas no desembarcarán.

La intransigencia de Tuanko rindió a Paulina Elorza y provocó la airada reacción de Nuria Ross, la cual reclamaba como los demás su derecho a suicidarse como le diera la gana.

—No se trata de tu suicidio —dijo Gerardo Castillo—, sino de que no seas un estorbo para el resto del equipo.

Nuria miró sorprendida al profesor. Miró uno a uno a sus amigos

y éstos rehuyeron encontrarse con su mirada.

—Creía tener compañeros —dijo la joven con amargura—. Pero no son otra cosa que una pandilla de egoístas. ¡Les desprecio!

Salió de la sala llorando y todos se sintieron aliviados.

—Pienso que acaban de perder una amiga por nada —apuntó Tuanko Aznar—. Para regresar a Valera desde el interior del hiperplaneta tendrán que utilizar la Karendón, pero sus “vetatom” no podrán ser transferidos fuera de las paredes de la esfera. Por lo tanto, al ser restituidos en Valera sobre los “vetatom” que van a viajar en el “Coimbra”, ustedes no recordarán nada de cuanto ocurrió a partir del momento que abandonaron el buque. ¿Qué utilidad habrán sacado pues de este arriesgado viaje?

—Esperamos no tener que regresar por ese medio —dijo el profesor Valera—. Es de suponer que al tener noticias por ustedes de que el hiperplaneta está habitado, alguien decidirá enviar otra aeronave para llevar a cabo una exploración más profunda de este mundo. Esperaremos durante dos semanas que alguien venga a buscarnos. Si nadie viene por nosotros, daremos por perdidas nuestras experiencias y nos desmaterializaremos en la Karendón para que nos recuperen en Valera.

El crucero sideral había abandonado Tumma hacía tres horas y no disponían de mucho tiempo para los preparativos.

Formado en el espíritu de alta eficiencia de la Armada Sideral, Tuanko era un hombre que detestaba la improvisación. Este desembarco no estaba previsto, no se había estudiado previamente, y por lo tanto no ofrecía ninguna de las garantías mínimas exigidas en un plan serio que se propusiera obtener cierto éxito. Lo primero que precisaba saber era el lugar donde los científicos iban a desembarcar. Lo preguntó Tuanko, los científicos se miraron unos a otros y fue Adler Ban Aldrik quien finalmente respondió:

—No tenemos predilección especial por un lugar determinado, pero puesto que la nave va arrumbada en esa dirección desembarcaremos alrededor de aquella zona de intensa actividad nuclear.

Adler Ban Aldrik aludía al descubrimiento hecho horas atrás, cuando se encontraban en el cielo de Silaos. Explorando el espacio con el detector de neutrinos, los valeranos establecieron la existencia de un elevado número de reactores nucleares

funcionando en el lado opuesto del planeta. Sin embargo, Beg Hon ni sus amigos tenían noticias de que existiera ninguna otra civilización tecnificada más allá del mundo por ellos conocido.

Bien era cierto que los tumas no habían explorado todo el hiperplaneta. Éste era una esfera hueca de unos diez mil millones de kilómetros de diámetro, tan grande como todo el sistema solar terrícola hasta más allá de la órbita de Neptuno. Los aviones más rápidos conocidos en Hebón no eran capaces de desarrollar una velocidad superior a los 3.000 kilómetros por hora, y su radio de acción no alcanzaba más allá de 8.000 kilómetros. Pero si incluso prescindiendo de su limitado radio de acción, los tumas o los silaitas se hubiesen propuesto llegar al extremo opuesto del planeta, sus aviones habrían tardado en alcanzar aquel remoto lugar ¡seiscientos años! Tal empresa estaba totalmente fuera de las posibilidades de la técnica aeronáutica de los tumas, cuyo desarrollo sólo llevaba un siglo de existencia.

¿Qué posibilidades cabían de que otra civilización hubiera llegado aquí desde el otro extremo del planeta?

Aproximadamente las mismas. Sin embargo, mientras exploraban los lejanos confines del continente silaita, durante un breve desembarco para estudiar a ciertos “monos”, los científicos valeranos descubrieron los restos de una máquina voladora construida sobre una técnica más avanzada que la desarrollada por tumas y silaitas. Se trataba de un “platillo volante”, máquina que todavía tenía que apoyarse en el aire para volar, pero capaz de desarrollar velocidades muy elevadas, y que presentaba la novedad de estar propulsada por un motor atómico.

Se trata, sin duda, de la tentativa de alguna otra civilización por llegar hasta este rincón del hiperplaneta, una tentativa que falló por muy poco, y que seguramente se repetiría con mejor fortuna en cualquier momento. Porque aquella máquina, cuya velocidad no debía sobrepasar los 25.000 kilómetros por hora, habría invertido alrededor de unos setenta años en volar 15.000 millones de kilómetros hasta estrellarse en Silaos. Pero durante todo este tiempo, mientras el “platillo volante” estaba en camino, la civilización que lo creó debió seguir investigando, perfeccionando su tecnología, hasta construir tal vez un nuevo modelo de aeronave capaz de volar a cien mil kilómetros por hora ininterrumpidamente

durante dieciocho años.

Es decir, si medio siglo después de despedir al “platillo volante” aquella civilización avanzada enviaba por la misma ruta una aeronave cuatro veces más veloz, esta última casi llegaría al mismo tiempo que la primera. Beg Hon afirmaba no tener conocimiento de que ninguna aeronave hubiera llegado jamás a Silaos o Tumma desde otra parte del planeta. O sea, este hecho no se había producido, luego podía ocurrir en el momento menos pensado a partir de hoy mismo.

Esta civilización avanzada sobre el progreso tecnológico de tumas y silaitas era la que Adler Ban Aldrik se proponía investigar.

De muy mal humor, Tuanko Aznar buscó un pupitre en un rincón de la cámara de derrota, dispuesto a confeccionar una lista con aquellos elementos que, a su juicio, debería llevar consigo la expedición. Rápidamente escribió a medida que iba pensando:

“Equipo que deberán llevar. Armaduras totales de vacío (por supuesto también “backs”). Raciones “patropa” para una semana por individuo (cada cual llevará la suya en un macuto). Cámaras fotográficas, grabadoras de sonido, cámaras “videograf”, emisor de radio con mando de retorno para hacer venir a la cápsula dondequiera que esté, prismático, girocompás, botiquín de urgencia, pastillas para potabilizar el agua. El equipo científico que ellos propongan para desarrollar mejor su misión. Además, en la Karendón T llevarán “vetatoms” para restituir: Alimentos. Medicinas y material quirúrgico. “Backs” y escafandras de repuesto. También botellas de oxígeno (Dios sabe en qué apuro pueden verse). Tiendas de campaña completas con mesas, sillas y camas desmontables. Armas de “luz sólida”...”

Levantó el lápiz meditando. ¿No podría resultar comprometido llevar en la expedición armas de “luz sólida”? En el supuesto de que éstas cayeran en manos de extraños, alguien podría copiarlas. Incluso podría utilizar la Karendón para producirlas en gran cantidad...

Tachó “armas de luz sólida” y en su lugar escribió: armas convencionales. De pronto se enojó y arrojó el lápiz sobre el pupitre.

—¿Qué te ocurre, no salen las cuentas bien? —preguntaron.

Se volvió y vio a Marek Aznar, que estaba tras él observándole.

—¡Es un disparate! —dijo Tuanko con rotundidad—. No se les puede dejar solos, se perderán en este inmenso planeta, o les matarán o les capturarán. No sabemos a qué peligros van a estar expuestos. No tienen preparación física, ni destreza en las armas, ni apenas saben cómo se maneja un “back” ni un emisor de radio...

Marek sonrió. Alto, rubio de ojos azules, hermoso y bien proporcionado de cuerpo, como una estatua clásica, Marek poseía muy bien desarrolladas las facultades paranormales propias de los tapos. Aunque no había tenido un maestro como Adler Ban Aldrik, de hecho Marek tuvo muchas más ocasiones que Tuanko para ejercitar estas facultades.

Su padre fue Héctor Aznar, nieto de Adler Ban Aldrik, uno de los hombres que se quedaron en Atolón para tener a raya a los Hombres Grises (thorbod) mientras el resto del pueblo tapo viajaba a la Tierra con el Almirante Miguel Ángel Aznar en busca de ayuda.

Marek “leía” telepáticamente el pensamiento de Tuanko y dijo:

—Permíteme que vaya con ellos. Al menos estarán más protegidos y mejor dirigidos.

—¿Mejor que si los dirijo yo mismo? —replicó Tuanko.

Marek enrojeció ligeramente. Adoptó una actitud seria.

—Si se tratara de llevar una escuadrilla de cruceros al combate, no discutiría contigo; tú eres mejor. Pero en tierra firme, escalando montañas o atravesando desiertos, siguiendo o borrando pistas, yo soy mejor. No es vanidad si te recuerdo que he luchado desde que tuve edad para que me confiaran un fusil. Y en Atolón la lucha tenía un carácter singular. Allí los “tapos” no sólo tuvimos que escapar a las bombas de los “thorbod”, sino aprender a sobrevivir en un territorio que habitualmente dominaban los insectos gigantes; es decir, luchábamos al mismo tiempo contra los “thorbod”, las “mantis”, la escasez de medios, el clima y la naturaleza del terreno. Y a pesar de todo algunos salimos con vida de aquel infierno, entre ellos yo. De modo que si consideras que no son méritos suficientes...

Marek apretó los labios y guardó silencio. No obstante, recogiendo telepáticamente el sentir de su sobrino, Tuanko descubrió hasta qué punto Marek se sentía herido, postergado y rechazado para hacer algo que no sólo estaba en sus posibilidades, sino que seguramente podía llevar a cabo mejor que ninguno de los

que se encontraban a bordo de la aeronave.

Lo peor de todo era que llovía sobre mojado. Marek había sido escogido por el propio Tuanko para mandar el “Coimbra”. Luego, muy a última hora, se presentó la capitana Belén Izquiaola y le arrebató el mando del buque. Y Marek podría no ser un comandante relevante para un crucero, pero nadie podía negarle su larga experiencia y su brillante hoja de servicios en aquel infierno que fue Atolón.

—Como es lógico no me sentiré tranquilo hasta que la expedición esté de regreso en Valera —dijo Tuanko—. Y no será porque dude de tus aptitudes para dirigir la expedición y cuidar de esa pandilla de chiflados. Es que con ellos va mi padre. Claro que también va Fidel y ahora te sumas tú... pero es distinto. Especialmente me preocupa mi padre. Físicamente es el que tiene una constitución más débil, y además no está acostumbrado a estos trotes. ¡Si pudiera hacer que se quedara abordo! Pero, claro, ya sé que es inútil intentarlo.

—¿Así pues, me dejas ir? —preguntó Marek radiante de contento.

Tuanko Aznar asintió con un resignado movimiento de cabeza.

CAPÍTULO III

El crucero sideral “Coimbra” había escapado de Coimuna saltador de pértiga, tenía que tomar una carrera de 7.500 millones de kilómetros para rebasar la velocidad de la luz, momento en el cual se encontraría a unos 2.500 millones de kilómetros de la pared del hiperplaneta, la cual atravesaría ya convertido en una invisible nube de partículas de alta energía.

Cualquier modificación en la velocidad, para dar más tiempo a prepararse a los que iban a desembarcar, obligaría al contraalmirante de desistir de este primer intento, desacelerar, regresar al punto de partida y tomar otra carrera. El “Coimbra” tenía que salir por donde había entrado. Podría hacerlo también por el lado contrario, pero en tal caso volaría en dirección opuesta a donde se encontraba Valera, viéndose obligado, ya en el espacio exterior, a dar un rodeo enorme para reunirse con el autoplaneta.

Tuanko no quería retrasar su regreso en otras veinticuatro horas, siendo ésta la razón por la que tuvo que hacerse todo con prisas.

La idea de desembarcar, prolongando su estancia en el circumplaneta en unos días más, había surgido un poco tarde. A las tres horas y media del despegue el crucero volaba a 75.600 kilómetros por segundo. En los relojes de los astronautas sólo habían transcurrido tres horas.

Debido al conocido fenómeno de la contracción del tiempo en función de la velocidad, los relojes de a bordo iban sufriendo un retraso en relación con el tiempo real fuera de la aeronave. Este retardo no podían advertirlo los tripulantes del “Coimbra”, cuya actividad física y mental se desarrollaban de acuerdo con el tiempo de sus relojes. Pero el hecho verdadero era que si hubiesen podido contemplarse a sí mismos desde un aparato de televisión situado en tierra, se habrían visto moviéndose con una lentitud que era cada

vez mayor cuanto mayor era la velocidad de la aeronave.

Solamente la computadora de a bordo, aplicando las correcciones adecuadas mediante un cálculo continuo en razón de la velocidad, llevaba una cuenta fiable del tiempo transcurrido fuera del móvil. Según estos cálculos, el “Coimbra” alcanzaría la velocidad de la luz a las 13 horas, 52 minutos y 48 segundos después del despegue. Pero hecha la debida corrección, para los astronautas y según sus relojes, esto ocurriría a las 6 horas, 56 minutos y 24 segundos. Es decir, a las cuatro horas del despegue, momento en que se decidió el desembarco del equipo científico, éste sólo disponía de dos horas y cincuenta y seis minutos para abandonar la aeronave.

—Soltaremos la cápsula a las seis horas y diez minutos —dijo Tuanko Aznar—. A esa hora estaremos a sólo cuarenta y seis minutos de atravesar la barrera de la luz, que es el tiempo mínimo que necesitamos los de a bordo para dejar las cosas en orden, dirigirnos a la Karendón y desmaterializarnos. Naturalmente, la cápsula no podrá ser dirigida a tierra por control remoto desde el buque.

En efecto, el camino que todavía le faltaba por recorrer a la cápsula después de abandonar la aeronave, era muy superior al tiempo que ésta tardaría en desvanecerse en el aire, en la misma barrera de la velocidad de la luz. La cápsula, tripulada por los mismos expedicionarios, tendría que ser dirigida manualmente hasta el punto escogido para el aterrizaje.

Las cápsulas portadoras “KT” estaban concebidas para ser tripuladas en caso necesario, disponiendo para tal efecto de una pequeña cabina de tres asientos. Podría ir algún pasajero más, pero dadas sus dimensiones no era suficiente para todo el grupo. En consecuencia, la forma más cómoda para llevar a los científicos a tierra consistía en desmaterializarlos en grupo en la misma cápsula, para ser restituidos una vez en tierra firme.

Marek tenía conocimientos y práctica suficiente para pilotar la cápsula con plena garantía, pero Tuanko insistió en que llevara a alguien más para ayudarlo. Se pidieron voluntarios y se ofrecieron tres hombres, de los cuales Marek escogió al sargento Eced. La razón de esta preferencia estaba en que Eced era “tapo”.

El tercer ocupante de la cabina sería Adler Ban Aldrik, cuya

misión consistiría en señalar el lugar de aterrizaje.

Marek y el sargento Eced fueron a comprobar personalmente el funcionamiento de la cápsula, mientras Adler Ban Aldrik iba a restituir a Beg Hon en la Karendón, decisión que más tarde contrariaría a Marek.

Decir que Marek tuviera algo personal contra Beg Hon habría sido exagerado. ¿Pero por qué llevar al tuma? A Marek no le gustaban los tumas, por muy humanos que los proclamaran Adler Ban Aldrik y el profesor Castillo.

Los tumas eran el máximo exponente de la inteligencia en el hiperplaneta. Su desarrollo técnico y cultural se encontraban más o menos a la altura de la civilización terrícola hacia la mitad del siglo veinte, lo cual era lo mismo que decir que pasaban por una época tormentosa de desequilibrio económico y profundos cambios en lo social.

El profesor Gerardo Castillo había colocado sin vacilaciones a los tumas en la especie de los saurios. Se trataba de unos seres gigantescos por comparación a los terrícolas (Beg Hon medía alrededor de tres metros de estatura), con un gran corpachón que se sostenía sobre dos gruesas piernas, especialmente de rodillas arriba. Este desarrollo de los miembros inferiores contrastaba con la delgadez de sus cortos brazos, donde las manos estaban formadas por cuatro dedos divididos en dos paquetes. El rostro, de horrible fealdad, correspondía a una cabeza más bien pequeña sostenida por un cuello corto y robusto. El cráneo, desprovisto de pelo, mostraba una especie de cresta cartilaginosa que se prolongaba por la nuca hasta la parte superior de la espalda. Esta espalda, a su vez, estaba protegida por dos placas óseas de gran tamaño correspondientes a los omoplatos, cubiertas de duro y rugoso cuero color verdoso. En el vientre, por el contrario, la piel era delgada, suave y blanquecina, cosa que ocurría también con las palmas de las manos y los pies. Carecían de pabellón auditivo, los oídos eran dos simples agujeros a cada lado del cráneo. Sus ojos, protegidos por un prominente arco superciliar, estaban profundamente enclavados en las órbitas y eran de gran tamaño, haciendo recordar por su expresión y forma los ojos de los caballos. La nariz era achatada y con grandes fosas.

Los tumas eran ovíparos, de sangre fría.

Después de realizar un chequeo totalmente satisfactorio en la

cápsula “KT”, Marek y el sargento Eced regresaron a la primera cubierta para equiparse con sus armaduras de “diamantina” e ir en busca de sus respectivos “backs”. En este momento Tuanko Aznar acababa de tener una discusión violenta con su padre.

Contrario desde el primer momento al desembarco de los científicos, el joven contralmirante intentaba disuadir de su propósito a su padre. No lo consiguió, Alejandro Aznar se mantuvo firme en su idea de seguir a la expedición y Tuanko se enfadó de veras. Tanto fue así que a no ser porque ya había comprometido su palabra, de seguro Tuanko habría cancelado la operación incluso recurriendo a la fuerza.

Demasiado atareado en los preparativos, Marek no estuvo en la discusión de sus parientes ni quiso tomar partido. ¡Allá se las compusieran padre e hijo! A Marek, particularmente, le daba igual que Alejandro se quedara a bordo o desembarcara con los demás. Bien era cierto que Alejandro no tenía una preparación física adecuada para soportar un largo esfuerzo, pero todos los demás estaban en el mismo caso. Marek sólo deseaba que no tuvieran que verse en la necesidad de tener que andar muchos kilómetros. No había por qué, ya que iban a ir equipados con dorsales de levitación —el utilísimo “back”— y siempre tendría el recurso de desmaterializarse en la Karendón y esperar a que les recuperaran en Valera en el peor de los casos.

Faltando media hora para el lanzamiento ya estaba de nuevo Marek en la cápsula. Los muchachos de la tripulación trajeron el equipo suplementario para que la máquina lo desmaterializara: tiendas de campaña completas con camas, mesas y sillas, incluso mosquiteras. “Backs” y escafandras de repuesto, botellas de oxígeno, emisora de radio, garrafrones de agua potable y varias cajas de cartón llenas de toda clase de alimentos. Y también media docena de fusiles especiales de “luz sólida”. La Karendón lo desmaterializó todo y elaboró un “vetatom” que quedó en el tambor para ser utilizado cuando hiciera falta.

Desde la cámara de derrota, la voz enojada de Tuanko Aznar anunció a través de los altavoces:

—Faltan diez minutos para el lanzamiento. ¡Vamos, los que van a desembarcar, diríjanse a la cápsula, no se entretengan más!

Los primeros en llegar fueron Adler Ban Aldrik y Beg Hon,

ambos enfundados en sus armaduras totales de vacío. Los dos eran altos, pero especialmente el aspecto del tuma imponía, debido a que con la armadura y la escafandra parecía todavía más grande. Para el tuma hubo que confeccionarle una armadura exprofeso en la Karendón “sastre”. Estas armaduras eran de “diamantina”, un cristal sintético de la dureza del diamante, altamente resistente a los golpes y a elevadas temperaturas, impenetrable a las balas de fusil. Su color azul oscuro casi las hacía parecer negras, a excepción del cristal del frente, que era polarizado y se tornaba más oscuro a mayor intensidad de luz.

La altura de la cámara de desmaterialización era de sólo dos metros y cincuenta centímetros, lo que obligó al tuma a entrar agachado y permanecer sentado en el suelo a la espera de que llegaran los demás.

En breve intervalo llegaron José Ferrer y Mario Valera. El profesor Castillo llegó sólo a continuación, abrumado bajo el peso del dorsal de levitación, el fusil automático, la bolsa de comida, prismáticos, cámara fotográfica y tubos para la toma de muestras. Todas las armaduras tenían en el pectoral y en la parte posterior de la escafandra el nombre de su dueño, a excepción de Beg Hon. Pero Beg Hon era inconfundible.

Adler Ban Aldrik y el sargento Eced ya estaban en la cabina poniendo en marcha el reactor nuclear. Al pie de la escotilla Marek pasó revista a los hombres y vio que faltaba uno.

—Falta Alejandro Aznar. ¿Dónde se ha metido ese hombre?

—Ahí llega —señaló José Ferrer.

En efecto, Alejandro Aznar salía en este momento del ascensor, tan apurado como antes Castillo con todo el equipo. Traía la escafandra puesta y saludó con un leve movimiento de mano dirigiéndose rápidamente hacia la puerta de la cámara.

La cápsula “KT” se encontraba en la bodega del “Coimbra”, colgada del techo como una enorme bomba dispuesta a ser lanzada al espacio cuando bajo ella se abrieran las compuertas del casco. Una cámara de televisión enviaba continuamente imágenes del hangar hasta la cámara de derrota. Los cuatro hombres y el tuma estaban ya en el interior de la cápsula. A través del altavoz Tuanko Aznar apremió a los tripulantes de la “KT”.

—Vamos ya, ¿a qué esperáis? Daos prisa.

Desde la cabina cerraron la compuerta de proa que daba acceso a la cámara de desmaterialización; una plataforma que se movía como un puente levadizo, y luego dos secciones más formando la punta cónica de la “KT”. Marek fue a comprobar el ajuste correcto de estas secciones móviles y luego se dirigió rápidamente a la escotilla circular de acceso a la cabina de mando.

Mientras Marek cerraba la escotilla, se ajustaba la escafandra y tomaba asiento ante los mandos, los cinco hombres que estaban en la cámara fueron desmaterializados. Entre la cabina y la cámara de derrota se cruzaron las informaciones de rigor, terminadas con un lacónico: “Buena suerte”.

El fondo del casco de la aeronave se abrió bajo la cápsula y ésta fue lanzada al espacio como una bomba de gran tamaño. Apenas la “KT” había abandonado el hangar, comoquiera que el “Coimbra” seguía acelerando seis kilómetros por segundo, empezó a alejarse rápidamente. En treinta segundos se había alejado 180 kilómetros y se perdía de vista.

Al separarse del “Coimbra”, la cápsula “KT” llevaba la misma velocidad que el crucero, la cual conservaría por tiempo indefinido mientras nada la detuviera. En este momento la cápsula había recorrido un tercio de la longitud del diámetro ideal que cruzaba el hiperplaneta de un extremo a otro pasando junto al Sol. El propósito de Marek era mantener esta velocidad durante seis horas más (tiempo corregido) y a continuación desacelerar durante 3 horas y 45 minutos para llegar a tierra a velocidad cero.

Respecto al punto donde deseaban llegar sólo tenían una idea general, la cual no podrían concretar hasta encontrarse sobre la región.

A los cuarenta y cinco minutos de abandonar la aeronave, la cápsula cruzaba por delante del Sol, cuyas abrasadoras radiaciones hicieron elevar considerablemente la temperatura del casco de “dedona” de la navecilla. Pero a la velocidad que volaban, doce millones de kilómetros por minuto, pronto quedó atrás esta amenaza.

La cápsula portadora era un cilindro metálico de 7 metros de diámetro y 20 metros de longitud, con una proa cónica y una popa casi totalmente plana, sin ninguna ventana al exterior. El casco era de un metro de espesor, totalmente de “dedona”, metal de densidad

40.000, altamente resistente al calor y a la penetración por impacto, pero cuya propiedad más notable era la de emitir radiaciones antigravitacionales bajo inducción eléctrica.

Para seguir visualmente el vuelo del artefacto, los tripulantes tenían ante sí una amplia pantalla panorámica de televisión en color y relieve, conectada en circuito cerrado a una serie de cámaras distribuidas alrededor y en la parte delantera del casco.

Mientras la cápsula volaba en dirección al sol los tripulantes habían estado admirando las gigantescas llamas solares a través de los filtros, pero al dejar el sol a sus espaldas un nuevo espectáculo se ofreció a sus maravillados ojos. El hiperplaneta era una esfera hueca totalmente cerrada, con el Sol situado en el centro, donde se equilibraban las fuerzas de gravedad. Contemplada desde cuatro mil millones de kilómetros, la esfera brillaba con resplandor opalino, confundidos los océanos y los continentes en una masa. La sensación era la de encontrarse en el interior de una inmensa perla.

—¿Es bonito, verdad? —apuntó Marek Aznar—. En este enorme espacio podrían habitar millones de humanidades como la terrícola o la atolonita. Si las actuales generaciones de valeranos estuvieran imbuidas del mismo espíritu colonizador de nuestros antepasados, a fe que no desaprovecharían la oportunidad de conquistar este mundo para el futuro.

—Los valeranos ya renunciaron a colonizar nuevos mundos —respondió Adler Ban Aldrik—. Pero el pueblo tapo sí podría establecerse en el hiperplaneta fundando aquí una nueva civilización. ¿Te gustaría?

—¿A mí? Bueno, no lo he pensado. Pero ya que hablamos de ello, creo que me gustaría participar en la primera etapa. Debe ser hermoso ver crecer una nueva nación, levantar ciudades, establecer las leyes... Temo, sin embargo, que no podría resistir mucho tiempo. Una vez estuviera todo hecho volvería a sentir el deseo de encontrarme viajando en Valera, volando en ese inmenso Universo, descubriendo y explorando nuevos mundos y nuevas formas de vida. Espero que me comprendas. Tú mismo has dado muestras de no gustarte demasiado permanecer mucho tiempo en un mismo sitio.

Después de esta breve conversación los astronautas siguieron admirando el bello espectáculo, hasta que sin darse cuenta Marek se

quedó dormido.

Al despertar de la siesta sentía hambre y propuso comer algo. Cuando terminaron de comer ya era tiempo de empezar a aplicar el freno para desembarazarse de la velocidad adquirida durante la etapa de aceleración del “Coimbra”. Se encontraban a dos mil millones de kilómetros de tierra e iban a recorrer esta distancia en 3 horas y 42 minutos (tiempo corregido). A partir de este punto Adler Ban Aldrik empezó a utilizar los mayores aumentos del teleobjetivo de la cámara principal de televisión para explorar el terreno.

La cápsula no estaba equipada con detector de neutrinos, lo que hubiera sido muy conveniente para localizar alguno de los reactores nucleares que funcionaban en aquella región, y que les hubiera llevado hasta algún lugar civilizado.

—Bueno, no tenemos prisa —dijo Marek expresando en voz alta su pensamiento.

Reduciendo su velocidad en diez kilómetros por segundo, la cápsula volaba cada vez más despacio. Caían sobre un inmenso océano y Marek hizo una corrección para llevar la máquina en dirección al más próximo continente. Treinta minutos después hacía elevar la proa del aparato y encendía el motor fotónico de popa. La cápsula siguió descendiendo al mismo tiempo que se desplazaba horizontalmente. En la amplia pantalla panorámica de televisión el suelo parecía subir al encuentro de los observadores, pero la tierra era todavía una masa confusa, como un plato de natillas.

—Encendamos la radio. Eced, ocúpate del radar —dijo Marek.

Al llegar al interior del hiperplaneta, la primera noticia que tuvieron de la existencia de seres inteligentes fue a través de la radio. Esta vez ocurrió lo mismo. Después de algunas tentativas en distintas longitudes de onda, la radio trajo una voz que hablaba en un idioma desconocido.

—No es tuma —hizo notar Marek.

—¿Esperabas que fuese tuma? —respondió Adler Ban Aldrik con ironía—. Los tumas están a diez mil millones de kilómetros de aquí. Jamás llegaron hasta esta región, y probablemente tenga que pasar mucho tiempo hasta que puedan hacerlo.

Marek apagó la radio.

—¿Por qué la apagas? —preguntó Adler Ban Aldrik.

—¿Para qué vamos a escuchar una charla que no entendemos?

—Podría servirnos para dirigirnos hacia esa emisora.

—La cápsula no tiene antena direccional. Toda la superficie del cilindro hace de receptora, por lo tanto no puede encaminarnos a ninguna parte —dijo Marek secamente.

Permanecieron en silencio largo rato. Eced habló y dijo:

—Hay muchos ecos en la pantalla.

La cápsula seguía descendiendo. Muy poco a poco iban surgiendo algunos detalles del terreno; ríos, macizos montañosos, cumbres cubiertas de nieves perpetuas, zonas desérticas, dilatadas selvas...

Marek estabilizó la cápsula a cincuenta kilómetros de altura, manteniendo una velocidad de 15.000 kilómetros por hora. A cincuenta mil metros de altura la atmósfera debía ser bastante tenue, pero ya ofrecía un freno considerable al avance de la máquina, lo cual era perceptible sobre todo por un aumento de la temperatura del casco.

—¡Atención, contacto de radar a seis mil kilómetros! —anunció el sargento Eced.

—¿Está en el aire? —preguntó Marek.

—Está en el aire. Delante, en la una y media.

Los astronautas, y en especial los pilotos de combate, solían fijar la posición de las naves enemigas según la esfera del reloj. El sistema no era muy ortodoxo, pero resultaba mucho más rápido que calcular en grados de círculo, sobre todo cuando no se exigía una precisión milimétrica.

—¿Una aeronave? —murmuró Marek como hablando consigo mismo. E instinctivamente movía el timón rectificando el rumbo en posición a la una y media.

En quince minutos la cápsula había acortado la distancia en mil kilómetros.

—Va muy aprisa, a once mil kilómetros por hora —dijo Eced.

—Le alcanzaremos —dijo Marek abriendo el regulador.

Aplicando una aceleración de dos kilómetros por segundo, la cápsula hizo 2.500 kilómetros en cincuenta segundos, y la misma distancia en igual tiempo desacelerando. En un minuto y cuarenta segundos daba alcance a la aeronave, pero Marek tuvo que elevarse a casi cien kilómetros de altura para situarse sobre el aparato a la zaga de éste.

—Bien, ahí le tenemos —dijo Marek señalando a la pantalla.

Lo que vieron era una aeronave de forma compacta, casi como un ladrillo al que se hubieran limado las aristas, dejando éstas redondeadas. A cada uno de los dos lados era claramente distinguible una especie de asa cilíndrica que se prolongaba hacia atrás, y por cuyo extremo posterior salían cortas llamas. Estas curiosas asas sólo estaban sujetas al fuselaje de la aeronave por la parte de delante, donde dibujaban una curva. Sobre el dorso mostraba una cresta, especie de aleta de tiburón que iba aumentando progresivamente en altura y remataba en un timón. La parte posterior del “ladrillo” era notablemente más afilada que la parte delantera. Aquí detrás sobresalían dos pequeñas torrecillas giratorias de las que sobresalían los cañones de sendos cañones dobles.

La curiosa aeronave estaba pintada de azul metálico, con dos franjas amarillas longitudinales desde la chata proa a cada una de las torrecillas.

—¡Vaya, miren eso! —exclamó Marek—. Parece un ladrillo con dos asas. Los que la diseñaron no hicieron muchas concesiones a la aerodinámica, ¿verdad?

—Seguramente es suficientemente aerodinámica —observó Adler Ban Aldrik—. No parece ideado para volar en la atmósfera, sino por encima de ella, donde prácticamente no hay aire.

—Se tiene bien, en efecto —admitió Marek—. ¿Cómo conseguirá la sustentación? Parece bastante pesada. ¿Dedona?

—No necesariamente. Podría estar hecha de titanio o algún otro metal consistente y liviano, y sustentarse sobre campos de fuerza antigravitacionales.

—¿De modo que han resuelto el problema de los campos de fuerza magnéticos? —murmuró Marek preocupado.

Siguieron observando el seguro vuelo de la máquina en silencio.

—Propulsada por motores cohete —dijo Adler Ban Aldrik, como reflexionando en voz alta—. Sin embargo debe llevar un reactor nuclear para producir la cantidad de energía eléctrica necesaria para hacer que se sostenga en el aire. Digamos que han resuelto sólo la mitad del problema; tienen un buen elemento de sustentación, pero les faltan motores para que su aparato vuele a larga distancia. A esta altura, volando por inercia, alcanzarán

bastante lejos, pero no lo suficiente.

—¿Suficiente para ir dónde?

—Para llegar al otro lado del planeta, por ejemplo.

En este momento algo ocurría en la cápsula. La máquina se estremeció ligeramente, como si una mano poderosa la sacudiera por la popa. Unas líneas paralelas de humo pasaron por delante de la proa alejándose. ¡Proyectiles cohete!

CAPÍTULO IV

El panel de instrumentos de un piloto rojo se encendió y sonó el timbre de emergencia. El piloto rojo se apresuró y apagaba al ritmo del avisador acústico.

—¡Motor fuera de servicio! —exclamó Marek.

Una por la derecha y otra por la izquierda, tan cerca que casi parecía que iban a tocarse, dos aeronaves adelantaron a la cápsula y empezaron a describir un giro a estribor. Mientras se alejaban, las “asas volantes” arrojaban por sus toberas largos penachos de llamas.

La primera reacción de Marek fue de furor.

—¡Maldita sea, nos han apagado el motor!

El motor lumínico, especie de poderosa lámpara que producía un chorro de taquiones excitados, era la parte más vulnerable de la cápsula “KT” y, por supuesto, la más importante en el sistema de propulsión. La rabia de Marek fue tanto mayor cuanto que no había que culpar a las “asas voladoras” del desastre, sino a su propia y torpe negligencia.

—¡Estúpido de mí! ¿Por qué no se me ocurrió mirar atrás ni una sola vez? —barbotó golpeando con los puños en los pomos de la palanca de dirección.

Al virar a la derecha las aeronaves habían salido del campo visual de las cámaras de proa. Por delante de la cápsula seguía en su tranquilo vuelo la “asa voladora”, pero ya su tripulación debía haber advertido la presencia de la cápsula a su zaga, pues en este momento crecía el volumen de las llamas de su tobera y empezaba a alejarse.

Tranquilamente Adler Ban Aldrik escogió entre los botones del tablero el que conectaba la pantalla con las cámaras de televisión del lado de estribor. La imagen saltó en la pantalla panorámica y en ésta aparecieron las dos aeronaves que se habían alejado mientras viraban.

—Viran para situarse de nuevo a nuestras espaldas —observó el bartpurano.

—¡Maldita sea su estampa!

—¿Pueden causarnos algún otro daño? —preguntó Adler Ban Aldrik.

—No esperaremos a verlo —respondió Marek, y de un empujón puso a tope la palanca del sistema de reacción.

Los astronautas llamaban “reacción” a la fuerza de rechazo de la “dedona” respecto de la fuerza de gravedad. Esta reacción era proporcional a la masa y la distancia.

La cápsula “KT”, que no era un arma de combate, había sido construida para operar en acciones de guerra, especialmente para llevar fuerzas de desembarco a tierra bajo el fuego del enemigo. Su casco de “dedona” tenía un metro de espesor y era en este sentido comparable a la coraza de un blindado.

Después de haberse dejado sorprender estúpidamente, Marek no estaba dispuesto a correr mayores riesgos, ni siguiera contando en el supuesto de que las “asas voladoras” no llevaban proyectiles de carga nuclear. La cápsula estaba desarmada y su motor averiado, por lo tanto sólo le quedaba su mayor capacidad para elevarse, superior sin duda a la de las “asas volantes”, excepto que éstas estuvieran hechas de “dedona”.

En efecto, apenas Marek abrió el regulador la cápsula empezó a subir como impulsada por un motor cohete. Las “asas voladoras” fueron sorprendidas por el brusco salto de la cápsula e intentaron seguirla, para lo cual hicieron girar sus asas de forma que el extremo de éstas apuntaban al suelo.

—Están en el techo de la altura que son capaces de alcanzar. Nunca podrán seguirnos por este sistema, antes agotarán todo el carburante y se irán al suelo —observó Adler Ban Aldrik.

—¡El diablo les lleve! —barbotó Marek—. Ya nos han hecho bastante daño rompiéndonos el motor. Sin motor no podemos ir a ninguna parte.

—No tenemos que ir a ninguna parte, ya hemos llegado al lugar donde queríamos ir —dijo Adler Ban Aldrik.

—Tal vez deberíamos cancelar la operación. No hay dificultad alguna en abrir la cámara, salir al espacio con nuestras armaduras de vacío y desmaterializarnos. Basta con dejar la Karendón en

régimen automático para que funcione el tiempo suficiente y luego provoque su autodestrucción.

—¿Y qué me dices de nuestros amigos?

—Todos seremos restituidos en Valera pasados quince días.

—Claro, pero ellos querían explorar esta región del hiperplaneta, cosa que nunca harán si cancelamos la operación ahora.

—¿Y qué más da? Una vez nos recuperen en Valera nunca sabremos lo que ocurrió aquí. No podremos retener esas vivencias, puesto que nuestros “vetatoms” no pueden ser transferidos por radio a través de todo el espesor del hiperplaneta.

—En efecto, nada recordaremos si nos restituyen sobre los “vetatoms” que el crucero lleva consigo. Pero puede ocurrir, y seguramente así será, que al tener noticias de que el hiperplaneta está habitado se monte una nueva expedición para que venga a buscarnos. En ese caso sí podremos retener nuestras vivencias, y el recuerdo de los días que vivimos en el hiperplaneta será un tesoro que conservaremos por el resto de nuestra existencia.

Por influencia de su educación Adler Ban Aldrik solía expresarse a veces de un modo retórico, pero por lo general, gracias a sus dotes de psicólogo, sabía acertar en aquellas cuerdas que hacían vibrar la sensibilidad de su interlocutor. Marek Aznar había nacido en el circumplaneta Atolón, lo mismo que su honorable bisabuelo. En ambos la lejana patria era un continuo y nostálgico recuerdo, y sin embargo ninguno de los dos habría cambiado su plaza en el autoplaneta Valera por dos sillas en el más bello paisaje de Atolón. La razón de esto era que en ambos latía la misma curiosidad por conocer nuevos mundos, por explorar remotas galaxias, por investigar las múltiples y sorprendentes formas que la vida podía adoptar en distintas partes, por llenar, en fin, su existencia de vivencias y emociones.

Por seguir a Valera, uno y otro tuvieron que hacer grandes renunciaciones, quizá mayores en Marek, que dejó en Atolón aquello que más puede amar un hombre; un hijo.

—Me pregunto qué haría Tuanko en mi caso —murmuró Marek.

—Cada hombre es uno en sí mismo —respondió Adler Ban Aldrik sin apartar sus azules ojos de la pantalla—. No tienes que decidir por Tuanko, sino por ti.

—Podemos dejar la piel en esta aventura.

—Sí.

—Claro que sé lo que vas a decir. Es el riesgo lo que da mayor emoción a las cosas.

—Los dos amamos mucho la vida —respondió el bartpurano—. Por eso el arriesgarla supone mayor emoción en nosotros.

—Estamos de acuerdo en eso. Di qué piensas que podemos hacer.

—Esas aeronaves nunca podrán seguirnos hasta la altura que nosotros podemos llegar, o sea, que por ese lado estamos a salvo. Nos movemos todavía a quince mil kilómetros por hora, y conservaremos esa velocidad por mucho tiempo aun con el motor parado. Sólo tenemos que esperar hasta que las “asas voladoras” agoten su combustible y se vean obligadas a aterrizar. Tan pronto las hayamos dejado atrás descenderemos. Al reentrar en las capas de la atmósfera el aire nos frenará. En tal que administremos el impulso que llevamos podemos incluso elegir el lugar de aterrizaje, siempre, claro está, volando en línea recta. Sin motor no podemos dirigir la cápsula, sólo dar vueltas sobre nosotros mismos.

—Muy bien, lo haremos así —decidió Marek.

La cápsula seguía ascendiendo, en tanto que las “asas voladoras” iban quedando cada vez más lejos. Tras unos minutos de inútil persecución las aeronaves renunciaron y se retiraron. Para los tripulantes de la cápsula la tierra confundía de nuevo colores y relieves convirtiéndose en un plato de natillas. Sólo era perceptible el contorno de los continentes rodeados por el océano.

—Han debido volver a tierra. He perdido contacto —anunció el sargento Eced después de seguir los movimientos de las “asas volantes” en el radar por espacio de casi una hora.

—Bien, vamos a bajar —dijo Marek.

La cápsula inició un vertiginoso descenso. Al alcanzar las altas capas de la atmósfera el aire hizo subir rápidamente la temperatura del casco. Continuamente frenada por el aire, la cápsula descendía como un planeador, aunque carecía de alas. El elemento sustentador era el campo de fuerza de la “dedona”, estimulada por la energía eléctrica del reactor nuclear.

A treinta mil metros de altura ya tomaba su carácter propio la naturaleza del terreno. Los astronautas vieron un caudaloso río cruzando majestuosamente una enorme llanura cubierta de selva.

Poco después sobrevolaron un macizo montañoso cuyas cumbres, cubiertas de nieves perpetuas, se elevaban a doce mil metros de altura. Tras los montes volaron a todo lo ancho de una región desértica, tan amplia como la selva, pero de una aridez extremada.

La fuerte resistencia que el aire oponía al avance de la cápsula frenaba a ésta de forma continua. Al desierto sucedió un terreno sumamente accidentado, al parecer de naturaleza volcánica. Una segunda cadena de montañas se elevaba en la lejanía. Cuando alcanzaron la cordillera el aparato volaba a velocidad subsónica. Las montañas eran tan altas que Marek se vio obligado a elevar de nuevo la máquina para evitar las cumbres. Salvado el obstáculo Marek echó una mirada a la pantalla de televisión y dijo:

—Se nos acaba el gas. Tendremos que dejarnos caer en alguna parte por aquí cerca.

—¡Atención, contacto de radar! —anunció el sargento Eced.

—¿A qué distancia?

—Unos mil doscientos kilómetros. En las once.

—¿Una aeronave?

—Tendría que ser una flota en ese caso. Hay muchas resonancias, yo diría más bien que se trata de una ciudad.

Marek clavó los ojos en la pantalla. El espacio estaba despejado hasta unos ochocientos kilómetros, pero el resto se veía cubierto de nubes.

Con los últimos restos del impulso que llevaba, la cápsula descendía ceñida a la abrupta ladera de la montaña. A la cordillera y como contrafuertes de ésta, seguía una serie de sierras orientadas en la misma dirección que seguía la cápsula.

—Nos paramos, no hay más remedio que descender —advirtió Marek.

Estaba sobre una profunda quebrada de paredes casi verticales, con un arroyo corriendo por el fondo. Poco después la cápsula quedaba prácticamente inmóvil, suspendida como un globo en el aire sobre la quebrada. El viento la movió lentamente poniéndola de través.

Todavía les quedaba el recurso de utilizar los pequeños proyectores de “luz sólida” de la proa, que servían para dirigir el vuelo de la cápsula. Marek encendió el proyector de babor para situar la máquina en línea, y a continuación empujó la palanca

hacia adelante.

La cápsula descendió velozmente trescientos o cuatrocientos metros, se detuvo casi en seco, y a continuación bajó suavemente hasta que el casco descansó sobre las rocas.

—¡Uf! —respiró Marek abandonando los mandos.

—Muy buen aterrizaje —dijo Adler Ban Aldrik desabrochando su cinturón de seguridad.

—¿Te burlas de mí? —preguntó Marek mirándole de través. El bartpurano no contestó y Marek dijo—: Bajaré para ver si estamos en posición de abatir el portón. Ve calentando la Karendón.

Marek abrió la escotilla y saltó a tierra. Comprobó que la cápsula descansaba directamente sobre los redondeados guijarros del lecho del arroyo. La quebrada tendría quizá quinientos metros de anchura y unos ochocientos hasta los más altos farallones. Enormes peñascos se habrían desprendido en tiempo pasado de las cuarteadas paredes rodando hasta el fondo. El arroyo se abría paso entre estas rocas formando pequeñas y cantarinas cascadas.

Con agua hasta las pantorrillas de su sólida armadura, Marek llegó hasta la proa de la cápsula y vio que quedaba espacio más que suficiente para el portón.

—¡Vale, podéis abrir!

La voz de Marek fue repetida por el eco en las roqueñas paredes de la selvática garganta.

En la cabina de mando Adler Ban Aldrik puso en marcha la Karendón. El “vetatom” metálico se deslizó por la ranura del lector fotoeléctrico y luego se detuvo. La máquina dejó oír su profundo zumbido característico, a continuación se escuchó una apagada descarga.

En el interior de la cápsula los viajeros debían haber sido restituidos a su condición física.

La punta cónica de la cápsula se separó en dos secciones que quedaron pegadas a ambos lados del cilindro. Luego se abatió el portón, especie de plataforma articulada en la base como un puente levadizo. En el amplio hueco, enfundados en sus armaduras y con la escafandra puesta, aparecieron los viajeros. El portón, revestido interiormente de cristal, formaba una ligera rampa de superficie resbaladiza.

—Vayan con cuidado, pueden resbalar —advirtió Marek.

Apenas acababa de decirlo cuando Alejandro Aznar tiró las piernas por alto, cayó sobre las posaderas y se deslizó como por un tobogán yendo a sumergirse en un hoyo que allí formaba el riachuelo.

Marek fue a ayudarle cogiéndole por un brazo. No pudo evitar la risa.

—Caramba, tío. Si tu hijo llega a venir te desmaterializa “ipso facto” enviándote de regreso a casa.

Alejandro Aznar le rechazó con un ademán enojado. Marek trató de establecer contacto telepático con él, pero no obtuvo respuesta. Lo que vio fue una mente asustada, alguien que pensaba y razonaba de forma distinta a como lo habría hecho Alejandro en estas circunstancias. ¡No era Alejandro!

Aunque en la parte posterior de la escafandra aparecía grabado el nombre de Alejandro Aznar, no era éste quien ocupaba la oscura armadura. El suplantador estaba en dificultades para salir del hoyo, debido tanto al engorro de la armadura, que dificultaba sus movimientos, como al fusil que llevaba en bandolera, la bolsa, la cámara de “video” y los demás trebejos del equipo. Marek le asió por la abultada escafandra, y al mismo tiempo que tiraba hacia arriba la hizo girar.

La escafandra quedó en las manos de Marek y de ésta salió la roja cabeza de Nuria Ross. Los azules y bellos ojos de la muchacha miraron a Marek entre asustados y coléricos. La sorpresa fue total para Gerardo Castillo, Mario Valera y el doctor Ferrer.

—¡¡¡Nuria Ross!!!

La joven estaba todavía inmersa en el hoyo, con agua hasta el pecho, y de pronto rompió a llorar. Castillo, Valera y Ferrer cambiaron entre sí una mirada de estupor. Marek se sintió en la obligación de mostrarse severo.

—Deje de lloriquear y salga de ahí —dijo tendiéndole la mano.

Ella aceptó la ayuda. Ferrer fue el primero en reaccionar y acudió rápidamente para colaborar en la labor de salvamento. Nuria Ross salió del hoyo con cara compungida, pero Marek sabía que todo formaba parte de una ingenua comedia. Nuria iba a tener que explicar unas cuantas cosas y se preparaba a defenderse soltando por delante un lloro que debería ablandar a los hombres y templar el enojo que en justicia iban a exteriorizar.

—Nuria, justificate —dijo el profesor Castillo severamente—. Dinos cómo estás aquí en lugar de Alejandro.

En este momento Adler Ban Aldrik salía por la escotilla de la cápsula y se acercaba al grupo reunido junto a la proa del aparato.

—Nada puedo decir en mi disculpa —dijo Nuria mirando al bartpurano, como si esperara de éste una comprensión que no confiaba conseguir de los demás—. Sólo que deseaba como ninguna otra cosa venir en esta expedición. Incluso pensé que lo merecía más que otros, como por ejemplo Alejandro, que es un buen ingeniero y matemático, pero sólo es un aficionado como exobiólogo. De todos modos no suplanté a Alejandro porque creyera reunir más méritos que él. Si le escogí a él fue sencillamente porque las medidas de su equipo de vacío eran las que más se parecían a las mías.

—¿Qué hiciste de Alejandro? —preguntó Adler Ban Aldrik.

—Me colé en su camarote cuando se disponía a vestirse la armadura de vacío... y le inyecté por sorpresa en la espalda.

—¡Válgame Dios! —exclamó Castillo aterrado—. ¿Qué fue lo que le inyectaste?

—Una dosis de la droga que solemos utilizar para dormir a los animales salvajes mediante el disparo de dardos.

—No morirá por eso —dijo Adler Ban Aldrik, que se anticipaba a las palabras de Nuria leyendo directamente en su cerebro—. Nuria puso especial cuidado en la elección de la dosis. De todos modos, Nuria, no está bien lo que has hecho. Supongo que al llegar el momento de desmaterializar a la tripulación, al no aparecer, Tuanko enviaría en tu busca y encontrarían a Alejandro.

—Dejé una nota a Tuanko sobre mi cama, diciéndole que fueran a buscar a su padre en el camarote de al lado.

Adler Ban Aldrik contempló a la muchacha con una ligera sonrisa curvándole la comisura de los labios.

—Tuanko puso mucho empeño en impedir que su padre formara parte de esta expedición —dijo con acento irónico—. Imagino que debió alegrarse de encontrarle a bordo. Para Tuanko ahí terminaron sus preocupaciones, puede que incluso celebrara tu jugarreta. Ahora el dolor de cabeza es para nosotros.

—Soy una chica fuerte —aseguró Nuria elevándose sobre la puntilla de los pies, como queriendo aparentar mayor estatura—.

Les prometo no crearles problemas.

—Sólo hay una forma segura de que no pueda crearnos problemas, desmaterializándola en Karendón —respondió Marek.

Los hombres se sacaban las escafandras y acurrucaban los ojos lastimados por la intensidad de la luz solar. Todos se volvieron hacia Marek, siendo particularmente maligna la mirada que le dirigió la propia implicada. Marek sabía que en este momento era intensamente odiado por Nuria Ross, pero no le importó. Como responsable de la seguridad de todo el grupo no podía hacer concesiones por razón de sus inclinaciones personales. Nada tenía contra Nuria, al contrario, el concepto que tenía formado de ella era inmejorable. Era una mujer competente en su oficio, seria, responsable y rabiosamente bonita. Pero tal como se presentaban las cosas, incluso los hombres más fuertes podían verse en situaciones que superaran las condiciones psíquicas, su aguante y su valor.

Aunque la sociedad valerana decía haber abolido el machismo, todavía subyacía en la conciencia del hombre cierto instinto protector con respecto a la mujer. Así, no tardó en surgir la voz complaciente que venía en apoyo de la “débil” hembra. Fue el ingeniero José Ferrer:

—Hombre, yo digo que ya que la tenemos aquí y no podemos hacer que Alejandro venga a ocupar su puesto... ¿por qué no dejamos las cosas como están?

—Las cosas ya estaban bastante mal incluso antes de que viniera la señorita Ross a complicarlas más —respondió Marek—. Obrando juiciosamente, pienso que deberíamos cancelar la operación.

Ferrer, Castillo y Valera protestaron acaloradamente.

—¡Hombre, Marek! —exclamó Ferrer—. Yo esperaba que estando tú aquí en lugar de Tuanko iban a ir mejor las cosas. ¡Tanto jaleo por una chica!

—No es sólo por ella. Ustedes ignoran que mientras volábamos hacia acá fuimos atacados por aeronaves desconocidas que nos averiaron el motor. O sea, que no podemos contar con la cápsula para que acuda a nuestra llamada dondequiera que nos encontremos. Solamente nos quedan los dorsales de levitación, con los cuales no se pueden alcanzar velocidades superiores a ochocientos o novecientos kilómetros por hora. Y lo que es peor, no

podremos alejarnos mucho de este lugar, pues cuanto más lejos vayamos mayor será la distancia que tengamos que recorrer para regresar en caso de apuro.

—Tal vez no tengamos que alejarnos demasiado —apuntó Adler Ban Aldrik—. A unos mil kilómetros, como quien dice un paseo, tenemos una ciudad.

—No sabemos qué es lo que hay allí, no lo hemos visto —respondió Marek.

—Bueno, tal vez nos estemos preocupando sin motivo —sugirió el doctor Ferrer—. Lo primero es echarle un vistazo a ese motor, seguro que se puede reparar.

Marek y el sargento Eced acompañaron al ingeniero hasta la popa de la cápsula portadora. La tobera estaba a cuatro metros de altura sobre el suelo y para asomarse a ella tuvieron que elevarse mediante los dorsales de levitación (backs).

Considerando su potencia el motor era relativamente pequeño. El proyectil que lo averió tuvo que penetrar por una abertura de apenas ochenta centímetros de diámetro, estallando en su interior.

—Un tiro de suerte —comentó Ferrer.

—De mala suerte diría yo.

—Si no es más que eso se puede reparar.

—¿Y cómo? El proyector de taquiones está totalmente destrozado.

—Lo reemplazaremos. Si nadie ha cometido una negligencia la cápsula debe llevar algunos “vetatom” para restituir aquellos elementos considerados vitales para el funcionamiento de la máquina. Vamos a verlo.

Hacía un enorme calor allí en el fondo de la quebrada, donde no corría el menor soplo de viento. Los expedicionarios estaban despojándose de sus armaduras de cristal, cosa que hicieron también Marek y Ferrer antes de entrar en la cabina de mando. En efecto, en el baúl de herramientas de la cabina encontraron algunos metros de cintas perforadas cuidadosamente guardadas en tambores. Cada tambor estaba clasificado con una etiqueta.

—¿Ves? —dijo Ferrer mostrando uno de los tambores—. Se acabaron nuestros problemas. Con este “vetatom” podrías fabricar hasta mil proyectores uno tras otro.

—Hay gente que piensa en todo —murmuró Marek admirado—.

Demos las gracias al genio previsor que puso aquí estos “vetatoms”.

—Entonces agradécelo a mí —dijo Ferrer riéndose.

Ferrer era el creador de la cápsula portadora “KT”, por lo tanto no debía haber dificultades para repararla, ahora que contaban con los elementos indispensables. Inmediatamente Marek saltó a tierra para dar la buena noticia al grupo. Hubo como un relajamiento general y las sonrisas volvieron a brillar, a pesar del enorme calor.

Nuria Ross anunció que iba a bañarse en el arroyo, lo cual hizo en calzoncillos. Éstos, formando una sola pieza con la camiseta de algodón, era el equipo que todos los astronautas llevaban debajo de la armadura, tanto para ayudar a la transpiración como para preservar la piel de posibles irritaciones.

Mientras tanto, Ferrer cerraba el gran portón abatible de proa para restituir en el interior de la cámara el motor de taquiones. El motor quedó en la cámara de restitución. Se vio que era necesario mover la cápsula llevándola a otro lugar en el cual fuera accesible el alojamiento del motor. La cápsula fue elevada a un metro de altura y los hombres la empujaron sin esfuerzo situando la popa contra una roca, de modo que ésta sirviera para que los mecánicos alcanzaran la tobera.

Se sacaron las herramientas y todos se dispusieron a ayudar, con lo cual lo único que se consiguió fue que unos se estorbaran a otros.

—Miren, dejen que seamos Marek, Eced y yo quienes manejen esto. Se agradece su interés, pero váyanse —dijo José Ferrer.

Castillo y Valera se fueron a reunirse con Nuria Ross, que había encontrado un hoyo bastante profundo al pie de una pequeña cascada. Adler Ban Aldrik le hablaba telepáticamente a Beg Hon. El tuma no se había enterado de nada, sencillamente porque no hablaba el idioma de los valeranos.

Apenas habían pasado veinte minutos cuando Castillo y Valera regresaron, esta vez acompañados de Nuria. Parecían muy excitados y mostraron a Adler Ban Aldrik un objeto. Era un cuenco de madera toscamente labrado con una herramienta igualmente rudimentaria.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó el bartpurano con interés.

Marek dejó a Ferrer hurgando en el motor y fue a enterarse de lo que ocurría.

—Flotaba en el charco donde nos estábamos bañando —dijo el profesor Castillo.

Marek miró hacia el lugar que señalaba Castillo, e inmediatamente sus sentidos se pusieron en estado de alerta. No hacía mucho tiempo Marek se encontraba todavía en el circumplaneta Atolón, luchando por sobrevivir del acoso de los “thorbod” y el todavía más feroz acoso de los insectos gigantes, las temibles “mantis”. De sus muchos años de lucha en la selva y las montañas le venía al tapo su fino instinto para adivinar el peligro y su habilidad en la interpretación de los más pequeños indicios.

—Ese pedazo de madera debió venir arrastrado de arriba por la corriente —murmuró como hablando consigo mismo.

Se apartó del grupo andando hacia el sitio donde Nuria y los dos profesores estuvieran bañándose. Estaba de cuclillas en la orilla, observando atentamente las claras aguas del arroyo, cuando Nuria Ross y los demás llegaron a su lado.

Marek se puso en pie y señaló con la mano.

—Volé sobre toda la extensión de la quebrada y no vimos nada anormal. Sin embargo debe haber un campamento nativo río arriba. Un campamento con mujeres y niños.

—¿Cómo sabes que hay niños y mujeres? —le preguntó Castillo.

—Hay pequeñas briznas de hierba y algún pétalo flotando en el agua. Una mujer se acercó con su niño al arroyo para lavar sus enseres y se le escapó la escudilla.

Valera, Castillo y Adler Ban Aldrik cruzaron una mirada.

—En un lugar tan apartado y escondido sólo puede tratarse de una tribu salvaje. Tal vez trogloditas —murmuró el bartpurano. De pronto arrebató el cuenco de la mano de Castillo, lo palpó con sus largos y nervudos dedos y cerró los ojos.

Adler Ban Aldrik era un paragnóstico extraordinario. En parapsicología, el experimento que estaba realizando se conocía por metagnomía. Ésta era una facultad afín a la clarividencia y consistía en reconocer cosas, carácter, estados y todo lo ocurrido con determinada persona a través de un objeto suyo. El “bundo” permaneció un par de minutos con los ojos cerrados. Luego los abrió y devolvió la escudilla a Castillo diciendo:

—En efecto, se trata de un poblado troglodita. Hay como medio centenar de individuos entre hombres, hembras y niños. Son homínidas como los que vimos en el País de los Monos y habitan en cuevas excavadas en las paredes roqueñas de la quebrada.

La mirada de Gerardo Castillo se iluminó. Su especialidad era la antropología.

—¿Qué les parece si vamos a echar un vistazo?

—Eso puede estar lejos —apuntó Marek.

—¿Cuánto lejos? La quebrada no puede tener más de cien kilómetros de longitud. Con los “backs” llegaríamos en cuestión de minutos. Después de todo aquí no hacemos nada mientras ustedes reparan el motor.

Precisamente el argumento que iba a exponer Marek era que esperasen hasta que estuviese reparado el motor de la cápsula. Pero quizá Castillo tuviera razón; en las cuatro o cinco horas que tardarían en cambiar el motor había tiempo sobrado para que los científicos fueran a echar una mirada al poblado troglodita.

—¿Cómo están armados? —preguntó.

Naturalmente se refería a los homínidas. Cuando dos telépatas hablaban aprisa, generalmente lo hacían con medias palabras. El interlocutor entendía el resto.

—Sólo vi hachas de sílex y alguna azagaya —respondió Adler Ban Aldrik.

—Está bien, ¿cuántos van a ir?

Todos querían ir. Castillo, Valera, Fidel y, por supuesto, también Nuria. Beg Hon, el gigantesco tuma, guardaba silencio. Seguía sin enterarse de nada.

—El sargento Eced les acompañará para darles protección.

El grupo se dirigió con gran animación en busca de sus armaduras de “diamantina”. Marek habló telepáticamente a Beg Hon.

—Ellos van a explorar un poblado de monos no lejos de aquí. Tú no sabes manejar el dorsal de levitación, de modo que no podrías seguirles. Ponte de nuevo la armadura y te daré algunas lecciones. Si necesitamos que nos eches una mano en la reparación te llamaré.

El tuma se mostró de acuerdo. Mientras los demás se equipaban Marek instruyó a Beg Hon sobre la forma de armar las diversas piezas del equipo. El tuma era muy inteligente y pronto le cogió el aire al asunto. Castillo, Valera, Ross, Fidel y el sargento Eced estaban listos para la marcha. Solamente iban a llevar consigo las armas, los prismáticos, las cámaras y una grabadora. Adler Ban Aldrik ni siquiera llevaba arma.

Los cuatro hombres y la muchacha se elevaron con sus “backs”, abrieron el regulador y se alejaron volando a la altura de los farallones. Apenas se perdieron de vista, Marek instruyó a Beg Hon en el manejo del “back”.

Como solía ocurrir la primera vez que uno tomaba un “back” el tuma abrió excesivamente el reóstato y se fue a gran altura. A continuación lo cerró demasiado y empezó a descender a gran velocidad, a riesgo de romperse una pierna en el aterrizaje. Marek le habló telepáticamente a distancia.

—¡Que te estrellas! ¡Abre el reóstato!

El tuma dio muestras de gran serenidad girando el botón de levitación en el sentido contrario, pero de nuevo se fue excesivamente alto. Así, subiendo y bajando, estuvo un rato hasta que le cogió el punto y pudo aterrizar sin más consecuencia que una voltereta entre un espeso matorral.

—Muy bien, estupendo —le dijo Marek—. Ahora intentarás dirigirte. Pero hazlo alto, no vayas a romperte la cabeza contra uno de esos riscos.

Enormemente emocionado con aquella nueva experiencia, el tuma se elevó otra vez por encima de los riscos, abrió el regulador y se perdió de vista.

“Ya te las arreglarás para volver tú solo” —dijo Marek. Y fue a reunirse con Ferrer, que trabajaba sobre la roca empapado de sudor bajo un sol de plomo.

La estrechez de la tobera sólo permitía trabajar a uno. Marek le envió a refrescarse al arroyo y tomó el relevo. La tarea, de momento, no exigía grandes conocimientos de mecánica; simplemente se trataba de sacar los tornillos que sujetaban la carcasa de la tobera a los soportes interiores. Todo el problema residía en el enorme peso de estos tornillos. El metal de que estaban hechos era tan sumamente pesado que para levantar un pequeño tornillo del suelo se necesitaba la fuerza de dos hombres.

Sin embargo, en tanto que estaban en contacto con el resto del aparato, no pesaban nada. Sólo cuando uno los cogía y lo levantaba recobraba todo su peso y se escapaba de los dedos. No había forma de separarlos del otro metal. Para moverlos había que empujarlos de modo que nunca se perdiera el contacto. La razón era que, en este momento, toda la masa de “dedona” del casco de la cápsula

estaba electrificada.

En quince minutos Marek había sacado todos los tornillos que faltaban. Ahora bien, siendo la carcasa del motor de “dedona”, ésta no podía moverse sin ayuda de una grúa o algún otro ingenio parecido. La solución estaba en el interior de la cámara de restitución. Allí el nuevo motor flotaba en el aire suspendido de un levitador, restituido al mismo tiempo que el proyector de taquiones.

Desde la roca donde estaba encaramado Marek podía ver al doctor Ferrer bañándose en el mismo lugar donde Valera y Castillo rescataron la escudilla de madera. No queriendo interrumpir su placentero baño, puesto que había terminado antes de lo previsto, Marek fue a recoger las dispersas piezas de su armadura que estaban calentándose al sol. Metió todas las piezas en la cabina de la cápsula y estaba haciendo lo mismo con la armadura de Ferrer cuando éste regresó con las ropas empapadas pegadas al cuerpo.

—¿Está listo eso, Marek? —preguntó Ferrer sacudiéndose el agua de las manos.

—Sí, ya he sacado todos los tornillos. Espero que el nuevo motor venga con un levitador.

—Naturalmente. De no ser así el gran peso del motor estropearía el piso de la cámara, que como sabes es de cristal. Entra en la cabina y abre el portón.

Cuando se dirigía a la cabina Marek vio a Beg Hon que aterrizaba al otro lado del arroyo y agitaba los brazos como en señal de alborozo. Marek le contestó con la mano y se introdujo en la cabina por la redonda escotilla. Ya en la cabina tuvo que apartar con el pie algunas de las piezas de su armadura para alcanzar los mandos.

Pulsó el botón de apertura de la cámara de restitución y casi en el mismo momento vio el brillo intermitente de una lucecita ámbar en el tablero de instrumentos. Al parecer alguien intentaba comunicar por la radio.

Se corrió hasta el asiento contiguo y movió un interruptor.

—¡... inmóvil sobre vuestra vertical! ¿Me escuchas, Marek? Hay una aeronave sobre vosotros... ha soltado un objeto. ¡Es una bomba! ¿Me escuchas, Marek? —era la voz angustiada de Adler Ban Aldrik.

CAPÍTULO V

Marek se quedó un momento en silencio. ¿Su primera intención fue dirigirse a la bomba que anunciaba Fidel estaba en camino?

Saltó del asiento para ir hacia la escotilla, pisó una de las piezas cilíndricas de su propia armadura y cayó sobre una rodilla lanzando una maldición. Se incorporó, alcanzó la escotilla y sacó medio cuerpo fuera gritando:

—¡Ferrer, ven corriendo! ¡Corre, nos están bombardeando!

Torció el cuello cuanto pudo para mirar al cielo, pero el brillante sol del hiperplaneta, siempre inmóvil en el cenit, le cegó impidiéndole ver nada.

Todavía deslumbrado miró hacia la proa. La sección semicónica de la proa le impedía ver el lugar donde probablemente estaba Ferrer. El gran portón acababa de caer como un puente levadizo. Llamó de nuevo y el eco repitió su grito de angustia. Entonces alcanzó a ver al ingeniero que daba un rodeo para evitar el extendido portón.

—¡Corre! ¡Corre!

Se escuchó un penetrante silbido. Instintivamente Marek se retiró hacia el interior de la cabina. Fue entonces cuando vio a Beg Hon a cincuenta metros de la cápsula, corriendo cuan aprisa le permitía la rígida armadura de “diamantina”. Y de pronto todo se borró ante su vista, absorbido por un estallido de vivísima luz blanca. La cápsula saltó dando locas vueltas, con Marek girando en su interior revuelto con las piezas de las armaduras, las armas, los tambores de cinta perforada, los asientos arrancados de su enclavamiento, latas de conserva y fragmentos de cristal de las pantallas de radar y televisión. Todo aquello terminó con un rudo golpe contra el suelo y un ruido ensordecedor entre chasquidos y tintineo de cristales.

Aturdido y magullado Marek quedó respirando entrecortadamente, medio sepultado por todos los objetos sueltos de la cabina. La luz eléctrica no faltó en ningún momento, y al mirar a su alrededor se dio cuenta de que la cápsula estaba acostada sobre el costado de estribor. Por encima de él, la sólida escotilla de tres diámetros diferentes aparecía herméticamente cerrada. Seguramente se cerró desde el primer momento, lo que indudablemente fue una suerte. Al menos impidió que Marek saliera despedido y le aisló del ruido, la radiación y el calor de la deflagración nuclear.

“Una bomba atómica” —se dijo. E inmediatamente pensó en Ferrer y en Beg Hon—. “No pueden haberse salvado”.

Todo había quedado en silencio, un silencio profundo, terrible como si toda la vida se hubiese detenido. Sintió ganas de echarse a llorar, pero fue sólo un acceso de histerismo que superó con energía. De pronto escuchó una voz familiar que brotaba de la radio:

—¡Dios mío, deben haber muerto todos! —era el profesor Valera.

—Estoy seguro de que Beg Hon al menos respondió —era la voz de Adler Ban Aldrik—. Desgraciadamente no habla nuestro idioma, por lo tanto no pudo entender lo que le decía.

La alterada voz de Nuria Ross brotó del amplificador:

—Ustedes, los tapos, tienen la facultad de transmitirse mensajes telepáticos a distancia. ¿Por qué no utilizó de esas facultades para avisar a Marek?

—Señorita Ross, un mensaje telepático no se improvisa en segundos. Todo ocurrió demasiado aprisa. Prácticamente descubrimos la aeronave y vimos cómo lanzaba la bomba. De todos modos lo intenté, pero Marek debía estar distraído y no me recibió.

En algún lugar de la quebrada, el grupo científico hablaba entre sí a través de sus radios. Las radios individuales y la cápsula “KT” utilizaban la misma longitud de onda. Si Marek hubiese respondido cuando escuchó el aviso, ahora sus compañeros sabrían que su advertencia fue escuchada.

Cuidadosamente Marek se puso a apartar los objetos que estaban sobre él. Tenía cortes sangrantes en las manos, en la cara y en el cuello, seguramente producidos por el estallido de las pantallas de

radar y televisión. Mientras se ponía en pie y trataba de alcanzar la radio podía escuchar a sus amigos hablando entre sí a través de sus radios individuales. Al parecer estaban en vuelo hacia el lugar donde había quedado la cápsula “KT”, haciendo cábalas acerca del estado probable en que habría quedado la máquina.

Finalmente Marek alcanzó la radio, tomó el micrófono y habló:

—Aquí Marek Aznar.

Pese a la rudeza de los golpes recibidos, la radio seguía funcionando. Los valeranos construían sus máquinas muy robustas.

—¡Chist, cállense! —se oyó la voz excitada de Nuria Ross—. ¡Es Marek, está hablando!

—Soy Marek, me encuentro en la cabina de la cápsula. Escuché el aviso y llamé a Ferrer... pero él no pudo llegar. Temo que esté muerto... y el tuma también —dijo entrecortadamente.

Se hizo un silencio elocuente, en el que sólo se escuchaba el sordo zumbido de la corriente eléctrica. Luego Adler Ban Aldrik habló:

—¡Loado sea Dios! ¿Te encuentras bien? ¡Marek!

—Sí, sí... creo que estoy bien, sólo tengo magulladuras y algunos cortes. La bomba debió estallar aquí cerca, pero gracias al metro de “dedona” de espesor del casco sobreviví al intenso calor y a las radiaciones de la explosión. Respecto a la cápsula...

—No te preocupes ahora de la cápsula, Marek. Lo importante es que hayas salvado la vida ¡Ojalá Ferrer y Beg Hon se hubiesen salvado también! Vamos hacia ahí, inspeccionaremos el terreno y veremos de rescatarte. Temo que la cápsula haya quedado seriamente tocada. Teníamos el portón abierto cuando sobrevino la explosión.

—Tranquilo, Marek. No te preocupes ahora por eso. Mantente a la escucha, no tardaremos en llegar.

Marek soltó el micrófono, aunque manteniendo abierta la radio.

Trataba de imaginar cómo habría quedado el entorno después de la deflagración nuclear, e hizo planes para abandonar la cápsula. A este fin rebuscó entre el revuelto interior de la cabina buscando las dispersas piezas de su armadura de “diamantina”. Mientras revolvía los objetos vino a sus manos una bolsa caqui que aparecía marcada con una cruz roja. Era un botiquín de urgencia. Lo utilizó para limpiarse los arañazos con alcohol y colocó algunas tiras de

esparadrapo sobre las heridas más aparatosas.

El grupo de Adler Ban Aldrik debía haber ido bastante lejos en busca del poblado troglodita. Marek aprovechó el tiempo para equiparse con la armadura y el dorsal de levitación. Todavía transcurrió un buen rato hasta que se escuchó la voz de Adler Ban Aldrik por la radio.

—Hola, Marek. Estamos sobre el borde izquierdo de la quebrada, aunque es imposible ver nada en el fondo. La vegetación está ardiendo todavía y todo está lleno de humo. Nuestros contadores registran una intensa radioactividad. ¿Crees que podrás salir sin ayuda?

Marek tomó el micrófono para contestar:

—Felizmente tenía mi armadura en la cabina. Por cierto, también Beg Hon llevaba puesta su armadura la última vez que le vi. ¿Puede haberse salvado?

—Aun suponiendo que sobreviviera a la explosión debe haber recibido una fuerte dosis de radioactividad... No lo sé, depende de la distancia a la que se encontrara de la explosión.

—Le buscaré. Fidel, dime. ¿Crees que debemos destruir la cápsula?

Hubo un momento de silencio. Luego Adler Ban Aldrik dijo:

—Dime tú cual es la situación.

—Aquí dentro todo parece en orden. Ahora bien, el portón de la cámara de restitución estaba abierto al explotar la bomba.

—Si la parte interior del portón ha sido dañada, la cámara no puede utilizarse. En tal caso la cápsula debe ser destruida.

—Fidel, ¿te das cuenta que al destruir la cápsula cerramos la única puerta de escape de este maldito planeta? —dijo Marek.

De nuevo Adler Ban Aldrik demoró su respuesta:

—¿Qué se le va a hacer? No pienses ahora en eso. La aeronave está todavía sobre nosotros y parece que empieza a perder altura. Lógicamente bajarán a inspeccionar. No pierdas más tiempo, hijo. Sal de ahí, pero no olvides poner la máquina en régimen para que se autodestruya después que hayas abandonado la quebrada. ¿Algo más?

—Nada más, cambio y corto —dijo Marek abandonando el micrófono.

Se dirigió a la Karendón y la puso en circuito. Algunas luces

rojas intermitentes confirmaron sus temores, la máquina tenía desperfectos en la cámara de restitución. Apagó la Karendón y conectó el dispositivo del reactor nuclear ajustándolo para una hora. En sesenta minutos el reactor se aceleraría progresivamente, y la pila alcanzaría tal grado de calor que acabaría estallando como una bomba.

Al prepararse para abandonar la cápsula sólo conservó consigo un fusil automático y una bolsa de cuero repleta de cargadores que se cruzó en bandolera. Ya con la escafandra puesta comprobó que el oxígeno llegaba sin dificultad hasta sus pulmones desde el depósito entre las dobles paredes del peto de la armadura. Empujó la pesada escotilla. El humo penetró en la cabina apenas abierta la puerta.

La forma más rápida de salir consistía en abrir el reóstato de su “back” y hacer que éste le elevara en el aire. La cápsula, tumbada sobre un costado, orientaba la escotilla directamente al cielo.

El detector de radiactividad que formaba parte del equipo de vacío estaba rechinando ruidosamente. También se escuchaba el crujido de las ramas y aquella especie de rugido que lanzaban las llamas en los grandes incendios.

En efecto, la deflagración nuclear había provocado el incendio de la vegetación en toda la quebrada. La visión a través del cristal de la escafandra quedaba dificultada no sólo por la cantidad de humo, sino también por la escasa luz ambiental. Una enorme nube radiactiva se formaba encima de la quebrada oscureciendo el sol.

Por lo poco que pudo ver a su alrededor, la quebrada había cambiado de aspecto. Las paredes cortadas verticalmente se habían derrumbado en buena parte, y sus escombros cubrían parcialmente el fondo del “cañón”. La cápsula “KT” ya no estaba junto al arroyo, sino que descansaba sobre un enorme montón de rocas y tierra.

Marek salió volando de la cabina, sólo que en lugar de remontarse directamente hasta el borde de la quebrada se detuvo para realizar una inspección en lo que las circunstancias le permitían. Se detuvo en el aire sobre la cápsula y se dio un ligero impulso en dirección a la proa para descender de nuevo. El pesado portón había sido completamente arrancado de sus goznes, lo que equivalía a decir que la Karendón era totalmente inutilizable. Buscó durante un rato por si encontraba restos de Ferrer o del tuma, pero todo estaba lleno de pedruscos y de humo. Le llamaron por la radio

interior.

—¡Marek! ¿Dónde te encuentras? ¿Por qué no sales ya?

Era de nuevo Adler Ban Aldrik. Marek contestó por su radio:

—Estoy fuera, buscando a Ferrer y al tuma. Pero observo que hubo un derrumbamiento general de las paredes de la quebrada cuando la explosión. ¿Estará Beg Hon vivo debajo de esas rocas?

—Ni siquiera una armadura de “diamantina” puede ayudar a sobrevivir a uno bajo el impacto directo de una bomba atómica, Marek.

—Voy a seguir buscando un poco más. ¿Qué fue de la aeronave?

—No se la ve ahora, tenemos sobre nuestras cabezas una gran nube radiactiva. Está empezando a llover.

En efecto, también la lluvia estaba cayendo sobre la escafandra de Marek Aznar. El aguacero se convirtió en diluvio y apagó el fuego, pero aumentó el humo. Desalentado, Marek abandonó la infructuosa búsqueda. Le dolía abandonar el lugar, como si al hacerlo faltara a un deber para con sus amigos desaparecidos. Triste y desalentado se elevó en el aire y se dirigió en busca del resto del grupo.

Le vieron y le llamaron por la radio dirigiéndole entre el todavía espeso humo que salía de la quebrada y la cortina de la lluvia. Adler Ban Aldrik se le acercó y le echó los brazos cubiertos de vidrio sobre los hombros. Sin embargo el bundo no era una persona muy efusiva normalmente.

—¡Gracias a Dios que estás vivo, hijo! Después de no tener respuesta por la radio temí que hubieses muerto también.

—Ferrer me hizo entrar en la cabina para que abriera el portón. Si en vez de ordenármelo a mí lo hubiese hecho él mismo, yo estaría ahora en su lugar —dijo Marek con amargura.

—Bien, vayámonos de aquí —dijo Adler Ban Aldrik—. Aprovechemos esta lluvia para alejarnos, ahora que seguramente no pueden vernos desde la aeronave.

Marek se acercó al borde del farallón para echar una última mirada a la profunda quebrada. Alguien llegó junto a él y le tomó una mano. Era Nuria Ross. Se miraron a través del cristal azul de sus escafandras.

—¿Vamos? —dijo la muchacha tirando suavemente de él.

Unos segundos después estaban todos en el aire. Adler Ban

Aldrik había tomado espontáneamente la dirección del grupo y les guiaba en la dirección de la quebrada hacia la gran llanura que divisaran cuando todavía se encontraban a bordo de la cápsula “KT”.

Los expedicionarios, y especialmente Valera y Castillo, seguían utilizando la radio para cambiar impresiones. Marek puso fin a esta charla con una llamada a la prudencia:

—Por favor, cierren sus radios y no los utilicen excepto en caso de verdadera necesidad. Las aeronaves pueden localizarnos con sus goniómetros.

Volaban a quinientos kilómetros por hora siguiendo siempre el curso del arroyo en dirección a la llanura. La quebrada, antes angosta y profunda, se hacía progresivamente ancha al mismo tiempo que disminuía la altura de sus bordes. El arroyo de montaña iba creciendo transformándose en un río. Ante los valeranos se abría un verde valle de laderas cubiertas de bosque. Seguía lloviendo, lo cual favorecía la fuga lejos de la vista de la aeronave.

Mientras que Nuria Ross, Gerardo Castillo y Mario Valera guardaban forzoso silencio, no ocurría lo mismo entre Marek y Fidel Aznar, o entre éstos y el sargento Eced. Los tres tenían la facultad telepática, que les excusaba de la necesidad de utilizar la radio individual para comunicarse entre sí.

Acaso para alejar sus sombríos pensamientos, más que por verdadera curiosidad, Marek preguntó a Adler Ban Aldrik por el resultado de su visita al poblado troglodita.

—Realmente se trataba de un poblado troglodita, aunque no en el sentido más puro —comunicó el bartpurano telepáticamente. Luego aclaró este concepto.

Los habitantes de las cuevas pertenecían a la misma especie que ya anteriormente estudiaran en el País de los Monos. Los tumas llamaban “mono” a cierta raza de homínidas prognatos, de estatura media y abundante vello, espalda arqueada y largos brazos, de inteligencia muy primitiva, a medio camino entre el “homo sapiens” y el simio.

—Nos sorprendió gratamente comprobar que estos homínidas mostraban una inteligencia superior a la de sus semejantes del País de los Monos. Excepto por su apariencia, puede decirse de ellos que son auténticos seres humanos. La mayoría de los habitantes del

poblado son fugitivos de las granjas y los campos de trabajo de los katumes. Katum es el territorio en el cual nos encontramos. Los katumes son saurios como los tumas y silaitas, de menor estatura que aquéllos, y al parecer de piel verdosa. Durante siglos los katumes, induros, silvos y otros, han estado utilizando a los “monos” como esclavos, especialmente en la agricultura, la minería, la construcción y todas aquellas actividades donde hizo falta mano de obra sin cualificar. A la larga este contacto con sus explotadores vino a favorecer a los “monos”. Los “monos” poseen un gran sentido de la imitación. De sus amos aprendieron algunos oficios útiles, adoptaron costumbres, gustos e idioma. Los “monos” no tuvieron jamás un idioma propio. Al estar muy extendido el katume sirvió para facilitar la comunicación entre las tribus de muy diverso origen.

En el poblado troglodita los “monos” acogieron a los extranjeros arrojándoles venablos y piedras. Considerando la tosca inteligencia de estas pobres criaturas debió ser un trauma para ellas la visión de aquellos extraños seres que caían del cielo vestidos de cristal. El sargento Eced atrapó a uno de los fugitivos y Adler Ban Aldrik hizo la experiencia de despojarse de la armadura.

—Cuando le hablé y me comprendió empezó a tranquilizarse. Poco a poco fueron acudiendo los demás y entablamos diálogo. Con un gran sentido de la intuición comprendieron que, aunque no del todo iguales, estábamos más cerca de ellos que de los katumes. Si tuviera la oportunidad, antes de abandonar el hiperplaneta, me gustaría inseminar a una de sus hembras con nuestros espermatozoides. Estoy seguro que del cruce saldría un ser humano casi perfecto.

Marek hizo a este respecto una confesión:

—Probablemente vas a tener mucho tiempo para realizar tus experimentos. Temo que nunca escaparemos del hiperplaneta.

—La muerte de Ferrer y la pérdida de la Karendón te han deprimido. Ya verás cómo, si tardamos más de dos semanas en regresar, el Almirante envía una nueva aeronave a buscarnos.

—Dios te oiga —transmitió Marek telepáticamente.

Como colofón a esta plegaria se iluminó el espacio con una luz vivísima que llegaba por sus espaldas. Era el reactor nuclear de la cápsula “KT” haciendo explosión.

El vuelo continuó bajo la lluvia. Marek quiso entonces contactar con alguno de sus compañeros, simplemente para hacerse una idea de lo que éstos pensaban. Escogió como personaje más significativo a Nuria Ross, y he aquí lo que vio en el pensamiento de la muchacha:

—“Mucho deseé venir, pero quiera Dios que no tenga que arrepentirme. Por supuesto, el Almirante Aznar enviará alguna aeronave a buscarnos si ve que nos demoramos en regresar... Estos Aznar están muy unidos entre sí. La aeronave vendrá, seguro, pero mientras tanto las cosas se nos pueden complicar. Ha sido una desgracia que perdiéramos la cápsula... ¿Cómo pudo dejarse sorprender el tapo? ¡Vaya una forma más tonta de perder algo tan valioso como una Karendón! A Tuanko no le habría ocurrido... Bueno, Tuanko ni siquiera habría aceptado venir. ¡Cómo debió ponerse al descubrir que yo había suplantado a su padre! Claro que tenemos con nosotros a Fidel, ¡ese sí que vale su peso en oro! Magnífico individuo, ya lo creo. Pero Marek... no sé. Parece un muchacho noble y decidido, aunque quizás sea mucha responsabilidad para su juventud. Me recuerda mucho al hijo de Fidel, su parecido es extraordinario por lo que recuerdo... ¡Que ya ha llovido desde entonces! ¡Nuria, eres una ancianita!”

Marek Aznar se sonrió dentro de la hermética escafandra de cristal. En efecto, Nuria Ross pertenecía a la generación del Almirante Aznar y Adler Ban Aldrik, lo que retrotraía la fecha de su nacimiento alrededor de ciento treinta años atrás. Esa era realmente la “edad mental” de Nuria Ross, pero mientras tanto había efectuado ya tres veces el “salto atrás”, encontrándose actualmente en su quinta encarnación.

Las dos deflagraciones nucleares, una a continuación de otra, habían provocado un cambio meteorológico precipitando la llegada de la borrasca que venía de la llanura en dirección a las montañas. Ni la lluvia ni el frío afectaban a los valeranos, bien protegidos por sus herméticas armaduras de “diamantina”, pero hacía prácticamente nula la visibilidad. Sin embargo, lo que era malo para una cosa era bueno para otra. La lluvia iba a permitirles llegar hasta la ciudad sin ser vistos.

Volaban en la semipenumbra húmeda y gris, suspendidos entre la tierra y las nubes, sin advertir ninguna sensación de velocidad

salvo la violencia de la lluvia al estrellarse contra las mirillas de cristal de sus escafandras. Formaban en un triángulo como una pequeña bandada de aves migratorias, con Adler Ban Aldrik en cabeza, seguido de Marek y Nuria Ross en el ala derecha, y Castillo y Valera en el ala izquierda, con el sargento Eced cerrando la marcha en el centro de la retaguardia, para cuidar de que nadie quedara rezagado. Sin embargo, Marek pensaba que no debería ser éste el orden correcto de marcha. Adler Ban Aldrik se excedía al tomar el puesto de guía, cosa que hacía sin propósito deliberado de erigirse en jefe, sino impulsado por su afán de llegar cuanto antes a la ciudad.

Correspondía a Marek, como responsable de la seguridad del grupo, poner en su lugar a Fidel y frenar sus impacencias. Ni siquiera se había elaborado un plan sobre la mejor forma de acercarse a la ciudad.

Estaba pensando Marek en llamar a capítulo a aquella pandilla de insensatos, cuando al mirar abajo vio las cuadrículas de distintas tonalidades de verde correspondientes a una explotación agrícola. Poco después divisaba entre la cortina gris de la lluvia unos cuantos edificios rodeados de una cerca.

—¡Atención, habla el comandante! —anunció por la radio—. Cierren los reguladores y paren.

Una tropa bien adiestrada habría obedecido inmediatamente, deteniéndose todos a un tiempo, pero aquí algunos se tomaron excesivo tiempo en cerrar sus reguladores, lo que trajo consigo la dispersión del grupo.

—Marek, demonio, ¿por qué te paras ahora? —se oyó protestar a Castillo a través de la radio—. Todavía estamos a medio camino de la ciudad.

—Vuelvan acá —ordenó Marek. Su voz sonó con el adecuado acento de energía, suficiente para que los rebeldes se detuvieran.

Marek y el sargento Eced esperaron pacientemente en el aire hasta que fueron a reunírseles los demás.

—Abajo se ve una casa —observó Nuria Ross.

—Lo sé, vamos a aterrizar cerca de ella.

—¿Qué te propones, Marek? —preguntó Adler Ban Aldrik.

—No podemos ir alegremente a la ciudad y presentarnos allí sin conocer nada de sus habitantes. Necesitamos información y vamos a

obtenerla de las gentes de esa granja.

—¿Quieres tomar la casa por asalto? —preguntó Castillo—. No somos soldados, no confíes demasiado en nosotros.

—Ustedes límitense a obedecer mis instrucciones y todo saldrá bien. Vengan, síganme.

El fuerte viento les empujaba mientras permanecían suspendidos de sus “backs” entre el cielo y la tierra. Marek hizo una seña y cerró parcialmente el reóstato de su levitador. Estaban entonces sobre la casa, pero el viento les arrastró a cierta distancia de ésta, hasta la parte posterior de seis o siete galpones de paredes de adobe, junto a un granero o establo. La lluvia debía haber obligado a la gente de la granja a buscar refugio bajo techado. No se veía a nadie, aunque se advertían algunos testimonios de una actividad interrumpida; aperos y máquinas agrícolas, herramientas abandonadas y un par de cubos junto al brocal de un pozo donde también había un abrevadero.

—Esto parece abandonado —se oyó murmurar a Castillo a través de su aparato de radio—. Ni siquiera se ve luz en las ventanas.

—Olvidas que en el hiperplaneta es siempre de día —respondió el profesor Valera—. Y si aquí es siempre de día, lo más probable es que las casas carezcan de luz eléctrica, ¿no es eso?

—Claro, no lo había pensado. Mira, eso parece un establo, vamos a mirar dentro.

Un relámpago brilló en el cielo y un poderoso trueno hizo temblar el suelo bajo los pies de los terrícolas. Marek cruzó el cercado patio seguido de Eced mientras Castillo y Valera se dirigían al establo. Nuria Ross y Adler Ban Aldrik esperaban indecisos, inmóviles bajo la lluvia que resbalaba sobre sus escafandras y armaduras de “diamantina”.

En la parte posterior de uno de los galpones Marek y Eced se detuvieron junto a la carreta de altas y robustas ruedas enlantadas de acero. El galpón tenía dos ventanas y una puerta posterior que daban sobre un estrecho pórtico. Se escuchaba ruido de voces y cierto sonido parecido a risas. Marek iba a pisar el pórtico cuando sonó en su auricular la voz excitada de Valera:

—¡Hay un homínida aquí, en el establo!

—Está muy asustado —dijo Castillo—. ¡Eh, que va a huir!

—¡Ciérrenle el paso, no le dejen salir! —ordenó Marek. Y dando

media vuelta echó a correr a través del encharcado patio en dirección al establo.

—¡Se ha escapado! —dijo Castillo.

Marek estaba junto al brocal del pozo cuando vio al homínida que salía corriendo del establo. Venía derecho hacia el galpón profiriendo aullidos como de un perro apaleado.

—¡Fidel... Nuria... moveos, vamos a acorralarle! —gritó Marek.

Nuria Ross se movió en dirección al homínida, el cual al eludirla se fue derecho hacia el lugar donde estaba Marek. El tapo saltó y le agarró un brazo. El homínida le golpeó con la mano libre en la escafandra, profiriendo al mismo tiempo salvajes aullidos como de un perro apaleado. El sargento Eced acudió rápidamente en ayuda de Marek, cayendo los tres en montón en el barro. Le pusieron de cara al suelo, pero el homínida no dejaba de gritar.

—Va a poner en vilo toda la granja. ¿Dónde tienen uno de esos sprays adormecedores? —dijo Marek.

Nuria Ross llevaba uno colgando del cuello. Acudió rápidamente roció el rostro del salvaje con el líquido pulverizado. El homínida estornudó y dejó de gritar. Sus músculos se relajaron.

—Llévemole al establo —indicó Marek.

Cosa extraña, nadie acudió a los gritos del homínida. Un profundo silencio pareció caer sobre los cercanos galpones. Arrastraron al homínida hasta el establo y entraron todos.

—Ve a vigilar a la puerta —ordenó Marek al sargento.

—Bueno, ya tenemos un prisionero —dijo Nuria arrodillándose junto al homínida y levantándole un párpado—. ¿Servirá para darnos la información que deseamos?

—Usted y Fidel son psicólogos —respondió Marek—. Traten de reanimarle.

Se dirigió a la puerta del establo, junto a Eced, y atisbó fuera. A través de su auricular escuchó la voz animada de Valera:

—¡Hola! ¿Qué son esos animales? Parecen elefantes, los nativos deben utilizarlos como bestias de tiro. ¿Qué dices tú, Gerardo?

—Pues sí, parecen elefantes. Más bien dinoterios —respondió Gerardo Castillo.

—¿Y qué diferencia hay?

—Observa que estos paquidermos tienen los colmillos vueltos hacia abajo. Tal vez no sean exactamente dinoterios, bueno... es

igual. Lo que parece estar fuera de toda duda es que las eras geológicas siguieron en el hiperplaneta un desarrollo semejante al de la Tierra. Los dinoterios corresponden a la Era Terciaria de la Tierra, posteriores, por lo tanto, a la de los saurios gigantes. Probablemente no existen en el hiperplaneta reptiles gigantes, la humanidad local, los tumas y también los katumes, parecen proceder de la Era Secundaria. Son saurios pequeños evolucionados desde otra especie mayor. Por el contrario, los homínidas, prácticamente acaban de aparecer en el hiperplaneta...

—Por favor, guarden silencio —interrumpió Marek a través de su propia radio—. Si quieren discutir háganlo utilizando el amplificador exterior.

Los científicos guardaron silencio. Cuando hablaron más tarde lo hicieron a través del altavoz exterior de sus respectivas escafandras.

Junto a la puerta del establo, del lado interior, el sargento Eced extendió su brazo cubierto de “diamantina”. Telepáticamente transmitió a Marek:

—Atención, alguien viene por el callejón.

En efecto, una sombra se movía en el espacio entre los barracones más próximos. El patio se hallaba sumido en una luz crepuscular, dando la impresión de que iba a caer la noche. Pero en el hiperplaneta el sol permanecía siempre fijo en el cenit, alumbrando toda la parte interior de la esfera en un día eterno.

La luz de un relámpago alumbró momentáneamente el patio sacando reflejos metálicos del impermeable del desconocido. Éste se detuvo en el mismo lugar donde Marek estuviera junto al brocal del pozo. El hombre se inclinó para examinar algo que llamaba su atención. En la mano empuñaba un arma grande, probablemente una escopeta.

—Ha descubierto nuestras pisadas en el barro —transmitió Marek telepáticamente a Eced.

El fulgor del relámpago se extinguió, como apagado por el sonoro estampido del trueno que vino después, y la oscuridad les pareció a los dos tapos más profunda hasta que sus ojos se acostumbraron a la escasa luz.

—Se acerca —transmitió Eced telepáticamente.

Marek guardó silencio mordiéndose los labios. Un nuevo relámpago iluminó el patio. El hombre había avanzado unos pasos y

se encontraba inmóvil a media distancia entre el pozo y el establo. Era un saurio envuelto en un largo impermeable negro con capuchón en forma de poncho. Repentinamente dio media vuelta y empezó a alejarse.

—Sabe que estamos aquí —dijo Marek, ahora de viva voz—. Nuestras pisadas están muy claras en el barro. Pero teme seguir adelante solo y retrocede en busca de ayuda. Eced, vamos por él.

El sargento no se hizo repetir la orden. Traspuso el dintel y echó a correr ágilmente en persecución del saurio. Marek le siguió apretando con su mano enguantada la garganta del fusil. Pero el saurio debió oír algo o acaso intuyó la presencia de alguien a sus espaldas. Repentinamente se volvió y disparó su arma contra el tapo. El impacto del proyectil contra el peto de “diamantina” o el movimiento instintivo de retroceso hizo que Eced resbalara en el barro y cayera sentado en un charco. Marek venía lanzado y por el solo impulso que llevaba llegó hasta el saurio y chocó violentamente con éste.

En la oscuridad, bajo la espesa lluvia, los dos rodaron por el barro. Marek quedó encima del saurio, lo que le permitió incorporarse a medias y lanzar un golpe con la culata del fusil. De pura suerte la culata alcanzó al saurio en el mentón y le dejó momentáneamente aturdido. Los saurios tenían el mentón muy frágil, cosa que Marek ya sabía por Beg Hon, el tuma.

El sargento Eced acudió a ayudar. Entre los dos arrastraron al saurio por los brazos hasta el interior del establo.

—Busca una cuerda, algo para maniatarle —dijo Marek a Eced.

El saurio, cuyo capuchón había dejado al descubierto un rostro de horrible fealdad, con un hocico pronunciado y dos cavernosos agujeros en la nariz, empezaba a ofrecer resistencia. Marek le puso el cañón del fusil entre los ojos al mismo tiempo que le enviaba un mensaje telepático:

—“Quédate quieto si no quieres que te vuele los sesos de un balazo.”

El saurio cesó en toda resistencia. Tendido en el suelo del establo, un poco ladeado mientras Eced le amarraba las manos a la espalda, miraba como fascinado a la fantasmal figura que se levantaba ante él. Marek también era muy alto, casi dos metros de estatura, y su abultada escafandra y la armadura oscura todavía le

hacían parecer más grande. ¿Qué pensó el saurio ante tan extraordinaria aparición?

“¡Por todos los dioses! ¿Quiénes son esta gente? No pueden tener esa forma de cabeza... ¡No, son escafandras de buzo!”

CAPÍTULO VI

DESPUÉS de unirle las manos a la espalda, por ser de forma que el prisionero quedó sentado en el suelo con la espalda contra una gruesa columna de madera de las que soportaban el techo del establo.

La luz era escasa en el establo y el saurio todavía no había visto el rostro de los extranjeros ni oído el sonido de su voz. Los valeranos seguían comunicados entre sí a través de sus radios individuales. No obstante, el equipo de vacío disponía de un pequeño altavoz exterior, así como los micrófonos exteriores conectados al amplificador y altavoz interior.

Marek desconectó la radio y conectó el circuito exterior para hablar al saurio. Ahora bien, sabiendo que éste no podía comprenderle, utilizó simultáneamente sus facultades telepáticas para decir:

—Eres un hombre inteligente, no un tonto ignorante capaz de creer que realmente somos criaturas de cristal. En efecto, éstas son nuestras escafandras y nuestras armaduras de astronauta. Dime, ¿cómo te llamas?

El saurio quedó tan sorprendido que no acertó a contestar.

Marek leyó en el pensamiento del saurio y dijo:

—No estás confundido, esas son mis palabras. No hablo tu idioma, me dirijo a ti telepáticamente. ¿Sabes que es telepatía?

—“Transmisión del pensamiento” —se dijo el desconcertado saurio para sí—. “¡Me habla por transmisión de su pensamiento!”

—Así es, en efecto. Y no sólo te transmito mi pensamiento, sino que puedo leer también tus ideas —continuó Marek—. Eso, obviamente, significa que no puedes mentirme. Todo lo que pienses yo lo sabré.

—“¡Ese idiota de Amuro! Seguro que ni se le ocurre venir con

gente a ver que me ha ocurrido” —se dijo el saurio.

—¿Quién es Amuro? —preguntó Marek.

El saurio quedó aterrado. ¡Era pues cierto que el extranjero podía leer en su mente! Que eran gente de alguna otra parte no lo puso en duda el saurio ni un solo instante. El idioma era totalmente desconocido para él, y por su talla no debían ser katumes, ni sapalis, ni siquiera sacetos. Aunque con acento distinto y modismos propios, todos ellos hablaban el katume. Tampoco eran silvos ni boscos, idiomas distintos del katume, pero que él hablaba a la perfección. Silvos y boscos eran de una talla media superior a la de los katumes. ¿Quiénes eran estas extrañas criaturas enfundadas en vidrio de pies a cabeza?

—Tienes razón, no somos de ninguno de los países que estás pensando —dijo el desconcertante extranjero—. En realidad venimos de otro mundo, un planeta situado en el espacio exterior. ¿Tienes noción de lo que es el espacio exterior?

Adler Ban Aldrik emergió de la sombra del establo.

—Si le hablas en términos tan confusos no te entenderá, Marek —dijo en voz alta—. El hombre está confundido. Ponte en su lugar y pregúntate cómo reaccionarías tú si, encontrándote tranquilamente en tu casa de Valera, llegara inesperadamente un forastero tratando de explicarte su procedencia en un idioma ininteligible.

—Háblale tú —respondió Marek ligeramente incomodado.

Fidel Aznar era un psicólogo de talla y supo encontrar la mejor forma de dirigirse al saurio. Empezó por utilizar sus facultades parapsíquicas para tranquilizarle. El saurio se llamaba Dován y empezó a recobrase de su asombro y su temor tan pronto tuvo conciencia de que no iba a sufrir ningún daño.

Sólo haciendo las preguntas indispensables y siguiendo el pensamiento de Dován, el bartpurano supo en pocos minutos que: estaban en Katum, que Dován era propietario de la granja, donde vivía con sus dos mujeres, una hija y su yerno, que se llamaba Amuro. Además de los capataces y criados vivían en la granja unos cuatrocientos esclavos empleados en las labores propias de la explotación agrícola. Estos esclavos eran “monos”. Dován tenía otros tres hijos adultos, oficiales de las Fuerzas Armadas de Katum, ninguno de los cuales se encontraba actualmente en la granja.

Dován, que ya era anciano, era un saurio educado e inteligente. Tenía un título nobiliario y hasta hacía relativamente poco había ostentado el grado de general de la Legión. Por sus servicios relevantes al país recibió honores y riquezas, entre las que contaba la granja.

Después de haber hablado de sí mismo, Dován se sentía bastante sereno para empezar a interesarse por los extranjeros. Le intrigaba sobre todo su aspecto, y consideraba una falta de cortesía el que no hubiesen descubierto todavía su rostro.

—¿Quieres saber cómo somos? —dijo Adler Ban Aldrik—. Temo que vas a sufrir una decepción.

El bartpurano se sacó la escafandra. Tenía la cabeza más voluminosa de lo normal, rapada como un bonzo, y un rostro joven, de una belleza serena, casi angélica. Pero la interpretación de la belleza era distinta según las razas y especies. Los saurios, de horrible fealdad para los terrícolas, se veían hermosos. En cambio encontraban repugnante la blanca y tersa piel de los humanos.

Dován no era distinto de cualquier otro saurio. La luz era escasa en el establo, pero aún así suficiente para que Dován estableciera la debida correlación entre el aspecto de Fidel y el de los homínidas que estaba acostumbrado a ver cada día.

—¡Monos! ¡Sois monos! —exclamó en el colmo del asombro.

Efectivamente el aspecto de los extranjeros causó profunda decepción en el saurio. Toda su curiosidad y su temor se desvanecieron en un segundo, y su respeto se tornó desprecio.

—¡Sólo sois monos! —repitió de viva voz.

—Algo distintos de los vuestros, pero indudablemente de la misma familia —dijo Adler Ban Aldrik tranquilamente.

El aplomo del extranjero frenó algo el desdén del saurio pero provocó su irritación.

—¿Por qué no dejasteis ver vuestro rostro desde el principio? ¡Me habéis engañado! —exclamó. Y ordenó perentorio—: ¡Desatadme!

Atento al diálogo, Marek captó telepáticamente la intención de su bisabuelo. Su mano enguantada se posó firmemente en el antebrazo de Adler Ban Aldrik.

—No lo hagas, no ahora.

—No podemos tenerle atado indefinidamente.

—Eres un buen psicólogo —replicó Marek—. No ignoras que si le desatas cuando él te lo ordena, va a creerse con autoridad para seguir dándonos órdenes en lo sucesivo. No somos como sus “monos” y eso debemos hacérselo ver desde ahora.

—No estamos en situación de imponer condiciones, eso también lo sabes.

—Él no tiene por qué saberlo. Sólo nos respetará en tanto le hagamos creer que poseemos algún poder.

—Pero no lo tenemos. Somos náufragos en este hiperplaneta, estamos solos, abandonados a nuestras propias fuerzas, y necesitamos ayuda. Por lo menos hasta que venga a buscarnos alguna aeronave.

—¿Lo ves? Confiamos en que vengan a buscarnos, luego ya tenemos algo en que basar nuestros argumentos.

Adler Ban Aldrik se limitó a guardar silencio. Dován, impaciente, gritó:

—¿Qué hacéis ahí parados? ¡Desatadme!

Marek se enfrentó al saurio, le asió por un brazo y le puso en pie de un tirón. La violencia y la fuerza del extranjero parecieron intimidar a Dován.

—Repíte eso, pero pídelo por favor —le dijo Marek.

En la mente del saurio la astucia luchaba contra el orgullo. Pensó que de todos modos lo único que importaba ahora era verse libre de las ligaduras y fuera del establo. Sus capataces ajustarían cuentas a los “monos” extranjeros en el momento oportuno.

—Por favor, quitadme las cuerdas. Soy inofensivo —dijo Dován.

Marek deshizo los nudos y tiró la cuerda.

—Estás libre. Quiero que sepas que estamos aquí por puro accidente. Perdimos nuestra aeronave, pero otra nave vendrá a buscarnos en fecha próxima. No tenemos comida, aunque no son alimentos lo que necesitamos, sino amigos que se interesen y comprendan nuestro problema.

—“Les diré que pueden quedarse y llamaré a la Policía” —pensó el saurio.

—Puedes llamar a la Policía —dijo Marek, sorprendiendo una vez más al saurio—. No queremos andar por ahí perseguidos como alimañas. Aunque te prevengo que en bien tuyo y el de tu país, será de desear que los nuestros nos encuentren vivos e ilesos cuando

vengan a buscarnos. Las consecuencias, en caso contrario, podrían ser terribles.

El saurio guardó silencio. Se preguntaba qué extraordinaria facultad era la que permitía a estos “monos” penetrar hasta los más profundos recovecos de su mente. Un hombre no podía dejar de pensar. Pensaba siempre, estimulado por los acontecimientos que le rodeaban, de forma espontánea e irreprimible, y no podía evitarlo. Si le preguntaban “¿cómo te llamas?”, uno pensaba para sí “me llamo Dován”, y si le preguntaban “¿eres pobre o rico?”, uno se decía “soy rico”. De modo que si los extranjeros poseían realmente la facultad de leer el pensamiento ajeno, uno nunca podría engañarles.

—Venid a mi casa —dijo Dován—. Si no os importa avisaré a la Policía, es mi deber hacerlo. Por otro lado prometo interceder por vosotros.

Marek consultó con el resto del grupo. Respondió Castillo:

—¿Permitir que llame a la Policía y nos lleven secuestrados? No me gusta eso. Todavía tenemos nuestros “backs”, les será difícil cogernos.

—En Valera tardarán dos semanas en saber que no regresamos, y tal vez transcurra otra hasta que el Almirante se decida a despachar una aeronave en nuestra busca —recordó Adler Ban Aldrik—. ¿Prefieren pasarse todo ese tiempo huyendo? Después de todo, ¿no hemos venido a estudiar a esta gente, a conocer sus costumbres, cómo está organizada su sociedad? ¿Pues qué mejor manera que entrando en contacto con ellos?

—¿Y si nos matan?

—¿Por qué habrían de matarnos? Para los saurios somos una curiosidad científica, más o menos en igual grado que ellos lo son para nosotros —rebatía Adler Ban Aldrik.

—Que decida Marek, él es el responsable de nuestra seguridad y quien debe dar el visto bueno —propuso Nuria Ross.

Pero Marek rechazó esta responsabilidad. Él no era científico ni sentía curiosidad por la organización social y política de los saurios. Estaba allí como soldado, y en tal que era responsable de la seguridad del grupo se inclinaba por poner la mayor distancia posible entre ellos y la Policía katume.

—Todavía tenemos los “backs”. Podemos escapar a las montañas

y permanecer ocultos hasta que llegue nuestra aeronave —propuso.

El plan estratégico de Marek actuó como revulsivo entre los indecisos científicos. Todos estaban de acuerdo al menos en una cosa; ¡no habían venido al hiperplaneta para permanecer todo el tiempo ocultos como topos!

—Pues si ya lo han decidido no se discuta más —dijo Marek. Y dirigiéndose a Dován le habló telepáticamente—: Aceptamos agradecidos tu hospitalidad. Llévanos a tu casa.

La escopeta de Dován estaba allí arrimada contra un tabique. En señal de confianza Marek se la devolvió al saurio. Dován quedó un momento perplejo, favorablemente impresionado por este gesto. A continuación hizo una seña y echó a andar hacia la puerta.

—Bien, vamos —dijo Marek echando detrás.

Seguía lloviendo torrencialmente, hasta el punto de que Fidel tuvo que ponerse la escafandra que se había quitado en el establo. El agua formaba en el patio grandes lagunas.

Pasando por el callejón entre dos barracones llegaron a una tapia de ladrillo que tenía todo lo largo un sendero de losas. Entre la fachada posterior de los galpones y la tapia se alineaban pequeños pabellones, probablemente letrinas de los “monos”. Un poco más adelante llegaron a la puerta de la tapia, de fuertes barrotes de hierro rematados en aguzadas puntas.

La tapia, más que como defensa, debía servir para aislar a los habitantes de la casa principal de la chusma indisciplinada y maloliente que habitaba los galpones. Apenas traspuesta la verja alcanzaron a ver entre la cortina de la lluvia la casa principal.

La casa, construida de sillares de piedra, era grande y tenía el aspecto macizo de una fortaleza, impresión a la que contribuía un bajo y recio torreón en una de las esquinas. Algunos árboles centenarios rodeaban la casa sobrepasando la altura del segundo piso. Ante la casa se veía un estanque artificial de planta circular, rodeado de una baja balaustrada de mármol blanco.

Un hombre venía por el camino. El fulgor de los relámpagos arrancaba mortecinos reflejos de su empapado impermeable en forma de capote. En la mano llevaba un arma, que no se trataba como en el caso de Dován de una simple escopeta, sino de un pesado fusil ametrallador. Al ver al grupo, el saurio se detuvo empuñando el arma. Dován levantó los brazos y le gritó:

—Soy yo, Amuro.

El otro se quedó donde estaba, contemplando con asombro el fantasmagórico cortejo de extrañas criaturas que seguía a Dován. La actitud recelosa de Amuro aconsejó a Dován insistir:

—Baja el arma, no ocurre nada. —Luego Amuro debió preguntar algo y Dován añadió—: Son extranjeros.

Ya estaba a la altura de Amuro y éste preguntó:

—¿Extranjeros, de dónde?

—No lo sé —respondió Dován irritado—. No hagas preguntas.

El grupo siguió avanzando hacia la casa mientras Amuro se mantenía a su paso andando por fuera del camino, sin quitar ojo de los extranjeros vestidos de cristal.

Ante la puerta principal de la casa esperaba un pequeño grupo de saurios, resguardados de la lluvia bajo un pórtico sostenido por un arquerío de piedra sillar. Todos vestían de forma parecida, pantalones largos y ancho blusón ceñido a la cintura por un cordón. Algunos de estos blusones eran más largos y llegaban hasta las rodillas de los saurios. Un par de éstos se anticiparon a la llegada del grupo entrando en la casa. El resto contempló sobrecogido de temor la llegada de Dován seguido de las extrañas criaturas cubiertas de cristal.

Entraron todos en la casa. De un amplio vestíbulo con un par de armaduras de hierro oxidado y algunos muebles toscamente tallados pasaron a un gran salón con una amplia chimenea donde ardía un alegre fuego. Los muebles eran escasos, muy sólidos y viejos, destacando en primer lugar una larga mesa cubierta por un pesado tapiz escarlata. Sobre este mantel se veían platos, fuentes y jarros de loza y de cobre. Al parecer era la hora de la comida. El salón carecía de luz, pero eventualmente ardían algunas antorchas sujetas por argollas a los desnudos muros de piedra.

Allí, rodeados de una docena de expectantes saurios, los valeranos se despojaron de sus escafandras.

Un murmullo de admiración siguió a este acto por el cual los extranjeros descubrían su identidad. La sorpresa provenía de que, siendo sin duda “monos”, los extranjeros tenían rasgos muy definidos que les diferenciaba de los de su especie. Los “monos” katumes estaban enteramente cubiertos de vello, el cual dibujaba en sus corpachones líneas cebradas de color amarillo pajizo y rojo

cobrizo.

El homínida katume, como los que ya estudiaron los valeranos en el País de los Monos, se encontraba en un escalón intermedio entre el simio y el hombre. Tenía la espalda arqueada, las piernas en semiflexión, la frente deprimida, con los arcos superciliares muy marcados, la mandíbula prognata y la nariz ancha y aplastada. Todo ello, sin embargo, no bastó para que, pese a las diferencias, Amuro exclamara:

—¡Monos!

—Pero distintos de los nuestros —observó Dován—. Son monos inteligentes.

—¿Qué tonterías están diciendo? Los monos son monos en cualquier parte. Ninguno sabe más de lo que les hemos enseñado, y les hemos enseñado más cosas de las que ellos son capaces de aprender. Serán monos de alguna otra especie, pero monos al fin y al cabo, es decir, animales. ¿Para qué los has traído a casa? ¿Qué te propones hacer con ellos?

Dován se enfureció. Como hombre de espíritu cultivado detestaba al yerno rudo e ignorante. Dován tenía muy agudizado el sentido de la autoridad. Le encrespaba la insolencia de Amuro.

—¡Estúpido! Son seres de otro mundo, ¿no lo comprendes? Hay otros mundos además de éste, ¿y por qué en otro mundo no pueden haber monos tan inteligentes como nosotros?

—Estás diciendo blasfemias, Dován. El saurio es el ser más perfecto de la Creación y ninguna otra criatura puede ser como nosotros. Por supuesto, no admitirás en tu casa a esos animales inmundos. Su sitio está en los galpones con los demás de su especie.

—¡Imbécil, haré lo que me dé la gana, para eso estoy en mi casa! —vociferó Dován fuera de sus casillas—. ¡Largo de aquí, apártate de mi vista grandísimo majadero!

El siniestro Amuro clavó sus grandes ojos de caballo en los terrícolas mientras sobaba nerviosamente el arma que tenía en las manos. Marek habló a Amuro de viva voz a la vez que telepáticamente:

—Atrévete a levantar esa arma y conocerás nuestro poder, Amuro, imbécil.

Amuro quedó perplejo. Seguro de no conocer el idioma en que se expresaba el mono, dudaba entre si había entendido sus palabras

o si todo era producto de su propia imaginación. Marek vino a aumentar su confusión diciéndole telepáticamente:

—Sí, Amuro, te hablo a ti. Te advierto que puedo ver en mente tus malos pensamientos. Estás deseando correr a llamar a la Policía. Bien, pues hazlo.

Amuro se puso a temblar. Repentinamente una fuerza poderosa e invisible le arrebató, le levantó del suelo y proyectó contra la ventana que estaba a sus espaldas. Amuro atravesó la cristallera como un proyectil y fue a parar al exterior, entre la lluvia y el barro. Se escucharon algunos gritos de espanto, se produjo un segundo de general estupor y a continuación todos echaron a correr despavoridos. En un instante Dován quedó solo frente a los extranjeros.

La rugosa piel del rostro del saurio, de suyo verdosa, parecía más pálida.

Nuria Ross se volvió hacia Marek.

—¿Has sido tú?

—Ese imbécil ya me estaba cansando —manifestó Marek—. Tenía que darle una lección, hacerle una demostración de nuestra fuerza.

—Ciertamente ha sido una espectacular demostración de tu energía telekinésica —dijo la joven admirada.

Mientras tanto Adler Ban Aldrik se disculpaba ante Dován:

—Perdona el proceder de mi nieto, él es joven e impetuoso. No volverá a suceder.

—¿Vosotros habéis lanzado a Amuro por la ventana? —preguntó el saurio—. ¡Sin tocarle! ¿Cómo se puede hacer eso?

—Sólo con el poder de la mente, Dován.

Sumido en un caos de dudas el saurio guardó silencio mirando absorto al bartpurano. Como hombre culto trataba de hallar una explicación física al fenómeno que acababa de presenciar. Probablemente los extranjeros enajenaron la mente de Amuro por hipnosis y le impulsaron a saltar por la ventana.

Atento a los pensamientos del saurio, Adler Ban Aldrik transmitió telepáticamente:

—No, Dován. También pudo ser así, pero lo hicimos de otra manera. Mira allí, Amuro abandonó el fusil en el suelo —Adler Ban Aldrik extendió su brazo cubierto de cristal.

Dován miró en la dirección que señalaba el extranjero y vio cómo el pesado fusil levitaba, se elevaba sólo hasta un metro de altura y luego se desplazaba siguiendo el movimiento de la mano de Adler Ban Aldrik hasta venir a posarse suavemente sobre la mesa.

Como hombre culto que era, Dován rechazó la idea de un acto de brujería. La brujería era una tontería, no existía como tal. Tenía que haber algún fenómeno natural que los extranjeros eran capaces de controlar, algo que estaba en su mente, bien por generación espontánea, bien adquirido en base a Dios sabía qué misteriosos ejercicios, cuyo secreto sólo ellos conocían.

Lo peor de todo, a juicio de Dován, era que fueran monos los que ejercían este inexplicable poder. Las dotes de estos monos eran un golpe mortal al orgullo de clase de los saurios.

—Permitidme retirarme un momento —dijo Dován—. Sentaos y comed cuanto queráis.

—¿Por qué se marcha? —preguntó Nuria Ross viendo que el saurio abandonaba el salón.

—Está psíquicamente agotado, necesita una tregua para pensar lejos de nuestra inquisitiva vigilancia —explicó Adler Ban Aldrik.

—Bien, vamos a comer. ¿Podemos quitarnos las armaduras? —preguntó Gerardo Castillo.

Fue Marek quien respondió:

—No se lo aconsejo. Mientras conservemos puestas las armaduras pareceremos más grandes y robustos. En cuanto nos vean desnudos dejarán de respetarnos.

—Es que me pica la nalga y no puedo rascarme —dijo Castillo.

—Peor es que le pique una bala disparada a traición. Ese Amuro es un perfecto estúpido. Ni siquiera estoy seguro de poder confiar en Dován.

—La cosa de la seguridad es asunto suyo, Marek. Como científico, yo voy a estudiar científicamente lo que comen los saurios. Aquí hay una mesa bien puesta y a mí se me ha despertado el apetito, así que voy a dedicarme a mi trabajo —dijo Castillo de buen humor.

Dejando a los científicos junto a la mesa, Marek tomó su escafandra e hizo una seña al sargento Eced para que le siguiera. Se dirigieron a la puerta y salieron al pórtico. El tiempo parecía tender a mejorar. Llovía mansamente y se apreciaba un aumento de la luz

ambiente. Marek abandonó el pórtico y salió a descubierto para mirar al cielo. En este momento vio la aeronave que salía de las nubes y descendía hasta pararse completamente sobre la vertical de la granja.

Marek transmitió telepáticamente a Fidel:

—Soy Marek. Hay una aeronave suspendida sobre nosotros, creo que se dispone a aterrizar.

CAPÍTULO VII

La aeronave descendía verticalmente sobre ella, formando una columna de las nubes, parecía enorme.

Realmente era mayor que aquellas que Marek viera en la pantalla de la cápsula portadora KT, y aunque idéntica en su aspecto general tenía un detalle importante que la diferenciaba de las ya conocidas. Donde aquellas tenían dos torrecillas artilleras, ésta montaba sendas hélices, quedando una sola torrecilla en el centro de la parte posterior, entre los dos motores.

La primera sensación de Marek fue de un gran desaliento. ¡No tenían escapatoria! ¿Pero quién deseaba escapar? Casi de exprofeso habían buscado esta situación, así que ¿por qué lamentarse? Castillo y Valera, Nuria Ross y hasta Adler Ban Aldrik deseaban establecer contacto con los habitantes de esta inexplorada región. Pues bueno, ya estaban donde querían llegar.

Adler Ban Aldrik apareció en el pórtico, junto a Marek, y echó atrás la cabeza para mirar al cielo. Nuria Ross, Valera y Castillo salieron a continuación llevando sus fusiles y sus escafandras.

—Es la misma aeronave que bombardeó la cápsula —dijo Adler Ban Aldrik—. O si no es la misma es idéntica.

—Ya sabía yo que usando tontamente nuestras radios íbamos a dar una pista fácil a la aeronave —dijo Marek con acento irritado.

—No tiene importancia, hijo. Antes o después nos habrían capturado.

La aeronave, después de descender muy aprisa, se inmovilizó en el aire a unos doscientos metros de altura sobre el patio. En este momento llegaba Dován y levantaba los ojos para ver el aparato.

De la aeronave salió una voz amplificada por un megáfono.

—¿Qué dicen? —preguntó Marek a Dován.

—Habla el comandante de la nave. Dice que sabe que estáis aquí

y exige vuestra rendición. Que salgáis al patio para que se os vea.

Marek intercambió una mirada con Adler Ban Aldrik. Éste hizo una mueca como de resignación y avanzó solo fuera del abrigo del pórtico. Marek hizo una seña a los demás para que le siguieran y fue a reunirse con el bartpurano.

Inmóviles bajo la lluvia contemplaron la aeronave. Ésta evolucionaba para virar a barlovento. De nuevo tronó el megáfono. Marek se volvió hacia el pórtico, donde los saurios se reunían junto a Dován.

—Depositad las armas en el suelo, poned las manos sobre la cabeza y alejaos unos pasos hacia el centro del patio —dijo Dován.

Marek tiró su fusil diciendo:

—Quieren que arrojemnos nuestras armas y salgamos al centro del patio. Obedezcan.

Los fusiles fueron arrojados al suelo. También fueron abandonadas allí las escafandras. Con las manos sobre la desnuda cabeza se dirigieron hacia la balaustrada del estanque, donde se detuvieron mirando a la aeronave. Ésta era bastante grande, debía medir por lo menos cuarenta metros de envergadura, sin contar aquella especie de asas laterales, y era de forma casi cuadrada, como una pastilla de jabón.

Mientras permanecía inmóvil la aeronave desplegó su tren de aterrizaje. Luego descendió muy lentamente hasta posarse en el patio, entre el estanque y la casa. De la parte inferior y central de la nave cayó hacia afuera una pasarela. Una docena de saurios armados, vestidos con monos blancos, bajaron en fila por la pasarela. Las ruedas del tren de aterrizaje eran tan grandes que permitían el paso de un hombre sin tener que inclinarse.

Al llegar a tierra el oficial se hizo a un lado dando una orden. La tropa corrió empuñando sus metralletas a rodear a los extranjeros. El oficial vino después y se quedó mirando a los “monos” con sus grandes ojos abiertos de asombro.

Dován venía corriendo desde la casa y se detuvo jadeando.

—¿Quiénes son? —preguntó el oficial.

—Dicen proceder de otro mundo situado en el espacio exterior. Yo pienso más bien que el mundo está aquí, en algún lugar remoto del hiperplaneta cuya existencia ignoramos —respondió Dován—. Vinieron a esconderse en el establo de mi granja, diciendo haber

perdido la aeronave en la que viajaban.

—Nosotros destruimos su aeronave —afirmó el oficial—. Tengo orden de llevar a los prisioneros a Meygo. El Servicio de Inteligencia está muy interesado en todo este asunto. Convendría que nos acompañaras para prestar declaración. ¿Cómo te llamas?

—Soy el conde Dován, general retirado de la Legión del Faraón.

Estudiando telepáticamente las reacciones del oficial, tanto Marek como Adler Ban Aldrik coincidieron en apreciar un súbito cambio en la actitud del saurio. Dován debía haber sido un personaje respetado e influyente en la corte. Respecto a la libre interpretación de la idea de Dován no coincidieron totalmente. Marek tradujo “emperador” y Adler Ban Aldrik “faraón”. De cualquier forma se trataba de alguien cuya dignidad estaba por encima incluso a la del rey. La palabra exacta habría sido “rey de reyes”.

El oficial se disculpó ante Dován diciendo que iba a comunicar con el Mando Central respecto a la necesidad de que el conde fuera a prestar declaración, pero Dován respondió diciendo que viajaría con mucho gusto a Meygo si le concedían unos minutos para cambiarse de ropa.

Mientras Dován se dirigía a la casa, el oficial ordenaba a los “monos”:

—Quitaros esa cosa de cristal.

Marek tradujo para sus amigos el pensamiento del oficial:

—Dice que nos quitemos las armaduras.

Bajo la fina y continua lluvia los valeranos se despojaron de sus armaduras y “backs” depositándolo todo en el suelo. Debajo de las armaduras de “diamantina” los valeranos aparecieron con su blanca ropa interior.

Un saurio fue enviado a bordo y regresó poco después con un puñado de cuerdas y trapos. Mientras les ataban las muñecas a la espalda, uno de los soldados hacía tiras del trapo y vendaba los ojos de los prisioneros.

—Seguramente temen que sorprendamos el secreto constructivo de su aeronave —dijo irónico el profesor Valera.

Con los ojos vendados les hicieron andar hasta la pasarela.

Nada más entrar en la aeronave se notaba una sensación de calor. El sistema de aire acondicionado dejaba oír un zumbido

continuo. Les empujaron por un corredor. A su alrededor podían oír las voces de los saurios.

Incluso con los ojos vendados, tanto Adler Ban Aldrik, como Marek Aznar y el sargento Eced, habrían podido interpretar el pensamiento de la gente que les rodeaba. Pero lo que pensaban los saurios respecto de ellos tenía poco interés en general. Les obligaron a pasar por una puerta angosta, lo que pudieron apreciar porque todos rozaron el marco con los codos. Luego se escuchó el sonido metálico de una puerta y el chirrido de una cerradura.

—Nos han dejado solos —dijo Marek—. Y los muy cerdos ni siquiera se han molestado en quitarnos las vendas.

—¿Qué hacemos? —preguntó en la oscuridad la voz de Nuria.

—Quitarnos las vendas, naturalmente.

Poco después, ayudándose unos a otros, se habían desembarazado de las vendas. Se encontraban en una habitación totalmente cerrada por tabiques metálicos, con una litera de dos pisos a un lado, un armario, una mesa y dos banquetas en el lado contrario; es decir, un camarote o la celda de un calabozo. La puerta era de acero y aunque tenía la cerradura en la parte interior no podía desmontarse sin herramientas.

—Bien, ya estamos donde queríamos —dijo Marek haciendo saltar las ligaduras de sus muñecas—. Por ahora al menos no estamos recibiendo un trato que podamos llamar exquisito. Yo diría que los saurios no aprecian especialmente nuestra inteligencia. Seguimos siendo “monos”.

—Ten paciencia, ya cambiarán de opinión —dijo Adler Ban Aldrik levantando sus fuertes hombros.

Mientras Nuria y los profesores Castillo y Valera iniciaban una conversación sobre el tema, Marek examinaba las paredes de la celda golpeándolas aquí y allá con los nudillos para comprobar su solidez.

—Metales ligeros —dijo Adler Ban Aldrik—. Aleaciones de aluminio y refuerzos de titanio. Los ingenieros katumes deben estar luchando todavía por conseguir reactores nucleares livianos. De momento la relación peso/potencia no debe ser muy favorable. Por eso tienen que aligerar la estructura de la nave.

—¿Qué velocidad crees que pueda alcanzar este cacharro?

—Con impulsión a hélice sólo, unos quinientos kilómetros por

hora.

—O sea, que su tecnología está todavía como quien dice en mantillas.

—Yo no diría tanto. Han resuelto el problema de los campos magnéticos antigravitacionales. Este sistema de sustentación requiere una fuente de energía eléctrica abundante; o sea, la instalación de una pila nuclear. Con una pila atómica a bordo, la solución más sencilla consiste en montar motores eléctricos para accionar las hélices. La aeronave no será muy veloz, pero a cambio de ello podrá realizar vuelos de semanas, meses e incluso años de duración. Aparte de esto habrás observado que la aeronave también lleva motores de combustión. En el ataque fulminante, o para escapar de la caza enemiga, cuando lo que se requiere es altura y alta velocidad, la aeronave enciende sus motores de chorro y se eleva hasta las altas capas de la atmósfera, donde la resistencia del aire es mínima. En esas condiciones tal vez pueda alcanzar hasta veinte mil kilómetros por hora, aunque no sea capaz de volar sostenidamente a esa velocidad por mucho tiempo.

—Pese a todo no parece que los katumes hayan volado nunca hasta el otro lado del hiperplaneta —observó Marek.

—Las distancias en el hiperplaneta son enormes. Para volar sobre la mitad de un círculo máximo y alcanzar el lado opuesto del planeta, una aeronave que volara ininterrumpidamente a quinientos kilómetros por hora, emplearía en el viaje tres mil quinientos ochenta y seis años, lo que está totalmente fuera de las posibilidades de la técnica katume.

—Supongo que nos interrogarán. Querrán saberlo todo acerca de nuestro autoplaneta y los medios que utilizamos para llegar hasta aquí. Tal vez debiéramos acordar ahora lo que podemos decir y lo que conviene callar.

—Eso es una tontería. No veo que haya necesidad de mentir en nada. Suponte que les hablamos de una máquina capaz de transformar la energía en materia. ¡Los katumes no nos creerían!

—Pues por si acaso nos creen y se despierta su interés por nuestras cosas, lo mejor es no mencionar lo que nos puede perjudicar. Así que ni mentar la Karendón, la “luz sólida”, ni los haces desintegradores, ni las armas miniaturizadas, ni...

—Está bien, se lo que quieres decir —cortó Adler Ban Aldrik.

—¿Por qué le fastidias de ese modo? —interpeló Nuria saliendo en defensa del bartpurano—. Fidel no es un chiquillo.

—Ojalá lo fuera. Pero no lo es. Su cerebro funciona como una computadora, almacena todos los descubrimientos realizados por el hombre, desde el primitivo sistema de hacer fuego a la fórmula matemática de conversión de la materia en anti-materia. Si los saurios supieran lo que sabe le torturarían hasta matarle para arrancarle sus conocimientos.

Nuria se estremeció. Realmente era una posibilidad en la que nadie había pensado. Se tranquilizó diciéndose que nadie podría jamás someter al “bundo” a tortura. Nuria sabía que éste poseía un control psíquico sobre sí mismo, capaz de sumirle en un sueño cataléptico de días, incluso semanas. En este estado era insensible al dolor, a las drogas hipnóticas y a la inspección profunda de las máquinas “psí”. Pero, naturalmente, nadie podía permanecer indefinidamente en estado cataléptico.

El tema, preocupante para Nuria, no parecía sin embargo capaz de quitarle el sueño a Marek. Éste trepó hasta la litera superior, y aunque la dura cama no tenía ni jergón, ni mantas, ni almohada, cruzó las manos sobre el pecho, a modo de un “fakir”, y cerró los ojos. En un minuto estaba dormido. ¡Feliz tapo! Marek acababa de poner en acción una de las cualidades más sorprendentes de su raza, la facultad de inhibirse de toda preocupación, del ruido, de la sensación de temor, del hambre y la sed... y dormirse en cualquier circunstancia y lugar.

Hasta que Nuria Ross le despertó sacudiéndole, Marek durmió en un sueño tranquilo y reparador. La puerta de la celda acababa de abrirse y un par de saurios armados proferían guturales gruñidos invitándoles a salir.

—¡Hola! —dijo Marek incorporándose—. ¿Qué hora es?

Había dormido entre cinco y seis horas, cosa difícil de determinar puesto que no llevaban sus relojes.

Al salir de la celda todo lo que los valeranos alcanzaron a ver fue un largo corredor con puertas a ambos lados. De nuevo les ataron las muñecas, esta vez con pedazos de alambre de cobre. Les taparon los ojos con anchas tiras de cinta adhesiva.

Llevados a empujones, chocando entre sí, recorrieron el pasillo y sintieron bajo sus pies el plano inclinado de la pasarela. Se

encontraban en un lugar ruidoso, probablemente un aeródromo. Se escuchaban distintos tipos de motores; de automóvil, de aviones reactores... de helicóptero...

El raqueto del helicóptero fue en aumento al acercarse a él. Sintieron el aire de las palas del rotor sobre sus cabezas y en el rostro. Les hicieron subir al aparato, hacinándoles en el piso de una carlinga trepidante y no muy limpia, pues tenía residuos de tierra y briznas. El aparato se elevó, voló un trecho no muy largo y volvió a descender.

Les sacaron a tirones de la carlinga. Bajo sus pies sintieron la hierba recortada y más tarde el contacto y el crujido de un suelo de gravilla. Se escuchaban trinos de pájaros, agitar las hojas y el barbotear de alguna fuente. Atravesaban un cuidado jardín. Luego subieron unos escalones. Sus pies se deslizaban sobre un suelo liso y pulido, a su alrededor había un gran silencio...

Por el número de escalones que bajaron a continuación era fácil colegir que descendían a un sótano. El rumor de los pasos tenía aquí una resonancia distinta. En cierto momento pasaron junto a una sala de máquinas.

Alguien dio una voz, pero al menos Marek no entendió lo que decían. No estaba atento al pensamiento de sus conductores. Le pusieron una mano en el pecho, y así supo que habían llegado al lugar. ¿Qué lugar? Le era indiferente. Escuchó ruido de cerraduras y de puertas. Luego le empujaron metiéndole en alguna parte. Alguien les rozó las manos, unos alicantes cortaron los alambres que le maniataban. Otra mano le rozó el rostro. Le quitaron el adhesivo casi arrancándole las cejas.

No estaba solo. Con él había dos saurios y Nuria Ross, todavía con los ojos vendados. Le estaban quitando los alambres. Estaban en una habitación de unos tres metros de lado con paredes desnudas de hormigón y una puerta metálica. Un solo catre y un taburete eran todo el mobiliario, del techo pendía una bombilla eléctrica.

—¡Ay! —exclamó Nuria cuando el saurio le arrancó brutalmente el adhesivo.

Los saurios vestían una especie de uniforme verde oliva y llevaban pistola al cinto. Les miraron con curiosidad y a continuación abandonaron el calabozo cerrando la puerta con estruendo.

Nuria Ross miró a su alrededor.

—¿Por qué nos habrán puesto juntos? —murmuró intrigada.

—Tal vez el edificio no sea una cárcel propiamente dicha. No deben disponer de muchos calabozos, así que nos han alojado por parejas. Tal vez usted hubiese preferido otro compañero...

—¡No digas tonterías! ¿Y por qué me hablas con ese ceremonioso usted? Precisamente vosotros los tapos tuteáis a todo el mundo.

—Debe ser por el respeto que me impone tu condición de científico... y porque eres una mujer mayor.

—¡Vaya con lo de mujer mayor! Supongo que te refieres a mis tres transmigraciones sucesivas. Tú, cuando me miras, ¿qué es lo que ves en mí? ¿Ves una chica atractiva, o una anciana repulsiva?

Nuria Ross era una pelirroja muy atractiva, de bellos ojos azules, con una figura realmente espléndida; alta, de esbeltas piernas y arrogante busto. Marek, que había ido a sentarse en el borde del camastro, la contempló pasándose la punta de la lengua por los labios.

—¡Vamos, dilo! —invitó Nuria irguiéndose desafiante—. ¿Qué es lo que ves?

—Sin duda veo una señora estupenda —soltó Marek.

—¡Señora! ¡Señora! Tu mente está mediatizada por la idea de que, de cualquier forma, dentro de mí hay una anciana centenaria.

—Tienes toda la experiencia acumulada de cuatro vidas, ¿o no es así?

—Algún día tendrás mi edad “mental”. Te sorprenderá comprobar que todas tus experiencias acumuladas sólo tienen un valor anecdótico, prácticamente no sirven para nada. Las personas nacemos con nuestro carácter, el cual viene determinado por la herencia genética. El carácter, por si no lo sabías, se hereda con los demás rasgos. Con sus variantes propias, cada hombre y cada mujer somos una continuación de nuestros ancestros. Sólo en muy pequeña parte podemos modificar el carácter; de hecho se trata más bien de una represión de nuestros impulsos naturales. Se dice que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. ¿Por qué? Pues porque pese a todas las experiencias el impulso sigue latente en nosotros, reprimido, pero no modificado. Como mucho, los años la hacen a una más reservada, sin añadir con

eso ninguna virtud relevante al carácter.

—¿Lo ves? —replicó Marek sacudiendo la cabeza—. Ninguna chica que tuviera veinte años “reales” defendería sus convicciones con el aplomo y la seguridad que tú lo haces. A mis años no se está seguro de nada.

—Pues yo diría que eres un hombre muy asentado. En general los tapos tomáis la carrera con ventaja. Vuestras facultades telepáticas os permiten obtener una evaluación realista del mundo que os rodea. No escucháis a las personas, escudriñáis su interior y las despojáis de todo lo vano y superfluo. A mí, personalmente, los tapos me intimidan.

—¿Yo te intimido? —preguntó Marek como si acabara de descubrir algo sorprendente y divertido.

—Sí —Nuria vino a sentarse junto a Marek en el borde del camastro—. Me ocurre también con Fidel, pero ante él me siento menos avergonzada. Tu bisabuelo es un tipo extraordinario, alguien que está por encima de las flaquezas humanas, y sabe entenderlas y disculparlas.

—Quieres decir que yo no podría disculparte, siendo así que soy joven e inexperto.

—¿Lo eres? —replicó Nuria volviendo el rostro para mirarle a los ojos.

Estaban muy cerca uno del otro y el aliento de la muchacha llegó hasta Marek causándole una turbación nunca sentida. Marek se ruborizó como un colegial.

—Estoy seguro en unas cosas y dudo respecto a otras. Como soldado bien entrenado tengo una larga experiencia, puedo tomar una decisión rápida sin vacilaciones. Tampoco he tenido problemas con las mujeres de mi raza. Con las mujeres valeranas es otra cosa, sois muy complicadas.

—¡Oh, no! Eso no es cierto, quizás lo que ocurre es que nunca te has interesado verdaderamente por una valerana. Si tú amaras a una de nosotras verías que no somos diferentes de vuestras mujeres. La hembra, en cualquier especie, es el ser menos evolucionado. Probablemente porque su función procreadora no ha variado en el transcurso de los milenios. La mayor conquista realizada por la mujer es la dependencia sexual del hombre respecto de la hembra. Todo lo que ha conseguido después no ha hecho otra cosa que

afianzar ese poder de seducción sobre el macho. Eso es lo permanente, lo demás se puede calificar de accesorio.

Nuria Ross calló y Marek esperó, inútilmente, que siguiera hablando.

—Vamos, continúa —le dijo—. Me encanta oírte hablar.

—¿De veras no te parezco pedante?

—¡No!

Un ligero rubor se extendió por las mejillas de la joven.

—Bueno, no tengo más que decir al respecto.

Nuria rehuyó el encuentro con los ojos del tapo. Él se dejó caer de espaldas en el lecho, probando lo mullido del colchón.

—Es una cama aceptablemente blanda, aunque quizás algo estrecha para dos —dijo como hablando consigo mismo. Se incorporó, miró a Nuria y exclamó—: ¡Profesora, te has ruborizado!

—Marek, no seas tonto —dijo ella ocultando su rostro.

—¡Vamos, vamos! Señora mía, usted con sus experiencias de cuatro transmigraciones... ¡no le importará acostarse con un muchacho inocente!

Nuria mantenía el rostro insistentemente vuelto. Marek contactó telepáticamente con la mujer. Descubrió sorprendido que a ella sí le importaba... ¡porque allá en lo hondo de su ser, inconfesado y reprimido, alentaba el deseo de ser suya!

—¡Nuria! —exclamó Marek poniendo su mano sobre el hombro de ella.

La muchacha se volvió, en sus azules ojos, húmedos de amor, brillaba una lucecita de ironía.

—Las mujeres tapo lo tienen más fácil —murmuró—. Están libres de prejuicios y pueden expresar sus sentimientos de corazón a corazón.

Marek la cogió entre sus brazos, buscando con los suyos los rojos y temblorosos labios. Nuria había estado casada por lo menos cuatro veces en sus tres anteriores encarnaciones, y Marek una vez. Ambos eran conscientes de sus actos y conocían el fin del camino emprendido. Marek ya había desabrochado la mitad del cierre de velcro de su amante cuando esta opuso inesperada resistencia.

—No, espera... aquí no.

Marek sintió enfriarse de pronto su entusiasmo.

—¿A qué viene esa mojigatería?

—Alguien puede estar mirándonos.

—¡Pero si estamos solos!

Nuria extendió su brazo señalando al muro opuesto. Marek miró en aquella dirección y vio algo en lo que antes no había reparado. A una altura aproximada de dos metros cincuenta centímetros se abría un hueco rectangular protegido por una rejilla de acero. Se trataba sin duda de un conducto del sistema de aireación, ya que la celda carecía de ventana y la puerta estaba herméticamente cerrada.

Lanzando un reniego Marek se puso en pie, fue a tomar el taburete y lo arrimó al muro subiéndose en él. Sintió en el rostro el soplo de una corriente de aire fresco. Mirando a través de la rejilla, a unos treinta centímetros de ésta y por lo tanto fuera de su alcance, vio el brillo vítreo de una lente de aumento.

—Tenías razón —dijo saltando del taburete al suelo—. Alguien nos espía a través de una cámara de televisión.

—Estudian nuestro comportamiento —murmuró Nuria—. Tal vez no fue casualidad que nos encerraran juntos.

—¡Los muy cerdos! —rezongó Marek mirando en dirección a la rejilla.

De pronto Nuria se echó a reír.

—¿Por qué te ríes? ¿Qué hay de gracioso en que otros estuvieran mirando mientras yo te desnudaba? —exclamó Marek.

—¡Marek! Siempre oí decir que los tapos no tenéis prejuicios a ese respecto.

—Es mentira. Ni siquiera a los tapos nos gusta que nos miren por el ojo de la cerradura mientras hacemos el amor. ¿O es que esos tipos nos toman por conejos de indias?

—Ponlo de otro modo, amor. Para ellos somos tan raros como a nosotros nos parecieron los tumas cuando los vimos por primera vez. ¿Recuerdas como se enfadó Beg Hon cuando acudimos con nuestras cámaras a fotografiarle desnudo?

—Sí, ¡pobre Beg Hon! ¿Qué habrá sido de él? Me remuerde la conciencia haberme marchado sin explorar detenidamente cada rincón de la quebrada. Tal vez no muriera, esas armaduras de diamantina son muy fuertes...

De nuevo volvió sobre ellos la conciencia de su situación. Durante más de dos horas charlaron de todo lo sucedido y lo que podía ocurrir a partir de este momento. Daban por hecho que serían

interrogados y deseaban que esto ocurriera cuanto antes. Pero por alguna razón parecía que los katumes no tenían ninguna prisa. Nuria se quedó dormida en el camastro y Marek se tendió a su lado mirando al techo.

Poco después Marek recibía un mensaje telepático de Adler Ban Aldrik, anunciando que le estaban sacando de la celda para interrogarle. Marek le recordó sus recomendaciones para que no se excediera en lo que iba a declarar y le deseó buena suerte.

Pasaron dos horas más, Nuria despertó y Marek recordó que no había comido en la granja de Dován y sentía hambre. Una hora más tarde giraba una llave en la cerradura y se abría la celda. Dos saurios de uniforme verde oliva, con correa roja y pistola al cinto les indicaron por señas que salieran.

CAPÍTULO VIII

En la puerta Núria posó su rechazada con energéticos gestos.

—“La hembra no, ella debe quedarse” —decían.

Marek pensó que quizás fuera mejor así. Se lo dijo a Nuria:

—Sólo me quieren a mí. Supongo que van a interrogarme, en cuyo caso es preferible que no te obliguen a comparecer.

Nuria palideció.

—¿Piensas que puedan torturarte? —preguntó.

Marek hizo un gesto ambiguo y cruzó el dintel. La recia puerta de acero se cerró tras él. En el corredor vio a Adler Ban Aldrik que estaba unos pasos más allá, esposado entre dos fornidos saurios de uniforme verde oliva y correa roja con pistola al costado.

Mientras le esposaban Marek se comunicó telepáticamente con su bisabuelo:

—“¿Sabes dónde nos llevan?”

—“Sí, van a interrogarnos. Hace más de una hora que se llevaron a Valera, a Castillo y al sargento Eced” —fue la respuesta del bartpurano.

Marek se miró las esposas que maniataban sus muñecas. Le habría bastado poner en acción sus poderes psicocinéticos para abrir la cerradura y librarse de aquel chisme, pero no era éste el momento de hacer alarde de sus facultades.

Sin vendarles los ojos esta vez les llevaron por una escalera hasta la primera planta del edificio, y luego por un amplio corredor pavimentado de mármol rosa hasta una habitación de grandes dimensiones, la cual por su disposición parecía la sala de un tribunal o un aula universitaria.

Se trataba de una sala de planta semicircular, con varias filas escalonadas de butacas dispuestas en anfiteatro. En el nivel más bajo, separado de la primera fila de butacas por una balaustrada de

madera, quedaba un espacio rectangular alfombrado, y dominando este espacio había una tribuna o lugar para el tribunal al que se accedía por dos escaleras laterales. Cinco saurios vestidos con negras sotanas, tocados con altas y ridículas mitras moradas, ocupaban la tribuna.

Había más gente en la sala; toda la primera fila de butacas estaba ocupada por saurios que vestían variados uniformes, verdes, azules y rojos. Algunos se tocaban con cascos dorados adornados con cimbras de plumas, y otros tenían estos cascos sobre sus rodillas. Al final de las gradas se veían grandes ventanales por los que entraba la luz del día, amortiguada por persianas.

Los prisioneros entraron por una puerta al pie de la tribuna encontrándose de frente con Valera y Castillo que salían conducidos por cuatro saurios armados.

—Os van a interrogar —anunció Castillo—. Ya lo hicieron con nosotros, pero solamente Eced pudo dialogar con ellos telepáticamente. Les hemos decepcionado.

—¿Qué les han preguntado? —inquirió Marek reteniendo el paso.

—Ni lo sabemos. Eced llevó todo el peso de la conversación.

Los guardias empujaban a los científicos para que siguieran adelante y a Marek para que no se detuviera.

Marek y Adler Ban Aldrik entraron en el rectángulo limitado por la balaustrada de madera, donde se encontraba el sargento Eced. En la primera fila de butacas un saurio que vestía de negro con botonadura y galones de oro se puso en pie. Para los valeranos todos los saurios eran iguales, pero algo familiar en el que estaba de pie llamó la atención de Marek.

—Soy el conde Dován —dijo el saurio.

—¡Ah, Dován! —dijo Marek—. ¿Estás aquí?

—Estoy intentando convencer a los doctores de que sois monos de una especie superior inteligente. Por ahora se sienten defraudados. Dos de tus compañeros no dijeron nada, y este otro respondió con ambigüedades. Debéis responder a lo que se os pregunte y tratar de causar una buena impresión, de lo contrario no respondo de lo que os pueda suceder.

El conde Dován se sentó y Marek se enfrentó con el tribunal. Los largos y rugosos hocicos de los doctores estaban tendidos hacia los

valeranos como si trataran de husmearles. No era eso, sino que esperaban expectantes escuchar los prodigios de un mundo desconocido del que ya les había hablado Dován.

El saurio que estaba en el centro de los cinco señaló a Adler Ban Aldrik con el brazo extendido. La corpulencia del bartpurano y su voluminosa cabeza rapada debían haber llamado su atención.

—¿Quién eres tú?

—Adler Ban Aldrik. Tengo otro nombre cristiano, Fidel Aznar.

—Yo soy Jumo, Sumo Sacerdote y Doctor Magnífico del Supremo Consejo Científico. Dime, ¿cómo adquiriste la facultad de leer y transmitir el pensamiento?

—Es un don natural de mi pueblo, adquirido como consecuencia de una evolución espontánea de la función del pensamiento en el transcurso de una civilización varias veces milenaria —respondió Fidel.

—Háblame de tu pueblo. ¿De dónde eres?

—Soy bartpurano, actualmente viajo en el autoplaneta Valera.

—¿Qué es un “autoplaneta”? —inquirió el Doctor Magnífico.

Adler Ban Aldrik proyectó en su mente la imagen del autoplaneta Valera, un planetillo hueco de 3.200 kilómetros de diámetro parecido en tamaño y aspecto a la Luna. El espacio hueco interior tenía un diámetro medio de 3.000 kilómetros, y una superficie de 28 millones de kilómetros cuadrados, de los que algo más de un millón estaban ocupados por las aguas de sus mares y lagos. Este pequeño mundo se desplazaba a través del espacio por sus propios medios, impulsado y dirigido por ondas gravitacionales. Ciento cuarenta millones de valeranos habitaban las ciudades del planetillo, organizados en una república.

El saurio, al cual iban dirigidas estas imágenes habló al resto del tribunal describiendo lo que había visto a través de la mente del extranjero. Todos escuchaban con atención, a excepción del último de la fila, quien finalmente interrumpió y dijo:

—El mono miente. Debo hacer notar a la Digna Mesa la pobre imaginación de que dan muestra los monos. Ni siquiera son capaces de inventar un mundo redondo o cuadrado. Si nos fijamos vemos que, reducido una escala menor, el mundo que describen es el propio Duggar. El país de los monos está pues en algún lugar del hiperplaneta, cosa que por lo demás ya sabíamos, puesto que no

existe otro mundo fuera de Duggar.

Jumo asintió gravemente moviendo su ridícula tiara, mientras para sus adentros hacía un llamado a la prudencia. Como Sumo Sacerdote tenía numerosos enemigos; enemigos envidiosos de su influencia y poder, siempre dispuestos a segarle la hierba bajo los pies y apartarle de la confianza del Faraón. Un Sumo Sacerdote no podía dudar, tenía que defender en cualquier circunstancia el dogma de la fe.

Atento a la actividad mental de Jumo, Adler Ban Aldrik descubrió los pensamientos de aquel. Se entabló entonces un diálogo sin palabras, en el que las ideas del bartpurano iban directamente a la mente de Jumo, a la vez que era receptor de las respuestas de éste.

“¿Qué ocurre contigo, Jumo? ¿Por qué no puedes manifestar libremente que crees en mis palabras? No hables, dímelo sólo con el pensamiento.”

Respondió Jumo:

“Adler Ban Aldrik, tú estás en la intimidad de mis pensamientos más ocultos, conoces mis temores. Pues bien, no puedo apoyar públicamente la tesis de un mundo distinto de Duggar. Es dogma de fe que sólo existe un mundo: Duggar. Como Sumo Sacerdote no debo tener dudas al respecto. Si Attman hubiese querido crear otros mundos lo habría hecho, pues su poder es infinito. Pero en ese caso lo habría mencionado en el Libro Sagrado. Bien es cierto que en ninguna parte de sus revelaciones se hace exclusión de esa posibilidad, pero la interpretación es clara. Attman creó Duggar y lo dio como morada a los katumes y otros pueblos. Eso dice el Libro.”

Adler Ban Aldrik preguntó telepáticamente:

“¿Y cuál es la opinión de vuestros científicos?”

Jumo respondió hablando para sí mismo:

“El conocimiento de la estructura molecular ha abierto nuevos cauces hacia la concepción de un Universo mucho más dilatado que el espacio encerrado entre las paredes del hiperplaneta. Hoy sabemos que cada átomo está compuesto por protones, electrones y neutrones que giran como pequeños planetas alrededor de un núcleo. A una escala mayor vemos esa misma disposición en los planetas de Duggar. Si Duggar es como un átomo grande, en una escala de valores en progresión, Duggar sería a su vez un mundo en

un sistema planetario que tendría por centro otro Sol mayor. Pero las cosas no se detendrían ahí, y Duggar con los demás planetas y el Sol serían partículas de otro átomo todavía más grande, y así sucesivamente.”

Respondió Adler Ban Aldrik con el pensamiento:

“Vuestra concepción del Universo está equivocada.”

Sabiendo que una imagen era más expresiva que mil palabras, Adler Ban Aldrik plasmó en su mente una visión de conjunto del Universo verdadero. Jumo vio la proyección en la mente del extranjero y comprendió.

Mientras tanto, escamados por el prolongado silencio de Jumo, los restantes miembros del tribunal empezaban a protestar.

—¿Por qué no prosigues el interrogatorio, Dignísimo Jumo?

—Le estoy interrogando —replicó Jumo—. He descubierto que no son necesarias las palabras, puesto que las palabras no tienen ningún significado, ni de mí para ellos, ni de ellos para mí. Ellos no escuchan mis palabras, sino mi pensamiento.

—Pues habla en alta voz para que al menos sepamos lo que les preguntas.

Jumo transmitió telepáticamente a los Aznar:

“Voy a tener que mentir por vosotros. Vuestra versión no la creerán. Y aunque os creyeran no lo admitirían; los científicos no pueden expresar opiniones ni creencias contrarias al Dogma. Si queréis evitar que os torturen y tenéis en aprecio vuestras vidas, seguid mi juego y corroborad lo que yo diga.”

Manifestándose un excelente actor, a lo que sin duda le ayudaba su condición de Sumo Sacerdote, Jumo hizo un ademán despreciativo y se dirigió a la Docta Mesa diciendo:

—Los monos se rectifican en la anterior declaración.

—¿Has descubierto su mentira? —preguntó uno de los doctores.

—Parece que ha habido una mala interpretación, pero la culpa no es suya. Transmitiendo el pensamiento no hablan con palabras, si no con imágenes, de ahí lo fácil que es cometer un error. Su “autoplaneta” es en realidad Elicto, el más pequeño de los planetas que giran alrededor del Sol. Por diferenciarlo de Duggar lo describieron como un planetillo que se desplazaba en el espacio “exterior” por sus propios medios. En efecto, Elicto se mueve independientemente de los demás planetas, y en las fuerzas que lo

mantienen en órbita intervienen, como ya sabemos, las fuerzas gravitacionales.

—Pero Elicto es un planeta macizo —intervino otro de los mitrados—. Conocemos la masa de todos los planetas del Sistema. Para que Elicto fuera hueco tendría que estar compuesto de una materia mucho más pesada que la roca.

Jumo quedó perplejo unos instantes. ¡Se había metido en un callejón sin salida! Adler Ban Aldrik acudió rápidamente en su auxilio transmitiéndole telepáticamente:

“Valera es, efectivamente, un planetillo hueco constituido de un metal superpesado. Al capturarnos nos requisasteis unas cajas metálicas que llevábamos a la espalda. Ordena que las traigan.”

Jumo dio una orden a dos de los guardias que permanecían junto a la puerta. Mientras éstos salían, uno de los doctores preguntaba a Jumo:

—¿Cómo pudieron los “monos” llegar hasta Katum tripulando una pequeña aeronave?

El Sumo Sacerdote trasladó la pregunta a Adler Ban Aldrik. El bartpurano respondió de viva voz, trasmitiendo telepáticamente:

—Es mucho más fácil viajar de Valera a Katum que de Katum a otra parte cualquiera del hiperplaneta. En su movimiento alrededor del Sol, Valera, al que vosotros llamáis Elicto, pasa sucesivamente sobre todos los continentes de Duggar. Una aeronave que poseyera los medios para sustraerse a la fuerza de atracción de Elicto se separaría del planetillo acercándose a la Tierra, hasta que al llegar a determinado punto la fuerza de gravedad de Duggar lo arrastraría al suelo. Esa aeronave se movería todavía a la velocidad que llevaba Elicto, lo que le permitiría escoger el punto de aterrizaje y descender utilizando los mismos medios de reacción que le ayudaron a separarse de Elicto. Así fue como llegamos hasta Katum.

Jumo, maravillado de la invectiva del “mono”, tradujo lo que Adler Ban Aldrik acababa de confiarle. Uno de los militares que se encontraban en primera fila del anfiteatro preguntó si la aeronave llevaba motor. Adler Ban Aldrik respondió directamente al saurio:

—Nuestra aeronave llevaba motor. Éste sólo se utilizó en dos ocasiones, a saber; para salir de la zona neutra donde la fuerza de atracción de Elicto se equilibraba con la fuerza de atracción de Duggar, y luego una vez en Duggar para moverse buscando un lugar

apropiado para aterrizar.

—¿Cómo era vuestro motor? En el informe del piloto que os derribó he leído que ese motor proyectaba un brillante rayo de luz.

El bartpurano respondió:

—Vuestros pilotos no nos derribaron, sólo nos averiaron el motor, lo que nos obligó a ganar altura para ponernos fuera del alcance de sus proyectiles. Permanecimos allá arriba el tiempo suficiente para que vuestras aeronaves regresaran a tierra y luego descendimos en un lugar que nos pareció apropiado para intentar reparar el motor.

—No has contestado a mi pregunta. ¿En qué principios se basa el motor que utilizáis en vuestras aeronaves? —insistió el militar.

—Utilizamos el mismo principio de reacción que vosotros en vuestros motores cohete, sólo que de otro modo. Nuestros motores funcionan proyectando un chorro de iones excitados.

—¿Qué son iones excitados?

Respondió uno de los saurios mitrados que formaban el tribunal:

—Vulgarmente es lo que llamamos luz. ¿Qué os ha respondido el “mono”?

Mientras el militar repetía el diálogo sostenido con Adler Ban Aldrik regresaban los dos guardias que habían salido en busca de los dorsales de levitación. Los “backs” llamaron poderosamente la atención de los militares y provocaron un fuerte murmullo de comentarios. El Sumo Sacerdote impuso silencio golpeando la mesa con un mazo. Marek Aznar decía a su joven bisabuelo:

—Tuanko fue muy previsor al no permitirnos traer “backs” ni armas de “luz sólida”. Aun así presiento que vamos a tener problemas con los militares katumes. Ellos querrán conocer nuestras armas y nuestro potencial bélico. ¿Qué les vamos a decir?

—Vamos a retroceder el progreso de Valera a los tiempos en que voló por primera vez desde Redención a la Tierra, antes de las armas miniaturizadas, la “luz sólida” y las máquinas Karendón.

—Pero en aquella época Valera ya disponía de una poderosa Armada Sideral —arguyó Marek.

—Tenemos esa poderosa Armada, los katumes deben saberlo. Sabes muy bien que soy contrario a toda mentira, pero en este caso no tengo más remedio que aconsejarla. Intuyo que nos encontramos ante una sociedad de carácter violento, donde la fuerza es la única

ley. Sólo si nos presumen fuertes nos respetarán. Esta gente no conoce la compasión.

Marek sintió un incómodo malestar en la boca del estómago.

Los guardias depositaron los “backs” sobre la alfombra, a los pies de los “monos”. Adler Ban Aldrik hizo una seña a su bisnieto indicándole que podía actuar.

Antes de tocar los aparatos Marek preguntó a Jumo:

—¿Puede hacer una demostración, con vuestra venia?

—¿De qué se trata? —inquirió el Sumo Sacerdote.

Marek emitió colectivamente su pensamiento para que le entendieran todos los que se encontraban en la sala.

—Ved este aparato, se trata de un levitador. Sujeto a la espalda de un hombre permite a éste volar. Opera por el mismo principio que sostiene vuestras aeronaves en el aire, pero lo conseguimos por un procedimiento más sencillo. Nuestro planetillo está compuesto en su mayor parte por un metal tres mil veces más pesado que el hierro. Es tan sumamente pesado que nunca había servido para nada, hasta que en fecha relativamente reciente, experimentando con los materiales fisionables, se consiguió desintegrarlo. Mientras se investigaba las cualidades de este metal como material fisionable se le descubrió otra propiedad insospechada. La “dedona”, tal es el nombre de esta materia, crea por sí misma un campo de fuerza antigravitacional cuando es inducida eléctricamente; es decir, levita.

Un murmullo de comentarios se levantó mientras Marek se inclinaba sobre uno de los aparatos y desconectaba la pila atómica. El peso real de la caja de “dedona”, sin electrificar, era del orden de sesenta toneladas. Al interrumpirse la corriente eléctrica el aparato recobró todo su peso auténtico.

Ni la tarima de madera ni el piso estaban preparados para soportar en un solo punto un peso tan considerable. El resultado fue que crujió la madera, se hundió y cedió a su vez el piso, abriéndose un agujero por el cual desapareció el “back” entre una nube de polvo.

El estruendo y el polvo pusieron en pie a los alarmados saurios que ocupaban la primera fila del anfiteatro.

—No se asusten —dijo Marek—. Acabo de demostrarles de qué forma se comporta la “dedona” cuando recobra su peso verdadero.

No sabía que el piso fuera tan endeble, lo lamento. Aquí nos queda el segundo “back” y con el voy a demostrarles otro aspecto totalmente contrario del comportamiento de la “dedona” cuando se le estimula aumentando la intensidad de la corriente eléctrica.

Todavía en una atmósfera de excitación, Marek accionó el regulador del aparato. El “back” se levantó del piso y se elevó velozmente para ir a estrellarse contra el techo. Un gran desconchado de yeso cayó del cielo raso sobre las cabezas y los hombros de los militares, llenándoles completamente de polvo. El “back” quedó allá arriba, obstinadamente pegado al techo, mientras el sargento Eced hacía visibles esfuerzos para contener su risa.

Los militares, con más razón que la primera vez, saltaron en pie llenos de alarma, temiendo que el techo se desplomara completo sobre sus cabezas. Luego, indignados, disimularon su desazón sacudiéndose el polvo de los hombros.

De nuevo el Sumo Sacerdote tuvo que hacer sonar su mazo para restablecer el orden.

—Dime, ¿cómo harás para hacer bajar ese aparato de ahí? —preguntó a Marek.

—Temo que no haya forma posible, excepto subiendo con una escalera por él.

Jumo hizo una mueca mientras silencioso le decía:

“Sospecho que te estás burlando de la desconfianza de la Digna Mesa, valerano”. A lo que Marek no contestó.

Jumo dijo en voz alta dirigiéndose al tribunal.

—Los valeranos pueden considerarse afortunados de contar con ese metal de tan extraordinarias propiedades. Se sobreentiende que la abundancia de “dedona” es causa de que el conjunto del planetillo, aun siendo hueco, pese tanto como si fuera de roca maciza. ¿Alguna pregunta más?

Se puso en pie uno de los militares de alta graduación que ocupaban la primera fila del hemiciclo, un saurio de elevada talla que vestía uniforme negro con galones y botonadura de oro.

—¿Hay algo que desees preguntar, Sexto Fileas? —preguntó Jumo.

Eran muchas las cosas que el general Sexto Fileas deseaba conocer, a saber: ¿cómo eran las armas del Ejército de Elicto? ¿A qué número se elevaba las unidades de sus Fuerzas Aéreas? ¿Cuáles

eran las verdaderas razones del viaje de los “monos” a Katum? Y otras cuestiones más.

Marek Aznar respondió a Sexto Fileas:

—Creo que lo más preocupante para Sexto Fileas es conocer las intenciones de mi nación respecto a Katum. En primer lugar mi nación ignora que Katum exista. Debo aclarar que ésta es una expedición científica, la primera que se realiza para conocer esta región del hiperplaneta. Los valeranos no abrigamos ningún sentimiento de hostilidad contra los katumes ni los demás pueblos que habitan Duggar. No tenemos aspiraciones territoriales, ni económicas ni políticas sobre vuestra nación. Prueba de ello es que, de todos los miembros de nuestra expedición, sólo dos somos militares, ninguno de alta graduación; yo mismo y el sargento Eced, cuyo cometido era simplemente pilotar la aeronave que nos trajo aquí, todos los demás son científicos, cada uno en una especialidad muy concreta. Nuestra misión consistía en establecer contacto con los habitantes de la región y estudiar científicamente su naturaleza, su morfología, su organización social y política y su economía.

Respondió Sexto Fileas, puesto de pie:

—A mí, personalmente, me cuesta creer en la inocencia de las intenciones de estos espías. Ellos habitan un planeta muy pequeño, cuya superficie externa es inhabitable por carecer de atmósfera y cuya superficie interior no pasa de veintiocho millones de kilómetros cuadrados. Dicen que allí sólo viven ciento cuarenta millones de valeranos, ¿pero cómo sabemos que eso es verdad? Fácilmente podrían ser cien veces ese número. Ahora mismo los valeranos podrían tener un grave problema de espacio. Elicto es como una pequeña isla perdida en el espacio, no tienen territorios próximos que puedan absorber su creciente población. La única salida para colocar sus excesos de población consiste en crear una poderosa Armada Sideral y tratar de conquistar un territorio suficientemente extenso aquí en Duggar. En otras palabras, según mi criterio estamos próximos a sufrir una invasión.

Profundos cabezazos y un murmullo de voces apoyaron las palabras de Sexto Fileas. Jumo golpeó la mesa con su mazo hasta restablecer el silencio. Entonces habló y dijo:

—Perfectamente, Fileas, lo que acabas de sugerir cabe en lo posible. Sólo quiero que me digas por qué, siendo tan grande

Duggar y habiendo tantos territorios por conquistar, habrían de venir los valeranos a disputarnos Katum. ¿Lo crees razonable?

—Podría citar cien razones por las cuales les sería más rentable conquistar Katum, incluso al precio de una guerra. Éste es un país civilizado, en él encontrarían excelentes puertos, una extensa red de carreteras y ferrocarriles, puentes, canales y explotaciones agrícolas y mineras en pleno desarrollo...

En este momento entraba un oficial de uniforme verde que se dirigía al tribunal subiendo por una de las escaleras laterales. Se acercó por detrás al Sumo Sacerdote y le habló al oído. Ni Marek ni Adler Ban Aldrik estaban atentos, por lo tanto no se enteraron del contenido de este recatado mensaje. Jumo hizo una señal de asentimiento. Mientras el oficial se retiraba preguntó a Fidel:

—Dime, Adler Ban Aldrik. ¿Tenéis esclavos saurios en Elicto, como nosotros tenemos “monos” en Katum?

—No tenemos saurios en Valera —respondió el bartpurano—. En nuestro mundo no se practica la esclavitud.

Adler Ban Aldrik vio la desconfianza en la mente del Sumo Sacerdote, lo cual le preocupó sobremanera.

—Créeme, Jumo —insistió—. No tenemos esclavos, ni nunca los tuvimos.

—¿Todos los que capturamos erais los únicos individuos de la expedición?

—Había un hombre más, el doctor Ferrer. Era un notable ingeniero, desapareció en el lugar donde vuestro ingenio nuclear cayó sobre nuestra aeronave.

—¿Y no había con vosotros un saurio también?

—¡Oh, el saurio! —exclamó Adler Ban Aldrik—. Ciertamente, había un saurio con nosotros, un tuma llamado Beg Hon. ¿Estás pensando que el saurio vino con nosotros desde Valera? No, te equivocas. Antes de llegar a esta región exploramos otro territorio en el extremo opuesto del hiperplaneta. Fue allí donde encontramos a Beg Hon. Él es nuestro amigo.

Por la puerta entró el oficial katume seguido de otro saurio esposado y un guardia de verde uniforme. Para Marek todos los saurios eran iguales, sin embargo éste era distinto; más alto que los individuos de su escolta, de piel más morena tirando a marrón, y de hocico más achatado. ¡Era Beg Hon!

—¡Beg Hon! —exclamó Marek saliendo al encuentro del tuma con las manos extendidas.

El guardia que estaba detrás de Marek dio una voz que el tapo no atendió. Los actos de desobediencia de los “monos” debían estar castigados con suma severidad por sus dueños, los saurios. Inesperadamente Marek sintió un tremendo golpe en el cuello que le derribó fulminantemente de rodillas. Todavía estaba arrodillado, medio aturdido, cuando el guardia enarboló de nuevo el vergajo.

La porra no llegó esta vez a descargar sobre Marek porque intervino Adler Ban Aldrik. El bartpurano asió la porra por detrás y tiró arrancándola de la mano del saurio. Los otros dos guardias que se encontraban en el estrado arremetieron con sus porras en alto, descargando una lluvia de golpes sobre la cabeza y la espalda de Adler Ban Aldrik.

Todo ocurrió muy aprisa. El sargento Eced vino en auxilio de Adler Ban Aldrik y el oficial que acababa de llegar conduciendo a Beg Hon intervino contra Eced.

Entonces estalló la cólera de Adler Ban Aldrik, un hombre normalmente pacífico, contrario a todo acto de violencia, pero en quien se dejaba sentir la influencia de la mitad de su sangre terrícola.

—¡Eced, vamos a barrerles! —gritó.

El tapo entendió. Toda la furia del infierno pareció desatarse de pronto en el aula. Las fuerzas psicocinéticas conjuntas de Eced y Adler Ban Aldrik entraron en acción de forma espectacular. Los guardias que atacaban con sus porras fueron repelidos por una fuerza invisible y misteriosa que les arrojó violentamente a distancia. Todos los cristales de las ventanas estallaron ruidosamente en añicos y las persianas empezaron a subir y bajar, a ondular y agitarse hasta que fueron arrancadas y arrojadas en el interior del aula. Como si un huracán girara dentro de la habitación, las butacas fueron arrancadas de sus enclavamientos, levantadas y proyectadas con fuerza contra las paredes, el suelo y el techo. El viento huracanado se llevó las tiaras y los cascos militares, levantó las sotanas de los dignísimos doctores, cerró de golpe las puertas...

Alfombras, hojas de persiana, cortinas, sillas y hombres iban de un lado a otro por el aire en medio de un ruido terrorífico. Marek,

repuesto de su aturdimiento, vio lo que pasaba y quiso añadir algo suyo al infernal desbarajuste. Media docena de saurios corrían hacia una de las puertas próximas, buscando la salvación en la huida. Marek aplicó sus fuerzas psicocinéticas a la cerradura de la puerta, de modo tal que fracasaron las tentativas de los saurios para abrirla.

Junto a esta misma puerta, en un hueco del muro cubierto por un cristal, vio Marek una manguera enrollada, dispuesta para ser usada en caso de incendio. Aplicando sobre el cristal su fuerza psicocinética lo hizo estallar en mil pedazos. La manguera pareció cobrar vida por sí sola saliendo de la hornacina y desenrollándose en el suelo. Marek hizo girar a distancia la llave y el agua a presión hizo encabritarse a la manguera como una serpiente. Un potentísimo chorro de agua fría a presión se sumó a la enorme confusión, volteando a los saurios que cogía de lleno.

Adler Ban Aldrik llegó hasta Marek y le tocó un brazo.

—¡Salgamos de aquí! —gritó.

—¿Por dónde?

El bartpurano señaló el agujero que el “back” había abierto a través de la tarima y el piso hasta el sótano del edificio. Marek se dirigió al aterrado Beg Hon, le asió por un brazo y le indicó que le siguiera.

El primero en dejarse caer por el agujero fue Marek, seguido inmediatamente por el tuma, y poco después por Fidel Aznar y el sargento Eced. El agujero daba directamente al corredor del sótano. Marek hacía saltar sus esposas cuando Adler Ban Aldrik cayó a su lado felinamente sobre las puntas de los pies.

—¡Vaya si la hemos organizado buena allí arriba! —exclamó Marek regocijado, adoptando un aire más grave para añadir—: ¿Qué hacemos ahora?

Adler Ban Aldrik tiró al suelo sus esposas y libró a Beg Hon de las suyas mientras decía:

—No podemos hacer nada salvo volver a nuestras celdas.

—¿Quieres decir que debemos regresar voluntariamente a los calabozos?

—Las celdas son por ahora el lugar más seguro. Los saurios se calmarán mientras nos buscan por todas partes. Si nos alcanzaran corriendo por los pasillos o el patio nos cazarían a tiros. Al regresar voluntariamente a las celdas les demostraremos que no queríamos

escapar, cosa que no podemos hacer, a menos que abandonáramos a Beg Hon, a Nuria, a Castillo y a Valera.

Orientándose en el sótano Adler Ban Aldrik echó a andar por el corredor. Poco después llegaban a las celdas que poco antes habían abandonado. No había guardia en el corredor, y estaban abiertas las celdas de Eced y de Fidel.

—Beg Hon vendrá a mi celda —dijo Adler Ban Aldrik.

El sargento Eced regresó a su celda y cerró la puerta. Beg Hon y Adler Ban Aldrik entraron y cerraron también.

Para entrar en la celda que compartía con Nuria Ross, Marek tenía dos caminos. Podía intentar abrir la cerradura utilizando la fuerza psicocinética, o bien desmaterializarse, pasar a través de la puerta y materializarse al otro lado de ésta. Marek optó por el más rápido de los sistemas, autoportándose a través de la puerta de acero.

Apenas la forma del tapo se había desvanecido en el aire, cuando dobló la esquina del corredor un tropel de guardias armados. Los saurios pasaron ante las cerradas puertas sin detenerse.

En todo el edificio y en el jardín circundante se había iniciado una furiosa búsqueda. Pasó un buen rato hasta que, en otro lugar del edificio, un saurio echó una distraída mirada a uno de los cuatro televisores que funcionaban en la habitación. ¡Los “monos” fugitivos habían regresado a sus celdas! El saurio se apresuró a tomar un teléfono para informar de tan insólito hecho.

CAPÍTULO IX

UNOS minutos después, el oficial gikaba una sell precipitadamente, se seguido de dos soldados. Éstos se mantuvieron en un segundo término, sin alejarse de la puerta, sobando recelosos las ametralladoras. Casi inmediatamente después se escucharon pasos rápidos en el pasillo, una voz gritó algo y el Sumo Sacerdote entró en la celda.

El oficial saludó con una profunda reverencia y a una orden se retiró saliendo de la celda con los soldados, aunque dejando la puerta abierta.

Jumo, que traía una pequeña tira de esparadrapo en un pómulo, había recuperado su mitra y conservaba las manos ocultas en las amplias mangas de su negra sotana. Los grandes ojos de Jumo tenían un brillo particular al clavarse en el rostro del bartpurano. Éste sintonizó con la mente del Sumo Sacerdote y vio que, lejos de sentirse enojado, parecía más bien regocijado.

—¿Cómo pudisteis hacerlo? —preguntó Jumo—. El conde Dován me había hablado de ocultos poderes, aparte vuestra facultad de ver y transmitir el pensamiento. Ahora sé que Dován no exageró. Pienso que pudisteis haber escapado de habérselo propuesto. ¿Por qué habéis regresado a los calabozos?

Adler Ban Aldrik respondió encogiéndose de hombros:

—¿Dónde podíamos ir? En cualquier parte nos habrían reconocido. Katum es como una gran cárcel para nosotros, no hay forma de salir de aquí hasta que venga a buscarnos nuestra aeronave. Tampoco tenemos prisa por marcharnos. Hemos venido a conocer este país y todavía sabemos poco de vosotros.

Jumo contempló pensativamente al bartpurano. Luego dijo:

—Cuántas más cosas sé de ti, más siento crecer mi admiración. ¿Qué más cosas sabes hacer? ¿Hasta dónde alcanza tu poder?

—Lamento lo ocurrido —repuso Adler Ban Aldrik evasivamente.

—¿Lo lamentas? Yo no. Fue un gran espectáculo ver la sala devastada por vuestra misteriosa fuerza. Reconozco mi inclinación por las ciencias ocultas. ¿Cuál es tu especialidad? ¿Eres alquimista? ¿Practicas el curanderismo?

—Soy médico cirujano, no curandero.

—¡Extraordinario! Yo también practico algo el curanderismo. Sólo a título de investigador. Quizá pudiera aprender algo de ti, si quisieras revelarme alguno de tus secretos.

Adler Ban Aldrik investigó en la mente del ladino Jumo y vio que éste en realidad le ofrecía un pacto. Jumo ejercería sobre los valeranos su protección en tanto que éstos le confiaran el secreto de algunos de sus trucos.

—Necesito ayuda —dijo Adler Ban Aldrik—. Recorro a tu benevolencia, dignísimo Jumo, para que me proporciones los medios de hacerle una transfusión de sangre a mi amigo el tuma. Beg Hon recibió una sobredosis de radiaciones al estallarle cerca el ingenio nuclear que arrojasteis sobre nuestra aeronave. Empiezan a aparecer los primeros síntomas. Tal vez con sucesivas transfusiones pueda prolongar su vida hasta que recibamos auxilios de nuestra aeronave.

—¿Estás seguro de que vendrá esa aeronave?

—Lo estoy. Mi hermano, el Almirante Aznar, es el jefe supremo de la Armada Sideral Valerana. Los sabios que nos acompañan, la mujer y los dos profesores, son científicos notabilísimos en nuestro país. Nuestra gente no nos dejará abandonados.

—¿Y cuánto tardará en llegar vuestra aeronave?

—Dentro de unas trescientas horas aproximadamente. No antes ni mucho después.

—Es tiempo suficiente para que conozcáis nuestro país. Dime una cosa, ¿a qué nivel se encuentra vuestra medicina?

—A un alto nivel, puedes estar seguro.

—¿Eres sacerdote?

La pregunta sorprendió a Adler Ban Aldrik, quien respondió:

—Soy bundo. La traducción más aproximada de esta palabra es “monje”, y así suelen llamarme, aunque en realidad se trate de otra cosa. Los “bundos” fueron una secta de carácter místico-filosófico, con una gran preparación científica y una sólida base moral, cuya

vida estaba dedicada por entero a la meditación y a practicar el bien por todo el mundo. Destacaban especialmente en las artes marciales, la Medicina, la Física, las Matemáticas y la Fenomenología. No quiere decir ello que tuvieran la exclusividad en el dominio de estas materias, pero entre los “bundos” hubieron científicos notabilísimos.

—En Katum solamente los sacerdotes poseemos la hegemonía de las prácticas científicas. Está demostrado que sólo en base a una gran preparación religiosa se puede acceder sin peligro al conocimiento profundo de los misterios de la Creación. Como tú, también yo soy médico-cirujano.

—Me gustaría comparar nuestros conocimientos mutuos —aseguró el bundo saludando con una profunda inclinación de cabeza.

La actitud respetuosa del bundo complació a Jumo, quien correspondió al saludo con una inclinación igualmente ceremoniosa y dijo:

—También a mí me complacería. Ahora mismo tengo un problema grave con nuestro Faraón. Sabemos que tiene un tumor cerebral no maligno que presiona sobre la corteza interior y le ocasiona profundos trastornos. Ahora bien, él se niega a ser intervenido quirúrgicamente, aún a sabiendas de que el mal amenaza seriamente su vida.

—¿Quieres que me ocupe de vuestro Faraón?

—Temo que eso sea imposible. Eres un “mono”, y por lo tanto un ser impuro. Ningún impuro puede acercarse a nuestro Faraón, que además de rey encarna el espíritu de Attman, y es por lo tanto sagrado. Pero te mostraré radiografías y resultados de los análisis que le hemos practicado, por si puedes aportar algún conocimiento que nosotros no poseamos todavía. Ven conmigo, y trae también a tu amigo el saurio.

En su celda Marek Aznar recibió un mensaje telepático de Adler Ban Aldrik, anunciándole que salía acompañando a Jumo. El bundo creía contar con el favor del Sumo Sacerdote, por lo que esperaba una pronta mejora de las condiciones del grupo. Dos horas más tarde se abrió la puerta de la celda y entraba un saurio con una bandeja de madera colmada de alimentos que depositó sobre el taburete.

No sin cierta reserva, Nuria Ross le hincó el diente a un muslo de ave.

—Espero que no esté envenenado.

—Si quisieran asesinarlos no tendrían que tomarse tantas molestias —objetó Marek—. Bastaría que nos disparasen un tiro en la nuca.

Una copiosa digestión solía inducir al optimismo y los dos jóvenes se tumbaron en la cama charlando durante un largo rato, hasta que ambos quedaron dormidos.

Despertaron tiempo después al abrirse de nuevo la puerta. Un saurio de uniforme verde-oliva les hacía señas para que salieran. En el corredor se encontraron con Eced y los profesores Valera y Castillo. Uno a uno les llevaron a los servicios. Esperaban verse encerrados de nuevo, pero al estar reunidos sus guardianes les indicaron por señas que echaran a andar.

Sin esposas ni vendas esta vez, les llevaron por el mismo camino que recorrieran a la inversa al llegar; un recodo, una ruidosa sala de máquinas, unos escalones y un amplio vestíbulo donde se movían algunos saurios. Por una ancha puerta de cristales salieron a un patio de estacionamiento parcialmente ocupado por automóviles, y por un sendero de grava cruzaron un extenso jardín con árboles, un estanque, flores y cuidados setos. El aire estaba en calma y se dejaba sentir el calor. El hiperplaneta era un mundo tropical sin cambio de estaciones.

Dejando atrás el parque les llevaron hacia un gran helicóptero que estaba posado sobre la hierba de un prado artificial regado continuamente por el sistema de aspersión. El helicóptero, de motor de turbina, puso en movimiento su rotor cuando el grupo se acercaba.

Ya bajo las palas del rotor, mientras esperaba turno de subir al aparato, Marek Aznar volvió la cabeza y contempló el edificio que acababan de abandonar. Vio una edificación más bien ancha y baja, de sólo tres plantas, con muros de ladrillo y grandes ventanales, rodeado de exóticas palmeras. La casa carecía de estilo, y tanto por su forma como por la ligereza de sus elementos parecía destinada a cumplir alguna función provisional, como las casas que construían los atolonitas, que era un mundo de frecuentes y violentos terremotos.

Ya todos en el helicóptero se acomodaron en dos filas de asientos a lo largo de las ventanillas. La escolta había quedado reducida a sólo dos guardias armados.

El aparato se elevó y al alejarse del edificio se vio que éste compartía con algunos más las delicias de un oasis en medio de un paraje de extrema aridez.

Aquí y allá, en un paisaje de fantasía, curiosamente parecido al desierto de Arizona, se elevaban las típicas “mesas”; moles prismáticas de granito con paredes cortadas a pico sobre una base de taludes formados de cascotes y arena.

Sólo cuando el helicóptero voló junto a una de estas moles advirtieron los pasajeros su enorme tamaño. Pero lo más sorprendente fue descubrir que no se trataba de “mesas” naturales, sino de colosales fortalezas de hormigón con aberturas por donde asomaban los cañones y las ojivas de los proyectiles cohete dispuestos para el lanzamiento en sus correspondientes rampas.

Casi simultáneamente descubrían las manchas blancas de numerosos caseríos desparramados en una enorme área, casi siempre en un barranco o en la margen de alguna quebrada por donde corría un arroyo o riachuelo. Al mismo tiempo veían, diseminados a distancias más o menos regulares, una serie de bunkers que adoptaban el color del desierto, y que parecían situados en el vértice de una trama formada por una vasta red de carreteras asfaltadas y caminos polvorientos. Los blancos pueblecitos, al parecer de casas de adobe, estaban invariablemente en uno de estos caminos.

Tan extraño, casi alucinante paisaje, dejó perplejos a los valeranos, hasta que Nuria Ross dio con la clave del misterio.

—¡Una ciudad subterránea!

Las ciudades subterráneas no eran nada nuevo en la historia de la humanidad. Hacía mucho tiempo se habían construido en los planetas terrícolas, en Nahum, en Atolón... Eran la respuesta lógica a la devastación producida por los bombardeos nucleares. En Katum su significado era claro; también los katumes habían vivido la amarga experiencia del poder destructor de las bombas atómicas. La desolación del paisaje, algunos leves vestigios de antiguas ruinas cubiertas de polvo, podían significar que allí mismo hubo otra ciudad en otro tiempo.

Ganando altura el helicóptero sobrevoló algunas de las fortalezas. Eran tan grandes que sobre su plataforma, generalmente plana, habría podido construirse un estadio con capacidad para más de 200.000 espectadores. Estas plataformas, sin embargo, se veían embarazadas por numerosos obstáculos, especialmente antenas parabólicas y rampas de lanzamiento de missiles, aunque todavía quedaba sitio para que sobre ellas pudiera posarse alguna aeronave gigantesca, como vieron en cierta ocasión.

El helicóptero se dirigía a una de estas elevadas “mesas” y descendió verticalmente sobre un helipuerto. En la plataforma, a quinientos o seiscientos metros de altura sobre el desierto, el viento era muy fuerte. Les llevaron hacia un bunker de hormigón. El recio alero del bunker daba sombra a una puerta de acero por la que entraron a una especie de frío vestíbulo. De éste partía un gran montacargas, siendo al mismo tiempo principio y fin de un amplio tramo de escaleras que se hundían en el corazón de la fortaleza. Aquí una nueva escolta se hizo cargo de los prisioneros. Cuatro saurios de uniforme verde les llevaron hasta el montacargas y éste se puso en marcha.

Estuvieron bastante tiempo en el montacargas, lo que les hizo pensar que no sólo descendían a lo largo de toda la altura de la fortaleza, sino más profundamente a través de la capa de roca que se extendía sobre la ciudad subterránea.

Finalmente se detuvo el montacargas. Salieron a un recinto y de éste pasaron por un túnel al andén de una estación de ferrocarril. En la estación esperaban al tren medio centenar de “monos” escoltados por una docena de guardias armados de largas porras. Los “monos”, hombres y mujeres, llevaban por toda ropa un taparrabos. Sus cuerpos estaban totalmente cubiertos de vello largo y suave, y tanto por su silueta encorvada, la deprimida frente y la prominente mandíbula, se veía que eran seres primitivos, en el difícil escalón intermedio entre el mono y el hombre.

Los saurios miraban con asombro a los valeranos, mientras los “monos” permanecían indiferentes. Esta falta de curiosidad ya era por sí sola un factor negativo en la conducta de los “monos”, que contrastaba con el interés de los saurios y daba a éstos una nota de superior valor intelectual.

Ya se acercaban tres o cuatro saurios a preguntar a la escolta de

los extranjeros cuándo llegó el tren que todos estaban esperando. En este punto sí dieron muestra los “monos” de poseer una inteligencia adiestrada. Cogieron herramientas y se dirigieron en tropel a tomar el último vagón del convoy.

Desde las ventanillas, los ocupantes de los otros vagones se asomaban a contemplar a los valeranos. Éstos eran empujados por la escolta hacia el mismo vagón donde estaban subiendo los “monos”. El profesor Castillo protestó:

—¡Oigan, a mí no pueden echarme a esa perrera como si fuera un animal!

—El último vagón es el reservado para los “monos” exclusivamente —observó Marek.

—¡Pero yo no soy un mono!

—Sí lo es, profesor. Al menos lo es para los saurios.

Castillo seguía rehusándose a andar, lo que provocó el malhumor de uno de los guardias. Castillo recibió un golpe de porra en la espalda, lo que le hizo enfurecer todavía más.

—¡Escucha, asqueroso reptil, no puedes tratarme a mí como si fuera una bestia! —rugió Castillo.

Un porrazo en la cabeza le hizo doblar las rodillas. Marek acudió a sostenerle y le metió casi en vilo dentro del vagón. Éste estaba únicamente ocupado por “monos” y guardias y olía muy mal. La escolta subió en último lugar, se cerraron las puertas y el tren se puso en marcha. Al borde del colapso, el profesor Castillo tenía los ojos llenos de lágrimas. No eran lágrimas de dolor, sino de indignación y humillación. Valera trataba de consolarle.

Si en el andén la presencia de los valeranos había pasado prácticamente inadvertida para los “monos”, en el vagón del “metro”, en más estrecho contacto, pareció despertar alguna curiosidad.

—Nos miran —dijo Nuria Ross—. Me gustaría tener el don de la telepatía para penetrar en sus mentes y saber lo que piensan de nosotros.

Marek tenía este don y lo puso en funciones en favor de la profesora de Sociología y Psicología. Descubrió que los “monos” a su alrededor sentían solamente una curiosidad relativa. De hecho, más que su piel blanca y lampiña, lo que llamaba la atención de los homínidas era la ropa de los extranjeros. Nunca se plantearon la

cuestión de si los valeranos eran seres como ellos. Mientras viajaban a gran velocidad los “monos” guardaban absoluto silencio.

¿Por qué este silencio si sabían hablar? La razón eran los guardias. Los “monos” les temían y respetaban, estaban totalmente sometidos a ellos, ¡hasta sentían por éstos cierto tipo de amor perruno!

—Siento decepcionarte —dijo Marek a Nuria—. Su mentalidad me parece muy rudimentaria. Son como perros sometidos a la voluntad del amo. El amo puede darles de comer o molerles a palos, con razón o sin ella, incluso disponer de su vida si esa es su voluntad. Pero el perro no siente odio contra su amo, al contrario, le ama. O sea, en cualquier grado de evolución que se encuentren estos primates, probablemente jamás progresarán. Para seguir evolucionando tendrían que sentir aborrecimiento contra el amo, un sentimiento de rebeldía y de justicia, una voluntad por mejorar su condición.

—No estoy de acuerdo contigo —rechazó la sociólogo—. No puedes comparar estos primates a los perros. ¿Has hablado telepáticamente con un perro alguna vez?

—No se puede hablar con un perro.

—¿Lo ves? Fidel sabe mucho más que tú de estas cosas y pudo dialogar con los “monos” trogloditas de la quebrada.

Marek guardó silencio. Aunque nada dijo le fastidiaba que Nuria le comparara con Adler Ban Aldrik. Sabía que en la comparación él saldría perdiendo todas las veces. Por cierto, ¿qué había sido de Fidel? ¿Por dónde andaba el maldito “bundo”?

Fidel Aznar, o sea, Adler Ban Aldrik, se encontraba en este momento oculto por una cortina, sólo dos pasos detrás del Faraón Togasi II.

Abandonando el edificio en compañía de Jumo, el tuma Beg Hon y Adler Ban Aldrik habían volado en un helicóptero sobre la ciudad hasta aterrizar en la plataforma de una fortaleza de hormigón, distinta de la que luego utilizaría el helicóptero que llevaba a Marek y el resto de la expedición. Antes, hacía mucho tiempo, allí hubo otra ciudad llamada Meygo. Éste era también el nombre de la nueva ciudad, sólo que, naturalmente, eran muy distintas una de otra.

Meygo, ciudad milenaria, había sido borrada del mapa en un bombardeo nuclear. Bajo las ruinas de la primitiva Meygo se

construyó la ciudad subterránea. Por dos veces la nueva Meygo fue puesta a prueba en otros tantos bombardeos nucleares. La ciudad resistió al ataque en ambas ocasiones, pero sus defensas sufrieron tan cuantiosos daños que tuvieron que ser reconstruidas y mejoradas después de cada guerra. Curiosamente el propio Jumo había participado en el último ataque a la ciudad.

—Meygo estaba muy bien defendida, pero finalmente cayó en nuestras manos, atacada desde dentro por sus propios habitantes.

Las palabras de Jumo despertaron la curiosidad de Adler Ban Aldrik. Éste supo entonces que el actual Faraón era relativamente moderno; sólo llevaba en el trono un tiempo equivalente a veinte años terrícolas. Los saurios tenían una larga vida, aproximadamente unos doscientos años terrícolas como media. Pero los faraones y los reyes, por lo general, vivían poco.

Adler Ban Aldrik recogió la irónica intención de Jumo y preguntó cuanto vivían los Sumos Sacerdotes.

—Más, bastante más —respondió Jumo riéndose para su interior.

Jumo, mezcla de talento científico y de intrigante, tenía el sano propósito de vivir muchos años.

Por lo que vino a saber el bartpurano, Katum era un país de dimensiones enormes, sometido a las continuas tensiones de un juego de ambiciones políticas. Otros países vecinos habían resuelto o estaban en camino de resolver sus problemas. Katum no.

Katum era el producto de la fusión de varios reinos en uno solo. Siendo uno de los más pequeños, Katum había logrado anexionarse otros estados, bien por vía diplomática, bien por la vía de la guerra. De hecho, Katum sólo tenía ascendencia sobre Sapaly y Saceto que en una ocasión u otra habían formado el Imperio Katume, y tenían un idioma, historia y cultura propios. Silvo y Bosko estaban en el mismo caso que Katum, reteniendo unas veces y concediendo la independencia otras a distintas regiones con una lengua común.

En la actualidad Katum estaba formado por nueve naciones distintas, cada una con su respectivo rey. Todos estos reyes, aunque disfrutando de una autonomía relativa, eran vasallos del Faraón, al que debían obediencia. En la práctica cada uno de los nueve reyes estaba conspirando continuamente. Los reyes tenían sus propios ejércitos, sus Fuerzas Aéreas y sus Flotas, con sus propios cuadros

de mandos. A veces dos reyes se aliaban para destruir a un tercero, y en alguna ocasión todos se unieron para derribar al Faraón y recobrar cada cual su independencia.

—Yo estaba con el joven príncipe Togasi, detrás de su silla, cuando la famosa Conjura de los Reyes. Estaba con él cuando atacamos esta ciudad —dijo Jumo.

Según relató Jumo, el joven príncipe era hermano del Faraón y uno de los varios aspirantes al trono de Katum. Los saurios, en tal que pertenecientes a la familia de los reptiles, eran ovíparos. Los huevos de los saurios hembra fecundados eran incubados y a veces ocurría que dos o más crías rompían su cascarón al mismo tiempo. Resultaba difícil decidir quién entre todos los descendientes del rey tenía más derechos a heredar el trono de su padre. Generalmente, salvo casos de preferencia muy definidos, el rey recurría al Sumo Sacerdote para que, inspirado por la sabiduría del dios Attman, interpretara las señales que indicarían a cuál de los hijos le correspondía reinar.

—Si el príncipe heredero es un niño, el Sumo Sacerdote puede señalar al elegido libre de presiones. Pero en ocasiones la ceremonia se demora, hay varios pretendientes adultos, y entonces el Sumo Sacerdote se ve sometido a grandes presiones. Unos quieren que reine el más idiota, otros el que goza de peor salud, y casi todo el mundo quiere hacer valer sus preferencias, incluido el propio Faraón. Se ha dado el caso, como ocurrió la última vez, de que un Sumo Sacerdote irresoluto optara por contentar a todos y decidiera que dos príncipes tenían simultáneamente la señal de Attman. El Faraón aceptó la solución y al morir dividió el Imperio. Las consecuencias fueron desastrosas, los dos faraones se arrojaron el uno contra el otro, y mientras peleaban entre sí, los reyes se sentaron alrededor de una mesa y decidieron no ayudar a los rivales, viendo en su debilidad la ocasión de desmembrar el Imperio y recobrar sus pérdidas independencias. Esa fue la Conjura de los Reyes. A fin de que no surgiera una nueva disputa entre ellos por quién ocuparía el trono de Katum, se pusieron de acuerdo en apoyar las pretensiones del príncipe Togasi. Así fue cómo, vencidos y muertos sus hermanos, Togasi accedió al trono de Katum.

—Pero el acuerdo fue que cada reino recobraría su independencia, o así es como lo entendí —apuntó Adler Ban Aldrik.

—En efecto, los reinos adquirieron su deseada independencia, pero no duró mucho. Katum había ejercido durante ocho siglos la hegemonía sobre las demás naciones, y esta prolongada influencia se hacía sentir de muchos modos. La religión katume, impuesta en algunos casos, había desplazado a los dioses locales. Por razones obvias, el Faraón había procurado que los obispos y altos dignatarios de su Iglesia le fueran afectados, y la mejor forma de asegurarse esta lealtad consistía en nombrar obispos katumes. Es cierto que también hay obispos sapalis, y sacetos, incluso boscos, pero en menor número y sólo para cubrir las apariencias, escogidos cuidadosamente entre los más imbéciles. En el Imperio katume el estudio y la investigación científica ha sido desde tiempo inmemorial exclusiva del sacerdocio. De aquí que toda la tecnología que utilizaban los demás países tuviera patente katume. Después de la división del Imperio cada rey y reyezuelo quiso tener su propia iglesia y su tecnología, pero ya se ha dicho que los obispos no katumes se habían escogido entre los más estúpidos, por lo tanto poco era lo que podían aportar al progreso de su reino. Por el contrario, los obispos katumes expulsados de esas naciones se replegaron sobre Katum. Mientras la tecnología retrocedía en las naciones del antiguo Imperio, la nuestra daba un decisivo paso adelante. Cada país tenía su propio ejército y su bomba atómica, pero los katumes teníamos los cerebros, los conocimientos y los centros de investigación. Por aquel tiempo los científicos katumes pusimos en marcha un proyecto que fructificó en el descubrimiento de los campos de fuerza gravitacionales. Ello permitió por primera vez colocar un reactor nuclear a bordo de una aeronave, lo cual dio a nuestras Fuerzas Aéreas una superior capacidad sobre las de todos los demás países. Gracias a nuestra superioridad en el aire pudimos rescatar las naciones emancipadas y reconstruir el Imperio.

—Sin embargo, por lo que he creído entender, todavía persiste la equivocada política de los reyes sometidos a la autoridad del Faraón. ¿Es que los reyes ya no conspiran contra la unidad del Imperio? —preguntó Adler Ban Aldrik.

Toda la conversación se desarrollaba, como era natural, a través de las facultades telepáticas de Adler Ban Aldrik. El bartpurano, atento a las ideas y reacciones que se producían en la mente del Jumo, vio ensombrecerse el ánimo de éste.

—Ciertamente, esa ha sido una política errónea que siempre desaconsejé al Faraón. Togasi debió haber tenido la audacia de desterrar a los reyes y someter al Imperio. Pero escarmentando en cabeza ajena, Togasi no quiso hacerlo. Antes los faraones de Katum ya habían intentado repetidas veces imponer su absolutismo. El resultado, en todos los casos, fue la rebelión de las nacionalidades. Ahora los reyes conspiran de nuevo, con un agravante. El Faraón está enfermo y la gravedad de su dolencia ha trascendido a las cancillerías de los reyes. Togasi padece un defecto congénito que le hace estéril; es decir, el Faraón tiene esposas, pero no hijos. Cuando él muera se suscitará una grave disputa entre sus hermanos por la sucesión al trono. A este respecto los nobles ya han tomado sus posiciones. Y también los reyes. Estos aprovecharán la debilidad del régimen para unir sus fuerzas y sublevarse.

—Bueno, ¿quién sabe? Tal vez podamos curar a Togasi de su dolencia —dijo Adler Ban Aldrik.

Jumo silenció el escepticismo que sentía. Agotados todos los recursos acudía al “mono” extranjero, aunque sin convicción alguna. Hombre culto, progresista hasta donde su condición le permitía, era víctima también de los prejuicios de casta. Incluso si el forastero demostrara ser un dios nunca dejaría de ser un “mono”, un inferior.

El helicóptero descendió sobre la plataforma de una de las fortalezas. Un lujoso ascensor llevó a Jumo y a Adler Ban Aldrik hasta las profundidades de la ciudad, hasta el palacio del Faraón. El enorme edificio, aislado del resto de la ciudad y rodeado de grandes medidas de seguridad, tenía su propio centro hospitalario y un moderno laboratorio, donde Jumo mostró a Adler Ban Aldrik las radiografías y el resultado de los análisis efectuados al Faraón.

Adler Ban Aldrik sabía que podía curar el tumor cerebral por el único sistema posible. La dificultad consistía en un desconocimiento de la anatomía de los saurios, el tejido celular y la estructura íntima de la célula misma.

El bartpurano pidió información a Jumo. Algunos doctores del centro médico acudieron atraídos por la curiosidad, mirando al mono entre sorprendidos y recelosos. Jumo, que era verdaderamente un competente médico-cirujano, hizo una descripción de la morfología de las células, que ilustró con

diapositivas a color, dibujos en el encerado y con la observación directa de algunos ejemplares a través del microscopio.

—Creo que puedo curar al Faraón —dijo Adler Ban Aldrik abandonando el microscopio.

—¿Lo crees? —preguntó el director del hospital—. El Faraón se niega rotundamente a ser trepanado.

—No necesita ser trepanado, aunque esa sería la solución más rápida. Otra solución consiste en disolver el tumor de modo que las células muertas sean arrastradas por el torrente sanguíneo y eliminadas por el riñón.

—No existe un fármaco que actúe localmente contra el tumor y destruya las células del mismo, sin atacar a su vez otras células del cerebro.

—No trepanaré, ni le administraré ningún fármaco, ni recurriré a las radiaciones.

—Tampoco le tocarás —advirtió otro de los doctores—. Ningún ser impuro puede tocar al Faraón.

—Si Adler Ban Aldrik necesita tocarle le tocará —dijo Jumo con energía.

—No pondré mis manos sobre su persona, no es necesario. Ni lo es que me vea. Lo único que necesito es estar lo suficientemente cerca de él para actuar psicocinéticamente sobre el tumor.

—Eso es curanderismo —espetó con desprecio el director del centro—. Eres un charlatán, aunque no el único.

Por lo que Adler Ban Aldrik entendió el desprecio del doctor no iba dirigido solamente contra él, sino también contra Jumo y sus conocidas prácticas curanderísticas. Todos los médicos eran sacerdotes de una complicada escala jerárquica, y el director del centro tenía la categoría de obispo. Éste envidiaba la posición privilegiada de Jumo y deseaba ocultamente arrebatársela la confianza del Faraón. En la corte de Togasi II la intriga y la traición estaban a la orden del día.

—Hemos perdido el tiempo —dijo el obispo—. Lo merecimos por dar crédito a un mono. ¿Cómo iba un mono a tener conocimientos superiores a los nuestros?

Los médicos se marcharon indignados.

—No les hagas caso —dijo Jumo.

Poco después Adler Ban Adler era introducido subrepticamente

en un salón donde el Faraón despachaba con sus secretarios asuntos relativos a los lejanos países que regían bajo su cetro. Detrás de un cortinaje, a espaldas del dorado trono, Adler Ban Aldrik estaba tan cerca de Togasi que casi habría podido tocarle con la mano. No estaba solo, junto a él se encontraba Jumo y al otro lado un coronel de la guardia personal del Faraón, le vigilaban sin quitarle ojo de encima. Los atentados contra la vida del Faraón eran tan frecuentes, que Jumo tuvo que vencer la tenaz resistencia del coronel para que les permitiera acercarse al trono.

Después de una hora, el Faraón dio por terminado el despacho y abandonó la sala. Jumo miró al bartpurano.

—Es suficiente por hoy —dijo Adler Ban Aldrik—. Pero será necesario repetir estas sesiones en los días sucesivos.

En el hiperplaneta el Sol brillaba continuamente en un día sin fin. Los katumes dividían el tiempo en jornadas. Respecto a los años se servían del movimiento de los planetas interiores al hiperplaneta para llevar cuenta de su tiempo.

Adler Ban Aldrik quería regresar con sus amigos, pero Jumo deseaba retenerle cerca. Tampoco se atrevía a introducir en palacio al grupo, de modo que se acordó que el bartpurano iría cada jornada a la Ciudad Prohibida para continuar sus sesiones de terapia hilioclástica.

—¿Cuántas jornadas necesitarás hasta disolver totalmente el tumor? —le preguntó Jumo.

—Diez, tal vez quince.

—O sea, el mismo tiempo que tardará vuestra aeronave en venir a buscaros —insinuó el astuto Jumo.

—Quiero serte sincero, Jumo. Tengo que asegurarme de que al menos vivirá hasta que regrese nuestra aeronave. Bien entendido que si algo les ocurre a alguno de mis compañeros, cesaré de inmediato de atender a tu Faraón y éste morirá.

El Sumo Sacerdote quedó profundamente impresionado.

CAPÍTULO X

Nos tardaron los saurios en descubrir que los telepáticos no pudiendo explicar de una manera lógica esta diferencia entre unos y otros, Adler Ban Aldrik remitió a los oficiales del Servicio de Inteligencia al Sumo Sacerdote para que éste les aclarara el misterio. Jumo no podía hacerlo sin volver sobre la historia del espacio exterior, lo cual significaría desmentir las afirmaciones de los exégetas respecto de la interpretación del Libro Sagrado, e incurrir por lo tanto en blasfemia.

Jumo habló privadamente del asunto al Faraón, el cual se mostró enormemente interesado por el mundo de los extranjeros, hasta el punto de desear charlar personalmente con Adler Ban Aldrik. O sea, que siendo la encarnación de Attman en carne mortal, el propio Togasi era el primer incrédulo respecto a su divinidad. El bartpurano fue presentado al Faraón en secreto. Togasi no sintió en ningún momento repugnancia por la presencia del “mono” lampiño, y escuchó con enorme curiosidad las sorprendentes revelaciones de éste.

Togasi era, naturalmente, un saurio lo bastante culto e inteligente para admitir como cierto lo que ciegamente rechazaba la propia religión que él mismo divinizaba. Tan buena fue la acogida que dispensó al “mono”, que Jumo se atrevió a revelarle la cura de su dolencia que, sin saberlo él, estaba realizando el “bundo”.

Irónicamente el Faraón preguntó a Jumo si no era excesivo pasarse de la Ciencia pura a la brujería.

—No es brujería, señor —rebatió Adler Ban Aldrik—. Todo es real y está científicamente demostrado, aunque las explicaciones parezcan pertenecer al campo de la fantasía. El ser humano rechaza sistemáticamente aquello que desconoce y teme. Temió y adoró el fuego, el rayo, el sol y las estrellas. Temió a la electricidad, a la

desintegración del átomo y a la muerte, hasta que todo ello pudo ser comprendido y explicado. La mente posee un poder enorme, todavía no utilizado. Ese poder se puede desarrollar como los músculos. De hecho ha venido desarrollándose desde que éramos saurios y monos en el remoto origen de las especies, y ha evolucionado incesantemente hasta hoy. Mis facultades parapsíquicas no son fruto de un día, sino que arrancan de un lejano pasado y han venido transmitiéndose de generación en generación durante millones de años, hasta llegar a mí. En un tiempo futuro la telepatía será el lenguaje común de expresión entre los saurios, como ya lo fue entre los bartpuranos y lo es actualmente entre los tapos del circumplaneta Atolón. En raras ocasiones, por una alteración congénita, nace un individuo superdotado. Son, por decirlo de algún modo, seres nacidos fuera de su tiempo. Tienen y tuvieron facultades incomprensibles que despertaron el recelo y el temor entre la gente ignorante de su generación. Les llamaban brujos y solían quemarlos en las hogueras.

El Faraón quedó tan profundamente impresionado que hizo prometer al “bundo” que continuarían charlando otro día.

Durante una semana Adler Ban Aldrik siguió visitando el Palacio. Cada día le acompañaba Beg Hon para recibir una transfusión de sangre. La sangre de los saurios katumes era perfectamente compatible con la del tuma. Pese a los intensivos cuidados que recibía el estado de Beg Hon era peor de día en día.

Mientras tanto, el resto del grupo expedicionario permanecía en su alojamiento privado en el mismo edificio sede del Mando Estratégico, que era como el Almirantazgo en el planetillo Valera. Esta planta del edificio era poco frecuentada y en su “suite” los valeranos disfrutaban de aire acondicionado, de una habitación con cuarto de baño individual, de un comedor en común y una sala de estar con televisión, ¡hasta servidumbre!

Los criados eran, naturalmente, “monos” domesticados.

Cada jornada, a la misma hora, tres o cuatro oficiales del Servicio de Inteligencia, en ocasiones algún general, acudían a los aposentos de los valeranos con cartapacios y libros de notas. En la sala de estar, en un ambiente grato que convidaba a la relajación y a la confidencia, los saurios interrogaban a Adler Ban Aldrik, a Marek y al sargento Eced. El interrogatorio tenía que hacerse

forzosamente con la buena voluntad de los interrogados a través de las facultades telepáticas de éstos. También interrogaron a Beg Hon, interesándose por la situación geográfica y el estado de desarrollo técnico del Imperio Tumma. Después de una semana Beg Hon, con vómitos repetidos, tuvo que ser ingresado de urgencia en el Hospital. Su estado era preocupante.

Si bien en un principio Marek se mostraba receloso, no tardó en descubrir que durante estos interrogatorios él iba conociendo tantos datos de los katumes como éstos acerca de Valera. Los oficiales katumes hablaban como todo el mundo; es decir, evocando mentalmente una imagen o un recuerdo, y expresándolo a continuación de palabra. También con las respuestas de los tapos establecían comparaciones entre los medios técnicos valeranos y los suyos propios, y de esta sencilla manera Marek iba acumulando gran cantidad de información.

Por ejemplo, una de las primeras preguntas que le hicieron los katumes fue si los valeranos conocían los rayos desintegradores de materia, los demoledores “Rayos Z” que ya desde antiguo utilizaban como arma los terrícolas, los nahumitas y los valeranos. Marek dijo que sí, y cuando dijo el alcance efectivo de sus rayos los katumes involuntariamente establecieron una comparación con los suyos, cuyo alcance era muy inferior. Así supo Marek que los “Rayos Z” katumes eran de invención relativamente reciente, y que esta arma equipaba a las Fuerzas Aéreas y constituía, junto con los missiles autodirigidos, la principal defensa antiaérea de la ciudad.

Respecto a si los valeranos conocían algún modo de defenderse de los rayos desintegradores, la respuesta de Marek fue concluyente.

—Sólo existe un metal resistente a los rayos desintegradores, la “dedona”. Esa es la materia que forma la mayor parte de Valera. Nosotros construimos de “dedona” los cascos de nuestras aeronaves. Pero sólo existe en estado natural en Valera, y es muy costoso obtenerla por transmutación atómica.

Los katumes querían saber si los prisioneros, con sus conocimientos, serían capaces de fabricar “dedona” sintéticamente.

—No poseemos los conocimientos técnicos suficientes —fue la respuesta de Marek.

Ésta no era la estricta verdad. Adler Ban Aldrik poseía los conocimientos necesarios para construir los medios técnicos

necesarios para efectuar la transmutación atómica. Y los altos oficiales katumes lo sospechaban y empezaron a considerar seriamente la posibilidad de obtener mayor información mediante la tortura.

Apenas este pensamiento surgió de la mente de los katumes fue captado por Marek y Fidel. Este último se lo dijo a Jumo en el curso de la acostumbrada sesión de terapia. El Sumo Sacerdote también estimaba sumamente interesante la posibilidad de conseguir “dedona”.

—Si conoces la técnica debes decirla —aconsejó.

—Estás loco —rechazó Adler Ban Aldrik con energía—. El costo de un solo kilo de “dedona”, obtenido con vuestros medios, resultaría a un precio prohibitivo. ¡Vuestro Imperio se arruinaría!

—No, porque una vez tuviéramos los medios utilizaríamos la transmutación para fabricar oro. Con el oro obtenido financiaríamos el elevado costo de la obtención de la “dedona”.

—El precio del oro está en función de su escasez. Si el oro fuera tan abundante como el plomo, y el plomo tan escaso como el oro, lo que tendría valor sería el plomo y no el oro. Supón que tienes la deseada máquina y empiezas a fabricar oro hasta inundar el mercado. Automáticamente bajaría el valor del oro. Y su valor sería menor cuanto más oro fabricaras. El derrumbamiento del patrón oro acarrearía una crisis económica que Katum no está en condiciones de protagonizar.

—Correríamos ese riesgo —dijo Jumo sombríamente.

Ese mismo día se hizo una radiografía del cráneo de Togasi. Se advertía claramente que el tumor había disminuido hasta la mitad del tamaño que tenía comparando las radiografías anteriores.

—¿Es cierto entonces que puedo curarme? —exclamó Togasi. Y en una explosión de alegría—. ¡Me voy a curar! Eres un tipo extraordinario, Adler Ban Aldrik, un mago de la Ciencia. Puedes pedirme la recompensa que quieras, con tal que no sea abandonarme antes de estar totalmente curado.

—No hay nada que puedas ofrecerme y yo no tenga, señor. Pero puedes impedir que se cometa un atropello. Tus oficiales del Servicio de Inteligencia no se cansan de interrogarnos. Han descubierto que existe un proceso para fabricar “dedona”, ese metal que posee propiedades antimagnéticas y es también la única

defensa posible a la acción de los rayos desintegradores. En sus mentes hemos descubierto la secreta intención de someternos a tortura para arrancarnos la información que precisan. Debo advertirte que por ese procedimiento no conseguiréis nada. Mis compañeros, por supuesto, no poseen los conocimientos científicos necesarios. Yo podría hacerlo, pero no quiero. Si me lleváis al banco de tortura bloquearé mi mente y mi cuerpo será insensible al dolor físico, al hambre o la sed. Y si extremáis vuestra insistencia hasta el punto que no pueda resistirlo, me autodestruiré. Puedo hacerlo.

La imagen que Fidel transmitía a la mente del Faraón era la de su propio cuerpo cubierto de heridas, frío, inerte y como sin vida, tendido desnudo sobre una mesa. En tal caso, Adler Ban Aldrik yacería en un sueño cataléptico que podía durar semanas y meses.

—Nuestra aeronave llegará antes —añadió el bartpurano.

—La aeronave no sabrá que estáis aquí —dijo Jumo.

—Olvidas que a bordo de esa aeronave hay hombres que pueden recibir el mensaje telepático que nosotros enviemos. No tenemos necesidad de la radio para indicarles donde estamos y cual es nuestra situación.

—Ya hablaremos de eso en otra ocasión —cortó el Faraón.

Temía enojar al bartpurano y que éste, en represalia, interrumpiera su prodigiosa cura.

Al regresar a su alojamiento Adler Ban Aldrik relató lo ocurrido, incluyendo la reacción del Faraón.

—O sea que el problema sólo se aplaza, no se ha resuelto. Si no vienen pronto a buscarnos de Valera esos bestias acabarán por llevarnos a la cámara de tortura —dijo el profesor Valera.

—No será a ti ni a mí a quien lleven, sino a él —señaló Nuria.

La servidumbre de los valeranos estaba formada por cuatro “monos” y tres “monas”. En su tiempo libre Adler Ban Aldrik solía entablar conversación telepática con los desdichados. El “bundo” tenía en mente inseminar a las “monas” con esperma procedente de Marek. Últimamente Marek mantenía relaciones sexuales habituales con Nuria Ross. La elección parecía justificada hasta cierto punto, pero Marek se opuso.

—No me agradaría la idea de que en alguna parte de este planeta vivía un pequeño homínida hijo mío.

—No sería un homínida cualquiera, Marek. En su fisonomía y en

su inteligencia habría rastros tuyos. ¡Podría ser el escalón definitivo que han de superar los “monos” para alcanzar el nivel humano!

—No me dores la píldora, abuelo. Humano o no sería un “mono”, es decir, una criatura infeliz, ¡un esclavo! Probablemente por su superior inteligencia su vida sería más desgraciada que la de todos los demás. ¡Ea, no!

Nunca se volvió a discutir este asunto. Pero de alguna forma el “bundo” se las arregló para inseminar a las dos jóvenes “monas”. Probablemente nunca llegaría a conocer el resultado de su experimento. Habían transcurrido diez días terrícolas y la aeronave de socorro podía llegar en cualquier momento a partir de ahora. Adler Ban Aldrik retardaba de exprofeso la curación del Faraón; sabía que estarían seguros hasta en tanto la salud de Togasi dependiera de él.

El curso de los acontecimientos pudieron cambiar aquel mismo día. Togasi II sufrió un atentado. Un guardia de su propia escolta le disparó un tiro en los corredores de Palacio. Otro guardia dio la voz de aviso y cubrió con su cuerpo al Faraón, recibiendo el balazo destinado a éste. El coronel de la guardia, Erto, disparó varios tiros contra el magnicida y le dejó muerto allí mismo.

Sin embargo, el hecho no trascendió al público. Adler Ban Aldrik fue llamado a Palacio por el Faraón, el cual le dijo:

—Sé que hay otros traidores a mí alrededor además del que intentó asesinarme. Te ruego que utilices tus facultades para desenmascararlos. Haré que desfilen por el Salón del Trono todos los gendarmes de mi guardia, sus oficiales y los mayordomos y la servidumbre. Tú puedes escudriñar sus pensamientos, por lo tanto no te será difícil descubrir al traidor.

Adler Ban Aldrik se mostró reacio. No quería que por su culpa se decapitara a nadie. La decapitación era el sistema comúnmente empleado en Katum para ajusticiar a los reos de muerte.

—Valerano, ¿sabes que habría sido de ti y tus amigos si esa bala me hubiese matado? —exclamó el Faraón, por primera vez enfadado con el bartpurano—. Los militares quieren poder fabricar ese metal llamado “dedona” para construir con él nuestras aeronaves; Jumo piensa en fabricar montañas de oro por transmutación molecular; el Servicio de Inteligencia sospecha que guardáis el secreto de algún arma más accesible que la “dedona”, y

el obispo Milos propaga por la Corte que me dominas hipnóticamente y constituyes un serio peligro para nuestra Iglesia. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que todos desean torturarnos. Pero ya os lo dije, nada obtendréis de mí por la tortura.

—Eso es lo que tú dices, pero hasta comprobar si es verdad podrían hasta matarte. ¡Sé lo que vas a decirme! Vuestra aeronave llegará de un momento a otro y nos castigará por el mal trato que recibisteis. Esa aeronave puede o no que venga, y también puede ocurrir que cuando llegue no quede con vida ninguno de vosotros para contar telepáticamente lo que sucedió. Descúbreme a los traidores y te hago una promesa. Si regresa tu aeronave y me has curado, podrás marcharte libremente, tú y todos tus amigos.

Aunque con repugnancia, Adler Ban Aldrik accedió. La primera tanda de gendarmes de la guardia se alineó en el salón del trono, el coronel Erto al frente de ella. Erto era el traidor. Con él estaban comprometidos dos oficiales más de la guardia. La conspiración estaba financiada por el oro de Namodo, rey de Sapaly. Namodo había abandonado la ciudad horas antes de producirse el atentado, pero también estaban ausentes de Meygo los reyes de Saceto y Doria.

Cuando Adler Ban Aldrik regresaba a su alojamiento, el túnel por donde circulaba el automóvil eléctrico de la escolta empezó a temblar. Simultáneamente se ponían a aullar las sirenas de la ciudad subterránea. ¡Meygo estaba siendo atacada con bombas nucleares!

El ataque fue tan breve que ya había terminado cuando Adler Ban Aldrik llegó al alojamiento y se reunió con sus amigos. Éstos estaban reunidos en torno al receptor de televisión, el cual difundía música militar. Hasta casi una hora después no dieron el primer boletín de noticias.

Los valeranos estaban aprendiendo rápidamente el idioma katume, pero sus conocimientos no alcanzaban a seguir una conversación. Por lo tanto, no pudiendo actuar telepáticamente sobre el locutor, se quedaron sin saber lo ocurrido. Nuria Ross expuso su opinión:

—Los reyes esperaban que el Faraón falleciera y se planteara la cuestión dinástica para atacar colectivamente Katum, ¿no es cierto?

Pero supongamos que ha corrido la voz de que Togasi está sanando rápidamente gracias a los cuidados de un doctor extranjero. Los reyes podrían sentirse desanimados y decidir a atacar antes de que la excelente salud del Faraón trascendiera al pueblo llano.

La teoría de la sociólogo no era descabellada. Lo ocurrido no pudo saberse hasta que a la “mañana” siguiente vinieron los inevitables saurios del Servicio de Inteligencia para su inevitable interrogatorio. El Servicio de Inteligencia debía estar muy ocupado, sólo acudieron el mariscal Pert y dos oficiales de inferior graduación, más bien una escolta de acompañamiento.

El mariscal estaba disgustado y preocupado. Confirmó el bombardeo atómico, llevado a cabo por aeronaves que daban la contraseña electrónica de las Fuerzas Aéreas de Katum, y por lo tanto realizado al amparo de la sorpresa. Las aeronaves dejaron caer una docena de ingenios nucleares y a su vez sucumbieron bajo los rayos desintegradores de las defensas de la ciudad. Meygo, la capital imperial, podía considerarse momentáneamente a salvo. Lo peor no era esto, sino que los reyes se habían alzado en rebeldía contra el Faraón, atacando simultáneamente otras ciudades katumes.

Las ciudades subterráneas del estilo de Meygo eran muy costosas y representaban la excepción más bien que la generalidad. Un setenta por ciento de la población katume, la industria y la agricultura se encontraban al aire libre. Llegaban noticias desalentadoras del resto del Imperio.

—Necesitamos urgentemente un arma decisiva que oponer a los enemigos del Imperio —dijo el mariscal—. Vosotros tenéis esa arma, estamos seguros de ello.

—Ningún arma de nueva factura podría fabricarse con tiempo para salvar el Imperio —respondió Adler Ban Aldrik—. Máxime, cuando vuestra industria está siendo atacada y destruida por el enemigo.

El mariscal se marchó colérico y Adler Ban Aldrik se preparó para acudir a su diaria cita con el Faraón. Pero la escolta no fue a buscarle esta vez. Llegaron los criados “monos” como todas las jornadas. Marek les utilizó como caja de resonancia para interpretar las noticias que difundían los boletines de la televisión.

Por razones obvias, la televisión no daba las noticias al mismo

ritmo que éstas se producían, ni las que facilitaba eran del todo fiables. La guerra, por esto y por las dificultades de interpretación, era un hecho que parecía estar produciéndose en un planeta distinto. Pero Meygo estaba en el centro de la conflagración y no iba a correr distinta suerte que las otras ciudades del Imperio.

Aunque Katum se reservaba para su propia defensa unos efectivos iguales a las de todos los demás reinos juntos, no era previsible que resistiera al asalto colectivo de sus enemigos. En cierta manera Katum era un país parásito dependiente de la industria, la agricultura, el petróleo y las materias primas del resto del Imperio. Era un estado moderno en la era del consumismo, con una estructura política y económica de corte feudal, basada en la explotación anárquica de sus recursos por la muchedumbre de esclavos.

¿Qué estaba ocurriendo ahora con los esclavos? Las bombas que no ocasionaron víctimas en la ciudad subterránea habían aniquilado las aldeas y los pueblos de barracas de la superficie, donde habitaba un millón de “monos”. ¡Triste destino el de estos pobres infelices, que eran siempre los primeros en pagar las consecuencias de una guerra, y los últimos en recobrase de sus secuelas de hambre y miseria!

Pasaron otras 30 horas, una jornada. Los interrogadores faltaron por primera vez en diez días y la escolta llegó puntualmente para conducir a Adler Ban Aldrik a Palacio.

Le llevaron directamente al salón del trono, a presencia de Togasi. Éste hizo que le dejaran sólo con el extranjero.

—¿Es verdad que esperáis la llegada de una aeronave? ¿Cuándo vendrá? —preguntó el Faraón sin más preámbulo.

Adler Ban Aldrik leyó la intención en el pensamiento de Togasi. Por si le quedara alguna duda llegó en este momento Jumo haciendo revolotear su negra sotana con cenefa de oro.

—El Faraón quiere saber si realmente va a venir esa aeronave con la que tantas veces nos has amenazado y, en caso que llegara, si te comprometerías a sacarle del país.

—La aeronave llegará. ¿A dónde tenéis pensado huir?

—No importa el lugar, con tal que estemos a salvo de los asesinos a sueldo de los reyes. Tal vez a Tumma, el país de vuestro amigo saurio. Por cierto, Beg Hon se encuentra en grave estado, no

dudará ni dos jornadas más, a pesar de que le estamos haciendo dos transfusiones de sangre diarias —dijo Jumo.

—Ni pienses en Beg Hon como valedor nuestro, él escapó de su patria y es buscado como traidor. Su traición consistió en salvarnos de morir asesinados.

—Bien, el hiperplaneta es muy grande, encontraremos un lugar donde ir —dijo impaciente el Faraón—. ¿A cuántos más podrás llevar en tu aeronave?

—El número no tiene importancia. Supongo que no os acompañará mucha gente, ese es el sino de los reyes cuando son destronados. Antes de regresar a Valera nuestra aeronave os depositará en el lugar que vosotros escojáis. Lo importante es que la ciudad resista unas jornadas más.

—¿Quieres aplicarme otra sesión de terapia mientras despacho con mis generales? Tengo muchos asuntos que atender.

Adler Ban Aldrik fue a ocultarse en el lugar que generalmente utilizaba, detrás del cortinaje a espaldas del Faraón. Concentrando su mente sobre el tumor cerebral de Togasi el bartpurano no podía contactar a la vez con la mente de los generales que estaban reunidos con Togasi. Finalmente, abandonó la cura por hiloclastia y se dedicó a interpretar telepáticamente lo que se hablaba en el salón.

Los generales y mariscales eran portadores de malas noticias.

Como en toda guerra moderna los primeros choques se registraban en el aire. Durante dos jornadas las fuerzas aéreas de ambos bandos libraban duros combates por lograr la supremacía. En esta disputa, lamentablemente, la aviación de Katum había llevado la peor parte. Es decir, la jactancia de los aviadores katumes, que alardeaban de ser los mejores del mundo, había sido humillada.

Sin aviación que oponer a la del enemigo, todo el reino, incluida la capital imperial, sería fácil presa de los escuadrones de gran bombardeo de los aliados. También alardeaba Meygo de ser una fortaleza inexpugnable. ¿Pero hasta dónde podía llegar la resistencia de una ciudad que no esperaba recibir auxilios del exterior? Incluso sin atacar directamente a Meygo, tomando las otras ciudades del reino, Meygo caería por sí sola como fruta madura. De momento los bombardeos aliados estaban ya atacando las ciudades mal defendidas de la periferia.

En contacto telepático con el pensamiento de los generales y los mariscales, Adler descubrió en sus mentes una idea que parecía abundar entre ellos. Todos daban por perdida la guerra. Algunos incluso pensaban que lo mejor hubiera sido que el Faraón abandonara la ciudad exiliándose voluntariamente antes que se consumara el desastre. Ninguno lo declaró por temor a aparecer como traidor. Las susceptibilidades estaban a flor de piel aquel día entre los personajes palaciegos.

Después de su sesión de terapia, que no llevó a cabo, Adler Ban Aldrik fue con Jumo a visitar a Beg Hon en el centro médico. Al cabo de dos jornadas el bartpurano lo encontró alarmantemente desmejorado.

Reducido casi al esqueleto, el tuma presentaba grandes manchas en la dura piel del pecho y el vientre, donde la carne muerta se caía a pedazos. Milagrosamente consciente, aunque no podía hablar por su extrema debilidad, el “bundo” captó su pensamiento telepáticamente:

“Voy a morir, mi buen amigo. Ni siquiera tu misteriosa ciencia podrá salvarme esta vez. Esto es el fin” —le decía el tuma.

—No desanimes, Beg Hon, amigo mío —le dijo el bartpurano tomándole una mano—. No te des por vencido, sólo es cuestión de que resistas hasta que llegue nuestro crucero sideral y nos envíen una Karendón Traslator. Bastará que llegues hasta la cámara con el último soplo de vida para que te salvemos. Serás desmaterializado y reencarnarás en el Beg Hon que eras en el momento de emprender esta desafortunada expedición, joven, fuerte y lleno de vida.

Beg Hon perdió la conciencia. Jumo preguntó:

—¿Cómo esperas salvar a un hombre que ha sufrido la destrucción casi total de sus células en una descarga de radiación mortal?

—Tú no lo sabes todo respecto a nosotros, Jumo —respondió Adler Ban Aldrik—. Sólo te pido que pongas cuanto esté de tu mano para prolongar la vida de Beg Hon unas horas. ¡Sólo unas horas más hasta que llegue nuestra aeronave! El resto lo haremos nosotros.

—Por cierto, ¿cómo sabrás que tu aeronave ha regresado?

Adler Ban Aldrik tenía conciencia de las dificultades para contactar telepáticamente con Tuanko. Tal vez ni siquiera viniera Tuanko, aunque de seguro enviarían un tapo en la expedición de

socorro. Pero desde que la aeronave irrumpiera en el interior del hiperplaneta, hasta pasar a velocidad sub-lumínica y funcionara el sistema automático que restituiría a la tripulación, pasarían unas horas preciosas. Sería preferible que ellos supieran inmediatamente que la aeronave estaba de regreso, y para este fin lo mejor era contar con una estación de radio potente. La aeronave emitiría sus señales de identificación desde el primer momento, antes incluso de que regresara la tripulación.

Los katumes tenían emisoras potentes, alguna de éstas funcionando en el edificio sede del Mando Estratégico, donde tenían su alojamiento los prisioneros. Jumo puso en marcha su influencia personal para que los valeranos tuvieran acceso a una emisora, lo cual consiguió poniendo por medio poderosas “razones de estado”.

De regreso en el alojamiento, con una carta de presentación para el jefe de comunicaciones del centro emisor, Adler Ban Aldrik llamó a Marek y al sargento Eced y les expuso su plan. Éste consistiría en permanecer constantemente a la escucha en la longitud de onda de las aeronaves de la Armada Sideral Valerana, turnándose los tres.

Uno de los dos saurios que permanentemente montaban guardia en la puerta del apartamento les acompañó hasta uno de los pisos superiores del edificio. Éste era un hervidero de actividad, con altos oficiales andando de un lado para otro, y ordenanzas y escribas llevando papeles de una a otra oficina. La orden que traían de Palacio sorprendió al jefe de comunicaciones, pero no opuso resistencia.

Una hora más tarde Marek estaba sentado ante el control de una cabina insonorizada, con los auriculares puestos, escuchando mientras movía lentamente el dial en la zona de frecuencia de los aparatos de la Armada Valerana. La espera podía ser larga y Adler Ban Aldrik regresó con Eced al apartamento.

Doce horas más tarde las defensas antiaéreas de Meygo entraban en acción contra una nube de missiles dirigidos que caían sobre la ciudad desde una altura considerable. Los proyectiles, hechos estallar en el aire, arrojaban oleadas de intenso calor y radiaciones mortales sobre la ciudad. Los que deflagraron a menor altura causaron daños en las antenas parabólicas del radar, mermando la capacidad operativa de las baterías de rayos desintegradores.

El bombardeo continuó con algunas pausas, y aunque ninguno

de los proyectiles estalló a menos de 20 kilómetros de altura, la onda expansiva produjo nuevos daños en el sistema de dirección de tiro por radar.

De nuevo hubo un período de calma, hasta que horas más tarde el enemigo atacó de nuevo, simultáneamente con proyectiles dirigidos y aeronaves de gran bombardeo. Las defensas, ya mermadas en su capacidad de autodirigirse, tenían que acudir simultáneamente a destruir los bombarderos y detener los missiles a distancia. Algunas bombas estallaron a menos de mil metros de altura, causando un gran destrozo en las antenas de radar, en las plataformas de lanzamiento y en las mismas baterías de proyectores de rayos “Z”. En ese momento voló también la antena de la emisora de radio, que permaneció dos horas en silencio hasta que se pudo reparar la avería.

Marek volvía a estar ante el control en ese momento, y su ansiedad fue recompensada por unos lentos “bip bip” de la contraseña modulada de un crucero sideral. A continuación escuchó una voz clara anunciando:

—Aquí el crucero sideral “Coimbra”. Atención, “Coimbra” llamando a Marek. Repito; crucero sideral “Coimbra” llamando a Marek. Hable Marek, escucho.

—Aquí Marek. Marek a crucero sideral “Coimbra”. ¿Quién está al micrófono?

—Atención, Marek. El Contralmirante Tuanko al habla.

Casi enseguida se escuchó la voz jubilosa de Tuanko Aznar:

—Atención, Marek. Soy Tuanko. ¿Estáis todos vivos? Cambio.

Poco después Marek utilizaba el teléfono para llamar al apartamento y dar la buena nueva a Adler Ban Aldrik:

—Tuanko está de regreso. He hablado con él y ya viene hacia aquí. Necesita conocer exactamente las coordenadas de la ciudad. Le he dicho que venga hacia donde vea deflagrar las explosiones nucleares y nos encontrará. Parece ser que en este momento somos el blanco de todas las bombas que hay en esta parte del hiperplaneta. Tuanko quiere saber también donde dirigir la cápsula portadora KT. Tardará unas cinco horas en llegar.

Adler Ban Aldrik se hizo conducir a Palacio. Mientras viajaba en el automóvil de la escolta sentía temblar las paredes y la bóveda del túnel. Balanceaban los focos eléctricos y se desprendían piedras y

polvo de la bóveda. Las bombas estaban llegando directamente a las defensas de la ciudad.

Una vez en Palacio se dirigió al centro hospitalario, donde halló a Jumo presenciando como se hacía una nueva transfusión de sangre a Beg Hon. El tuma seguía inconsciente.

—Nuestra aeronave está aquí —dijo el bartpurano—. Enviaré una pequeña aeronave para recogernos. ¿Hay algún lugar a cubierto de las bombas a donde pueda llegar un aparato de siete metros de alto y veinte metros de largo?

Jumo dijo que había un hangar para aeronaves en la base de la fortaleza directamente sobre el edificio.

—Ese lugar es bueno. Que estén preparados para dentro de cuatro horas todos los que han de venir en la aeronave. Habrá mucha radioactividad en el ambiente, por lo tanto es preferible que todos se provean de trajes contra la contaminación. ¿Podéis devolvernos nuestras armaduras de cristal?

Jumo dudaba que en el caos reinante fuera posible dar con el paradero de las armaduras, pero lo intentaría. En todo caso se ocuparía de que los valeranos recibieran un traje anticontaminación con escafandra y botellas de oxígeno.

—Hay que señalar adecuadamente la fortaleza para que la cápsula pueda identificarla —apuntó Adler Ban Aldrik—. Por ejemplo hacer arder una gran cantidad de petróleo en sus proximidades para que produzca mucho humo.

Jumo llamó al coronel de la guardia personal del Faraón y le dio instrucciones en presencia del bartpurano. Éste regresó al edificio del Mando Estratégico, donde todo el mundo iba de un lado a otro como si nadie se dirigiera a ninguna parte en concreto. El caos llegaba hasta los despachos de los altos mandos, donde había penetrado el virus de un sentimiento de derrota.

Siempre seguido de un guardia de escolta, el bartpurano subió hasta la emisora para instruir a Tuanko acerca de los detalles relativos al aterrizaje de la cápsula KT.

Las últimas cuatro horas parecían interminables, con las bombas cayendo directamente sobre la ciudad. Tuanko ya había localizado la ciudad y dirigía hacia ella la cápsula KT. Hasta el cuarto de la emisora trajeron un traje de amianto anticontaminante con escafandra y botella de oxígeno. Hasta el último momento

permaneció Marek ante la emisora. La cápsula estaba aterrizando. A dos mil kilómetros de altura sobre la vertical de Meygo, el crucero sideral tendía con sus rayos de “luz sólida” una sombrilla protectora contra la que se estrellaban los proyectiles del enemigo. En este momento no había aeronaves del bombardeo a la vista.

Los compañeros ya estaban esperándoles cuando Marek descendió al apartamento. Una camioneta eléctrica, precedida de un automóvil de la gendarmería con sirena, les condujo a Palacio por un túnel lleno de saurios excitados, agitando pancartas y blandiendo palos. El pánico y la desmoralización cundían en la ciudad subterránea y los fieles vasallos de Togasi exigían la abdicación de éste y la rendición sin condiciones.

Por contraste con los tumultos de la ciudad, el palacio aparecía silencioso y casi desierto. El Faraón esperaba con sus mujeres y sus hermanas. A la hora de la verdad se veía desasistido de toda ayuda. Con Jumo y el coronel de la guardia, en total eran ocho personas. Jumo había hecho traer a Beg Hon, que aparecía tendido en una camilla vestido con un traje de amianto y escafandra, pero ni siquiera quedaban camilleros ni gendarmes para ayudar en su traslado. Marek, y el profesor Castillo levantaron la camilla y siguieron al grupo hasta un ascensor. Las tres esposas y las dos hermanas de Togasi, éste y el coronel de la guardia llevaban cada uno una pesada maleta. Se suponía que todo su equipaje eran las joyas y el oro que pudieron sacar de la cámara del tesoro real, pero los valerosos no hicieron objeciones.

El ascensor, de uso reservado para un caso de emergencia, les llevó directamente al espacioso hangar de la base de la fortaleza de hormigón. En el hangar había una aeronave de gran porte. Sólo quedaban allí dos soldados de servicio que accionaron el dispositivo eléctrico que descorrió las pesadas puertas de hormigón armado del hangar. Al abrirse las puertas vieron la cápsula portadora KT posada en el suelo. La cápsula se deslizó a ras del piso y entró en el hangar. Inmediatamente se abrió la proa cónica del aparato y cayó hacia afuera el portón levadizo.

Jumo y el coronel miraban con desconfianza la pequeña cápsula.

—¿No hubiera sido mejor que el crucero descendiera para recogernos? —dijo Jumo—. Es muy pequeña, apenas vamos a caber. Y la pueden derribar mientras viajamos en ella.

—No temas, aunque la derribaran tú ya no estarás en ella. No perdamos tiempo, subid —dijo Adler Ban Aldrik.

La camilla de Beg Hon fue introducida en primer lugar. Detrás subieron todos los demás. El portón se levantó y cerró automáticamente, obedeciendo las órdenes recibidas por control remoto desde el crucero sideral. En el interior de la cámara quedaron sumidos en la oscuridad. Se escuchaba un sordo zumbido. De pronto brilló un relámpago y se hizo la luz. Esta luz entraba por el hueco entre las paredes de la cámara y una pantalla separada que cubría todo el hueco de la puerta.

Al salir de la cámara Togasi II y Jumo miraron con sorpresa a su alrededor. Estaban en un lugar totalmente desconocido, una sala bastante espaciosa con mamparos de acero y una puerta junto a la que esperaban dos “monos” vestidos de blanco de pies a cabeza.

—Estáis a bordo de nuestra aeronave —dijo Adler Ban Aldrik a los incrédulos saurios.

Marek se enfrentaba con el ceño fruncido del contralmirante Tuanko y la cara sonriente de la comandante Belén Izquiaola.

—Muy bien, mocito —dijo Tuanko Aznar sin desplegar los brazos cruzados sobre el pecho—. Se acabó la diversión, prepárate a rendir cuentas de todos los disparates que habéis cometido.

Marek suspiró. Descargado de un enorme peso, sentía la alegría de encontrarse de regreso ensombrecida por el recuerdo del profesor Ferrer. El progreso y el conocimiento científico siempre cobraban sus víctimas.

Nuria Ross llegó junto a Marek y le apretó cálidamente la mano con la suya enguantada.

F I N